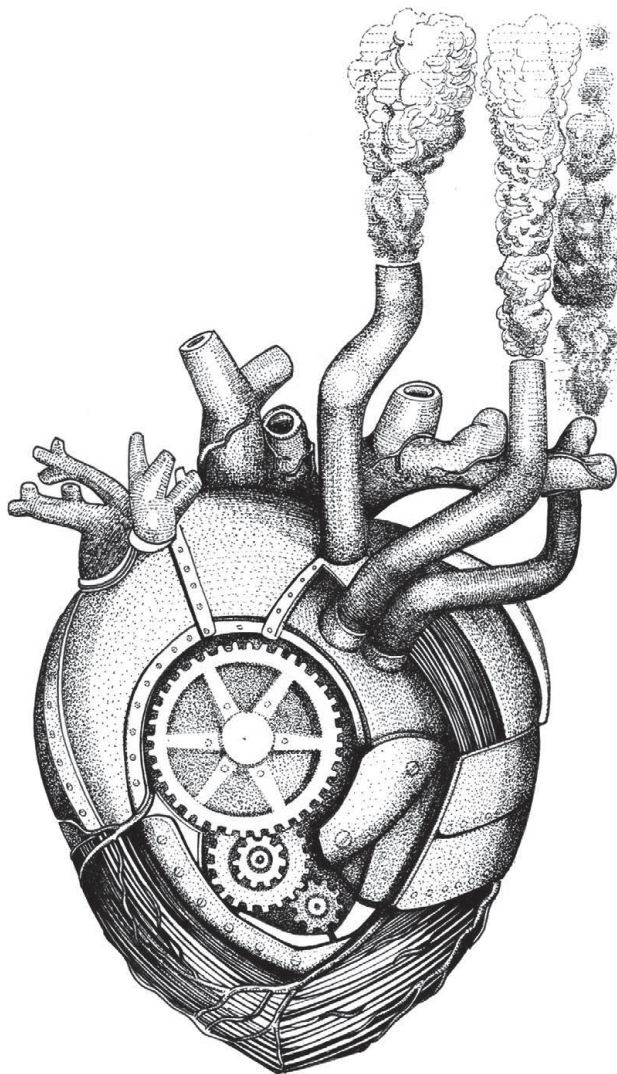


Betza Romero

CICATRICES



STUNAM
Sindicato de Institución

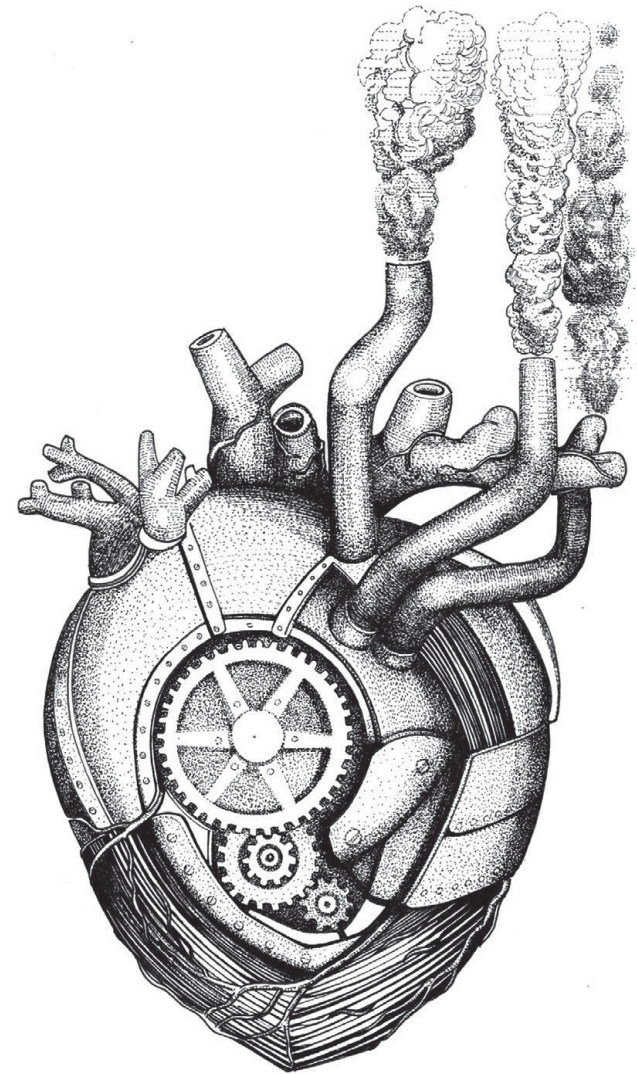
Betza Romero

CICATRICES



Betza Romero

CICATRICES



STUNAM

Carlos Hugo Morales Morales

Secretario General del STUNAM

Alberto Pulido Aranda

Secretario de Prensa y Propaganda

Lisandro Soto Romero

Secretario de Finanzas

D.R. © Sindicato de Trabajadores de la
Universidad Nacional Autónoma de México (STUNAM)
Centeno 145, Colonia Granjas Esmeralda,
Alcaldía Iztapalapa, C.P. 09810 Ciudad de México

Cicatrices. Betza Romero

Primera edición, 2026.

STUNAM

Coordinador de los Cuadernos de Comunicación Sindical del STUNAM

Octavio Solís

Editor, corrector de estilo y diseñador editorial

Adán Raymundo Orta Trujillo

Fotografías de frontispicio y contraportada

Emilio Arenas

Ilustraciones

Gerardo Vargas

Fotografías de archivo

Betza Romero

Distribución y apoyo logístico

Elizabeth Pérez Tecanhuey y Ricardo Rivas H.

ISBN: 978-607-98817-1-9

Impreso y hecho en México

*Cada suspiro es como un sorbo
de vida del que uno se deshace*

– **Juan Rulfo**

Yo llevo la muerte en mi bolsillo izquierdo.

A veces la saco y hablo con ella:

*“Hola, cariño, ¿cómo estás?
cuando vengas por mi voy a estar listo”*

– **Charles Bukowski**

DEDICATORIAS

A mis hermosos hijos Kenya y Yael, cuyo amor ha sido el mayor motor que mi corazón necesita para seguir luchando; por ser mi razón de ser, por ser mi mayor alegría y mi mejor enseñanza en este increíble camino.

A mi estupenda familia y a mis amigos, cómplices de toda la vida, quiénes han sido la más importante red de apoyo que haya existido, sin la cual no estaría sobrellevando todo este duro proceso. Gracias a ustedes sigo aquí. Les debo cada respiro.

A mi profesor Josué y a mis compañeras Ada, Indira, Susa, Bety y Rose, que me han acompañado a lo largo de estos meses con sus grandes narraciones, por su magnífica poesía y todas sus grandiosas anécdotas. Gracias por su compañía, por su enseñanza y creatividad, por las críticas constructivas y por sus ganas de seguir aprendiendo.

A mis queridos amigos acaecidos a manos de esta enfermedad, cuya amistad ha sido mi mayor inspiración a lo largo de este viaje. Sin ustedes este libro nunca habría sido posible. Así que, desde lo más profundo de mi corazón, con gran amor, admiración y respeto, les agradezco por todos los increíbles momentos que vivimos juntos; por haber luchado hasta el final con gran coraje y valentía.



Ernesto Castillo Nava
(diciembre 9, 1975 - marzo 20, 2018)

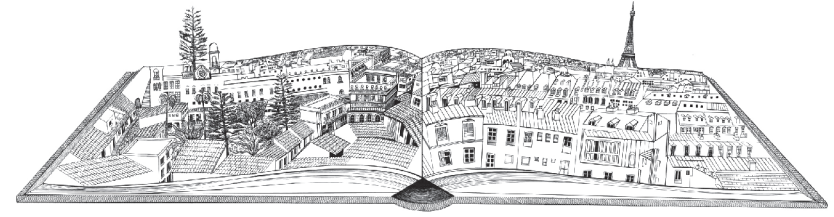


Eduardo Méndez Espinosa
(septiembre 30, 1988 - agosto 13, 2019)



Liliana Beatriz Aquino García
(mayo 2, 1988 - septiembre 2, 2023)

PRÓLOGO



Este pequeño libro fue escrito desde lo más profundo de mis entrañas, desde la honestidad y el amor; tomé esta decisión primero porque, como todos, tengo sueños, ilusiones y metas. Soy una mujer bastante curiosa, analítica y soñadora que constantemente se mantiene en la búsqueda del autoconocimiento.

Después de todo lo vivido en los últimos meses, reflexiono continuamente sobre el provenir, pero también no niego que anhelo aquellos momentos que no volverán, a todas aquellas personas que jamás veré de nuevo, pero que le dieron tanto a mi vida.

Por supuesto que este libro es un desahogo, un grito por el profundo dolor que cala en lo más oscuro de mi alma, pero también es un símbolo, un recordatorio y una gran inspiración para seguir luchando cada día.

Asimismo, quiero que esta pequeña obra forme parte de un pequeño legado que pretendo dejar a los dos seres más fascinantes que más amo en la vida, mis hijos; para que nunca olviden que di todo de mí hasta el final y para que sepan que intenté todo lo que humanamente estuvo dentro de mis posibilidades para poder quedarme aunque sea un ratito más con ellos, para que comprendan un poco todo este proceso que estamos viviendo.

Por último, pero no menos importante, este libro es un homenaje. Sí, un homenaje para mis amigos acaecidos a manos de esta enfermedad; porque los vi dar todo de sí, hasta que no les quedó nada. Los vi pelear como nunca en la vida y dar todo hasta su último aliento. Por supuesto que fue doloroso verlos partir y sigue siéndolo, aún ahora que me encuentro escribiendo estas breves, pero cariñosas palabras.

Recuerdo todos los entrañables momentos que pasamos juntos, aquellas tardes de fútbol en Ciudad Universitaria, los cumpleaños clandestinos en

algún lugar recóndito del Centro Cultural, esas charlas llenas de risas, las escapadas a la panadería de la esquina, las tardes de gorditas o las mañanas de café, pozole y churros en el Mercado Beethoven.

A donde quiera que voy, siempre llevo sus consejos, sus chistes, su recuerdo; nunca olvido todo eso que disfrutaban, sus talentos y habilidades, sus triunfos y derrotas, sus risas y también su llanto. Y ahora que me encuentro aquí, veo la entereza y la grandeza de su espíritu, una cosa verdaderamente admirable y porque, sin saberlo, ellos me siguen haciendo tan fuerte, me dotan de entereza y me dan el valor necesario para levantarme de la cama todos los días.

Quiero mencionar, que aquí también incluyo a mis compañeras que lograron salir y/o que siguen enfrentándose a esta dura enfermedad, como el caso de mi querida Carmen Alcalá y su hermana Lupita Alcalá.

Por último, deseo con toda mi voluntad que este libro llegue a todas aquellas personas que están, o que tienen familiares, amigos, vecinos, compañeros de trabajo que se encuentren en situaciones similares a la nuestra, a los que se sienten perdidos, sin fuerza y con mucho miedo.

Ojalá que estas breves y sencillas palabras puedan brindarles, aunque sea un poco de consuelo, un poco de alivio y esperanza. Que sepan que no son los únicos, que no se sientan desamparados porque, a la distancia, habemos muchas personas que los acompañamos. A ustedes quiero decirles que siempre hay una oportunidad, que siempre hay un nuevo amanecer, un nuevo comienzo; que puede que nos enfrentemos a esto solos, con limitaciones, con grandes obstáculos y muchos temores; puede que salgamos vencedores o puede que perdamos, pero eso no significa que somos débiles o que nos rendimos, sino todo lo contrario. Que sepan que la resiliencia y el amor que habita dentro de nosotros, siempre será nuestra arma más poderosa.

CAPÍTULO I

EN BUSCA DE RESPUESTAS

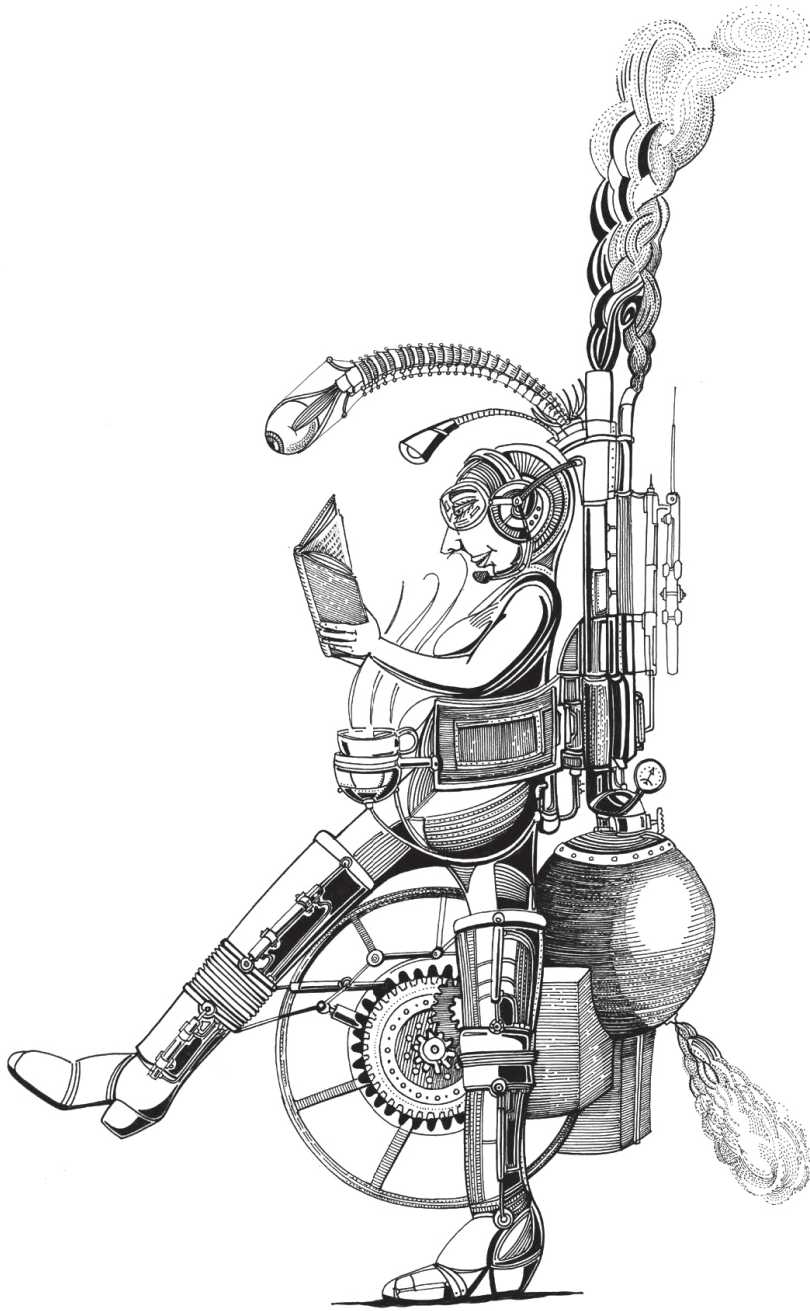
Llegué aquí el 23 de junio de 2023 por un pequeño sangrado anormal; en un inicio no quería venir, pero mi esposo me convenció de hacerlo.

Por la mañana fui a trabajar a la biblioteca como de costumbre, me sentía muy cansada porque acababa de terminar el semestre, pero sólo eso. De regreso a casa, sentí una ligera molestia en el vientre, una leve inflamación, pero nada fuera de lo normal, nada de qué preocuparse; Juan me despidió en el Metro y cuándo llegué a casa me dormí. Hacía tanto calor que decidí bañarme, ahí noté que algo no iba bien, la inflamación no disminuía y un ligero sangrado me hizo entrar en alerta. Así que después de un par de llamadas y cuando Juan llegó del trabajo, nos fuimos a consulta con la ginecóloga, mi doctora de cabecera que, dos años atrás, me había intervenido por miomatosis.

Me recosté en la camilla del lado derecho de su consultorio, subí las piernas en los soportes y comenzó a revisarme. Realizó rápidamente un ultrasonido y miró a través de su cámara lo que estaba ocurriendo; inmediatamente hizo una expresión de extrañeza y se limitó a decir que algo no le gustaba. Había un bulto lleno de coágulos que no deberían estar ahí.

Revisó mi expediente y los últimos exámenes que me había realizado (ultrasonidos, papanicolaou, estudios de orina y sangre). Con un gesto de compasión, me recomendó irme inmediatamente al hospital; escribió una nota en una receta y me explicó que no contaba con los instrumentos necesarios para terminar la valoración, y en caso de esperar, tardaría de tres a cinco días en poder conseguirlo. Así que me comentó que era mejor que acudiera al área de urgencias porque no me podía quedar así.

Regresé a casa, comí y me recosté; realmente no quería ir nuevamente al hospital, llevaba tres años batallando con mi salud: primero, mi cirugía por miomas; más adelante, COVID-19; meses después, hospitalización por una extraña trombosis, que nadie entendía; y ahora esto. ¿A caso no iba a terminar nunca?



Como dije, mi esposo a duras penas me convenció de ir al doctor. Llegamos, fuimos al área de registro, esperamos en la sala de espera a que me llamaran para la toma de presión, la temperatura, estatura, etc. Nuevamente a la sala de espera, y ahí estuve por tres horas hasta que una de las doctoras gritó mi nombre.

Pasé y me senté en la silla, frente a su escritorio.

–Su nombre completo.

–Talía Betzabé Sánchez Romero.

–¿A qué se dedica?

–Soy bibliotecaria en el Centro Cultural Universitario Tlatelolco.

–Su edad.

–33.

–¿Alergias?

–A los medios de contraste yodados.

–¿Y cómo supo eso?

–Porque me realizaron unos estudios con medios de contraste y, al salir, estaba llena de ronchas y comencé a sentir falta de aire. Me inyectaron medicamento y me dijeron que era importante que lo mencionara.

–Ok. Y dígame, ¿por qué está aquí?

–Tuve un pequeño sangrado hace unas horas, fui a revisarme con mi ginecóloga y me dio esto. –le entregué la receta con las anotaciones y observaciones que había realizado.

–Entiendo, a lo mejor su menstruación es irregular o está sufriendo cambios.

–Ahí en la nota dice que, desde hace dos años, ya no tengo matriz, ni uno de mis ovarios.

–Es verdad, no me había percatado. Veo que ya tiene expediente aquí. ¿Ya la habían internado antes?

–Sí, en octubre del año pasado por una trombosis en la pierna izquierda.

–¿Y cuál fue la causa?

–No lo saben todavía, me mandaron a realizar varios estudios, la angióloga mandó a hacer una tomografía contrastada y, el hematólogo, varios estudios de sangre. Sólo que me tocaba cita en mayo, pero me la cancelaron, ahora tengo que acudir en julio.

–De acuerdo, ¿toma algún medicamento?

–Sí, Rivaroxabán (anticoagulante) de 20 mg, una cada veinticuatro horas.

–Bien, voy a revisarla. Quítese por favor toda la ropa y colóquese esta bata.

Me dio una bata azul y me metí al baño para cambiarme. El consultorio estaba frío. Me recosté nuevamente en una camilla ginecológica y realizó exactamente los mismos procedimientos que la otra doctora.

–Es verdad, se ven unos coágulos que no deberían estar ahí. La voy a ingresar para realizarle algunos estudios, pero se le realizarían hasta mañana temprano porque ahorita ya no los hacen, es noche. –eran cerca de las 9:30 de la noche.

–Sí, está bien.

Llamaron a Juan para que recogiera mis cosas. –¿No te dijeron nada más?

–No, sólo eso.

–Estarás bien.

Pasamos a una de las camas en la sala de urgencias, ahí me colocaron un catéter en mi mano izquierda y el suero comenzó a pasar. Juan llenaba documentos mientras yo trataba de acomodar el respaldo de la camilla. A lo lejos, otros pacientes me observaban, pero no me importó.

Pronto, mi esposo tuvo que despedirse. No llevábamos la mejor relación en ese momento; a decir verdad, ya por aquel entonces nuestro matrimonio estaba muy fracturado, incluso yo ya tenía planes para mudarme nuevamente a mi departamento en cuanto terminara el ciclo escolar de los chicos. En realidad, no es que uno haya sido más malo que el otro, o que haya habido infidelidades o cosas por el estilo, más bien el conflicto verdadero radicaba en que ambos éramos tan diferentes y esperábamos de la vida cosas opuestas. Al final, aunque tratamos de salvar nuestro matrimonio, sabíamos que la cosa ya no daba para más, pero nos queríamos y apreciábamos por todo lo vivido.

Juan me dio un beso en la frente.

–No te preocupes, verás que todo saldrá bien.

Vi en sus ojos un poco de nostalgia al despedirse y, por un instante, creo que mi garganta se oprimió. Pero por el momento no importaba absolutamente nada, porque ahora solo debía preocuparme por mi salud.

Pasaron varios días, y los doctores iban y venían, preguntas y más preguntas, revisiones, estudios y más estudios. Me subieron a piso, me asignaron una habitación vacía en el área ginecológica. El espacio era realmente cómodo, amplio y limpio, comparado con otros hospitales en los que había estado. Entonces, más estudios. Bajó a verme el urólogo y el hematólogo. Ambos hicieron muchísimas preguntas, pero sólo eso. Pasaron los días, pero nadie me decía nada. Hasta que una noche, el hematólogo volvió, estaba preocupado por los resultados de los estudios. La trombosis había avanzado y ahora se había convertido en una embolia.

–¿No ha dejado de tomar sus medicamentos?

–No, ni de utilizar las medias de compresión que me mandó la doctora, tampoco he dejado de hacer mis ejercicios.

–Tengo que estudiarla más, parece que la trombosis es un síntoma secundario de otra cosa. Dice que no tiene familiares con antecedentes de trombosis, entonces hay algo que no hemos visto. La situación es delicada, veo un coágulo que se encuentra en la vena cava del hígado, eso es muy riesgoso, porque se compromete la vida; también hay coágulos en el esófago y otro cerca del corazón –y agregó–, van a inyectarle anticoagulante cada doce horas

alrededor del ombligo. Por nada del mundo pueden dejar de administrárselo, a menos que sea un caso grave pero, a menos que se requiera, antes deben notificarme a mí. El anticoagulante es su escudo protector, ¿de acuerdo?

–Sí, doctor. Muchas gracias.

Recuerdo que esa noche lloré... Lloré porque me sentía desesperada, porque algo no andaba bien, lo podía ver en su rostro, pero, aun así, guardé la calma hasta saber bien que era lo que estaba provocando todo eso.

Recibía visitas de las 9:00 a las 12:00, y de 14:00 a 18:00 horas. Todos los días sin falta, Juan estaba ahí. Acordamos no dar aviso a nadie de la familia, hasta tener bien un diagnóstico claro. A la mañana siguiente me bajaron para hacerme un ultrasonido, estando ahí escuché discutir a dos de ellos.

–¿Y ya para qué quieren el ultrasonido si ya saben lo que es?

–Es que la doctora quiere ver otras cosas.

–Pero en la tomografía que hicieron hace meses se ve. Nada más porque no está interpretado, pero claramente se ven los nódulos en los pulmones, no entiendo que más quiere ver.

Silencio.

Por la tarde vino a verme el urólogo.

–Voy a mandarla a otro hospital, para que le pongan una nefrostomía porque aquí no contamos con el equipo para realizar ese procedimiento. Vemos que hay algo que está invadiendo el riñón izquierdo. ¿Ya sabe que tiene un tumor?

Mi cara se cayó en ese momento.

–No, nadie me ha dicho nada.

–Hay un tumor a nivel pélvico, pero están estudiando su caso. Su riñón no está trabajando porque el uréter está siendo presionado por el tumor, y no puede llevar la orina hacia la vejiga, algo no está bien. Vamos a intentar rescatarlo, pero necesito que me firme unos documentos de consentimiento.

A las nueve y diez entró mi esposo a la habitación y los doctores precisamente pasaron a dar el informe; vi su cara, pero no dije nada.

—¿Un tumor?

—Sí.

Firmamos todos los documentos y, el séptimo día, me subieron muy temprano y en ayunas a una ambulancia para trasladarme a otro hospital. Estuvimos esperando en el pasillo del primer piso y en verdad era increíble la cantidad de personas que estaban ahí. Los residentes pasaban de un lado a otro por los estrechos pasillos; doctores, por un lado, enfermeras y camilleros por otro, ruido por todas partes.

Entré. Me pasaron de una camilla a otra debajo de un enorme aparato de radio intervención. Al costado estaba un monitor y muchos doctores tras un panel y, en la entrada de la habitación, a un costado de la puerta, un doctor que dirigía el área se sentó mientras observaba y guiaba a los otros que harían el procedimiento.

Para esterilizar, comenzaron por limpiar el área de mi espalda por el costado izquierdo. Todo estaba tan frío y yo no sabía ni lo que iba a pasar. Boca abajo y sin ropa, colocaron unas telas azules y se me administró una anestesia local. Aun así, pude sentir escurrir la sangre tibia sobre mi espalda. De a poco, fueron abriendo y de repente, una presión fuerte sobre mi costado. Por un momento pensé en levantar la mitad de mi cuerpo, pero no lo hice, solo pude limitarme a tomar aire profundamente para no gritar.

—No te muevas por favor. ¿Te duele?

—Sí. —Parecía que un taladro me había perforado el cuerpo hasta el interior.

—¿Te duele eso?

—Sí, mucho. Pero no importa, usted apúrese, sí aguanto.

Me administraron un medicamento por el suero, aunque fue inútil porque no funcionó. Sentía todo lo que me estaban haciendo. Coloqué mis manos en ambos costados de la camilla para lograr sujetarme y traté de pensar en otra

cosa para no sentir tanto dolor. La enfermera, una señora mayor y muy atenta, solo me alentaba diciendo que pronto terminaríamos.

Creo que derramé una que otra lágrima en aquel lugar, pero después de 40 minutos, lograron colocar el catéter y por fin todo terminó.

Me cambiaron la bata que se había manchado con sangre; me colocaron un círculo protector en el área de la espalda y entre todos me pasaron nuevamente a la camilla que me llevaría al estacionamiento, donde mi ambulancia aguardaba para regresarme al hospital.

Estaba muy adolorida, ni siquiera podía moverme, pero no importaba, eso era mejor que perder un riñón.

Una semana después, me estaban haciendo una colonoscopia; ahí me retiraron unos pólipos, aunque más adelante tuvieron que volver a intervenirme porque una de las heridas se abrió y estuve sangrando. En consecuencia, tuvieron que transfundirme dos bolsas de sangre, ya que mis niveles de hemoglobina eran muy bajos.

Por esos días, dimos aviso a la familia, también había muchos amigos y compañeros preguntando por mi estado de salud, pero decidí mantenerme al margen porque aún no teníamos un diagnóstico concreto.

SUEÑO #I

“MI OTRA VIDA”

Ahí estaba él, al otro lado de la calle, en una reunión familiar. Su casa era enorme, toda en color blanco, hecha de madera, con sus grandes ventanales y su precioso jardín. Demasiado para mi apática vista.

Vivíamos en un pueblito muy pintoresco al lado del mar. Era primavera, lo sé porque los potentes rayos del sol se reflejaban en el verde intenso del jardín, y el cielo radiante y azul se perdía entre la inmensidad de la nada.

Aquel joven rodeado de gente, parecía incómodo, lo pude ver a los lejos por su gran estatura y su hermoso cabello negro. Y su risa tan característica, se escuchaba al otro lado de la calle.

Pasado un rato, me fui de aquel lugar, ocultándome detrás de un enrejado que rodeaba la casa y aquellos arbustos que embellecían las calles. Creo que en realidad me ocultaba de él por vergüenza.

Llegué a casa y en la cocina, una mujer. Era mi madre, otra madre. Le conté todo, realmente me encontraba muy emocionada, venían a mí una y otra vez todas esas sensaciones que solo un adolescente puede llegar a sentir.

Mi madre me miraba feliz mientras preparaba espárragos con aceite de oliva, ajo y un poco de hierbas finas. Pasado un rato, decidió que era buena idea llevarme de nuevo a aquel sitio.

Subimos a su camioneta blanca y atravesamos ese hermoso camino empedrado. Metros después, nos detuvimos justo antes de bajar la colina. Cerré la puerta, la miré con mis brillantes ojos y continué a pie hasta llegar cuesta abajo.

En ese momento, unos amigos me encontraron y, entre risas, me invitaron a entrar a un sitio muy extravagante. La música era exageradamente alta, vasos tirados por todos lados y un sin fin de gente ebria bailando. Creo que no pude tolerarlo, así que, con mi poca paciencia, me levanté de la mesa y regresé por el mismo pasillo por el que entré.

Al abrir la puerta, ahí estaba él mirándome con sus bellos ojos cafés. Mi corazón se detuvo por unos segundos, ni siquiera pude dar un paso. ¿De dónde demonios había salido?

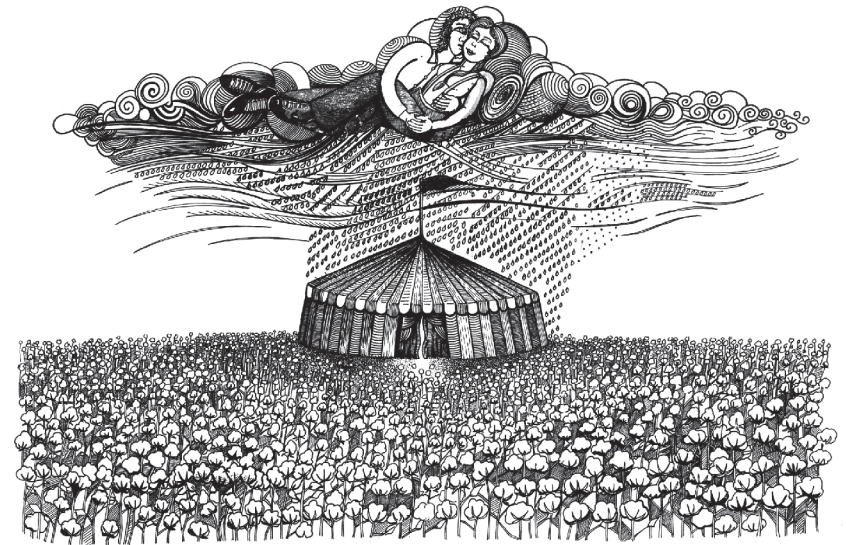
“Las casualidades no existen”, me dijo, y yo simplemente continué observándolo en silencio. Sonrió y entre el estruendo de la música, se limitó a decir que me había estado buscando por todos lados.

Llevaba entre las manos una bolsa transparente llena de fotos suyas, también sostenía un ramo de flores y algo más que no logro recordar. Abrió sus brazos finos y con una de sus manos me tomó del brazo izquierdo y me acercó a su pecho. Pude sentir el calor de su cuerpo y la suavidad de su mejilla pegada contra la mía.

Comenzaron a brotar pequeños destellos, esos nostálgicos vestigios similares a los que sentí cuando lo vi por primera vez.

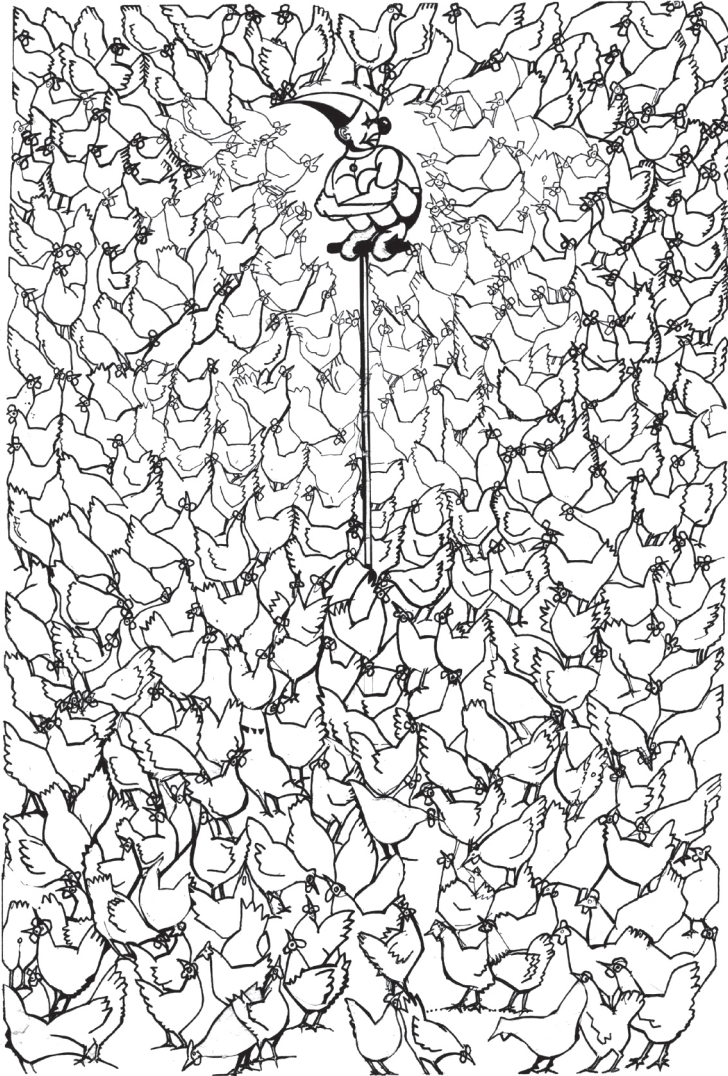
Era él, lo supe de inmediato, lo pude reconocer porque sentí paz, calma, tranquilidad; una fuerza inexplicable, poderosa, que me atraía hacia él y era mutuo porque mientras me abrazaba, logró preguntar: ¿Lo sentiste también? Y asentí con la cabeza.

Entonces, desperté.



CAPÍTULO II

UNA LARGA ESTADÍA



Uno de esos días en los que nada puedes hacer, más que quedarte contemplando los dedos de los pies desnudos, mientras la bata medio gastada –porque es sumamente notorio que ya ha sido utilizada– te deja la mitad del cuerpo desnudo y cubre únicamente lo necesario para no estar al descubierto entre el tumulto de gente... me paré decidida a caminar.

Sí, decidida a salir de la habitación en la que yo habitaba desde hace tres semanas; sí a caminar, por los pasillos, como si fuera uno de los retos más grandes que se me habían presentado en toda la vida; desafiando a toda autoridad, desde el personal de limpieza, pasando por el cubículo de enfermeras –que se localizaba solo a unos cuantos metros–, hasta el empleado de seguridad que custodiaba celosamente los elevadores del área de ginecología.

Ahí me encontraba, con una pierna que no respondía muy bien, que dolía con cada paso que daba y que parecía estallar por unos cuantos coágulos que cargaba en el interior. El cuarto era muy cómodo, pero después de estar tres semanas ahí, viendo el mismo bote de basura, con el mismo ventanal que únicamente la camilla de a lado podía contemplar –y que pocas veces pude atravesar para poder ver el cielo nublado de julio–, se volvió un tanto asfixiante, con sus cuatro paredes perfectamente blancas y con sus accesorios grises, como para volverte loco, como para recordarte que quizás no vas a volver a ver la luz del día.

Decidida y bien agarrada de la puerta de mi habitación, salí, retadora y orgullosa por lo que iba a hacer. Comencé a caminar muy lentamente y hasta donde el físico me daba. Creo que, si hubiese competido con un caracol, él me habría ganado.

Me encontraba un poco mareada y abrumada por la larga estadía, metida en aquel cuarto sofocante. Tuve muchas vecinas, ellas entraban y salían, bajaban a quirófano y subían, me aprendí de memoria las claves y algunos proce-

dimientos, así que me limitaba a darles un poco de información para tranquilizarlas. Llegué a platicar mucho con alguna de ellas, pero al final, siempre me quedaba mirando, esperando que, como a ellas, me dieran de alta.

Siguiendo mi camino por el largo pasillo, noté que había otro sendero que daba la vuelta antes de atravesar el cubículo de enfermeras, y era perfecto porque así no me verían; este conectaba con el área de pediatría, así que podía escuchar el llanto de los bebitos a lo lejos y el ruidero de las enfermeras y los doctores, corriendo de un lado a otro porque, claro, como en la mayoría de los hospitales, el número de pacientes sobrepasaba al personal médico.

Me escurrí por ahí sigilosamente hacia el extremo y agarrada de mi vehículo (así le llamaré a la herramienta empleada para colgar el suero conectado directamente a la vena de mi mano izquierda), fui por ese caminito que me llevaba lejos de esa aburrida habitación.

Ahí, en la parte más sola y oscura, encontré a un pequeño guerrero jugando con su adorable mami. Creo que buscaban lo mismo que yo, salir de la rutina hospitalaria.

Mateo, un pequeño de dos años de edad, originario de Hidalgo, bastante risueño y agradable, no hablaba, pero se daba muy bien a entender; así que, de un momento a otro, con su linda y blanquecina mano, señaló mi suero... enseguida señaló el suyo. A diferencia mía, él tenía la mano vendada con el propósito de que no se hiciera daño tratando de arrancar aquel catéter que lastima desde lo más profundo de las entrañas y claro que, conforme van pasando los días, las manos se vuelven mucho más vulnerables, arden y en ocasiones cuándo la sangre se acumula, se forman pequeños coágulos que bloquean la entrada de aquel líquido transparentoso, haciendo que el destape sea algo incómodo y doloroso.

Después de soltar una pequeña y linda risotada, volvió a señalarme con su dedo índice, pero en esta ocasión hacia mis pies, llevaba unas chanclas rosas y unas medias de compresión que me había puesto antes de salir; después dirigió de nuevo su mano hacia sus propias pantuflas, que eran desechables y tenían un Buzz Lightyear impreso en una simple hoja de papel, adherida a sus pantuflas tan solo con una cinta transparente.

Otra risotada.

El pequeño, tenía un hermoso cabello rizado y tres o cuatro dienteillos que se alcanzaban a ver ligeramente cuando reía; de pronto, echó a correr, se detuvo, giró la cabeza para mirarme, se tapó los ojos y rápidamente sus piececillos siguieron corriendo a toda velocidad.

Más risas. Yo, con todo y mis malestares caminé detrás del pequeño que iba tomado de la mano de su madre y simulé que lo perseguía. A través varios cuartos enumerados 9 A, 10 A, 11 A, etc. Hasta que el dolor en la pierna me impidió seguir; alcé la mirada y frente a mí estaba una habitación, la de los cuneros. Noté una diminuta cabeza, bajo la luz ultravioleta y dentro de una caja transparente. De frente, una mamá llena con la esperanza de que su pequeño bebé mejorara.

Seguí mi camino.

Hicimos lo mismo por varios días, siempre que salía, ahí estaba él, caminando con su madre.

Mateo es increíblemente fuerte y si pudiera verlo, le agradecería desde lo más profundo de mi corazón por hacer mi estancia más llevadera, por inspirarme –en el fondo creo que lo que me mantenía cuerda era el hecho de que deseaba volver a ver a mis dos hijos, Yael de 13 y Kenya de 4–. Creo que, inclusive Mateo era mucho más fuerte que yo, pues él ya había pasado por cuatro cirugías y más de dos meses encerrado en aquel sitio.

Ese pequeño había nacido sin esófago, pero sí con un enorme sentido de la perseverancia y la resistencia. “Estuvo muy grave –me contó la madre– por largas semanas llegamos a pensar lo peor.”

Por esa razón, sus padres tuvieron que venir a la Ciudad de México en busca de un hospital que quisiera ayudarlos. El pobre tenía su torso lleno de cicatrices, pero sorprendentemente también lo acompañaba todo el tiempo una sonrisa.

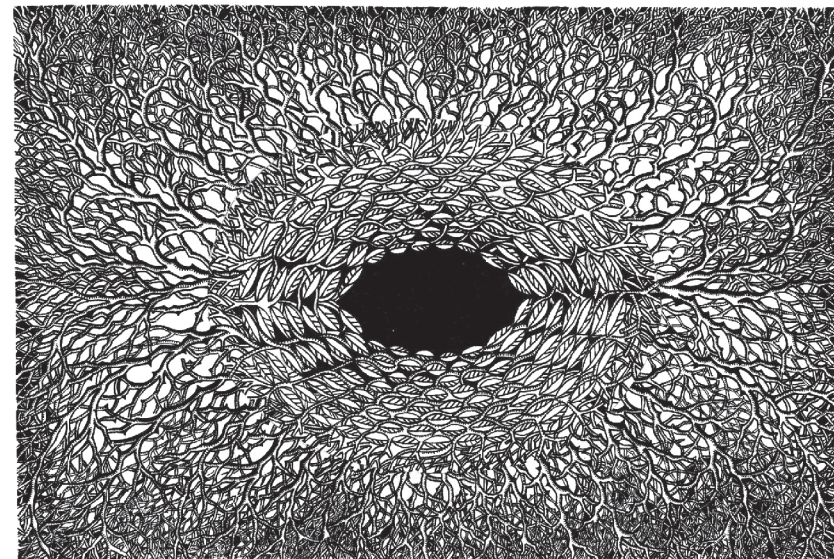
Varias noches lo escuché llorar y yo deseaba que por un instante se terminara su agonía; a veces lo revisaban y yo me encontraba caminando afuera de su habitación y lograba ver cómo le realizaban sus curaciones, otras veces sencillamente no quería comer; también lo vi desesperado, queriendo quitarse el suero que seguramente le lastimaba como al resto de nosotros.

Muchas ocasiones, llegaba a preguntarme cómo era posible que ese ser tan frágil y pequeño aguantara tanto; también pensaba en sus papás, en el sacrificio de dejar el hogar, la familia y los gastos que eso implicaba; el cansancio de estar semanas ahí 24/7.

Creo que al final, la esperanza nos empuja a hacer hasta lo imposible; el cuerpo se vuelve inerte a nuestros deseos y voluntad, la mente adquiere un poder inexplicable porque existe un desasosiego que nos empuja a buscar un milagro.

Ese milagro para ellos llegó. Una buena noche se hizo una pequeña celebración de despedida, pues los médicos por fin habían autorizado el alta de Mateo; al otro día por la mañana, los camilleros vinieron por mí muy temprano, me llevaron a otro hospital para realizarme la nefrostomía. Al regresar, Mateo se había esfumado.

No pude despedirme de él ni de su mamá, ni mucho menos agradecerles por hacer de mis días algo más ameno. Pero estoy segura de que es muy feliz al lado de su familia en cualquier lugar en el que se encuentre y no dudo que su gran hazaña de haber vencido a la muerte, será contada orgullosamente por sus padres, por el resto de su maravillosa vida.



SUEÑO #2

“RAÍCES”

Entre en un bosque antiguo y caminé entre sus densos arbustos y sus largos caminos. Allí, en medio de la ingrata soledad, habitaba una extraña criatura. Su cuerpo parecía ser una mezcla de ramas enredadas y musgo. Sus ojos brillaban, como brilla la luz amarilla de las luciérnagas al anochecer.

Esta criatura, algún día fue un hombre que amaba la tierra. Conocía todos sus secretos, pero su inmenso dolor y su amarga codicia lo llevaron a traicionar la tierra fértil.

Era un guardián del bosque como cualquier otro, pero los vacíos lo consumieron y lo banal lo cegó. Envenenando el suelo y destruyendo todo lo que la naturaleza creó, extrajo sin piedad todas las riquezas. Nada pudo saciar sus tristezas, pero la tierra, molesta por los daños ocasionados, lo reclamó.

Sometido a su ira y sin piedad, sus pies comenzaron a hundirse en aquellas húmedas tierras; de sus ojos brotaron raíces. Su piel se fundió entre la corteza y sus fuertes gritos se perdieron en la oscuridad.

Pensado cuando vi el video de Radiohead “There, There”, que por aquellos días me acompañó.

CAPÍTULO III

LA VERDAD DE LA COSAS



Ha sido un día largo, lleno de llanto y malestares físicos. Creo que pesa más el pensamiento que las náuseas, el dolor del cuerpo, los mareos y cualquier otra dolencia. Pienso demasiado en mis hijos, sobre todo en Kenya que es la más pequeña, con tan solo cinco. Yael acaba de cumplir 14 y está a punto de irse a la preparatoria, pero, aun así, es inevitable que no me dé temor el futuro, ese donde no los acompañaré a la escuela, donde no podré abrazarlos cuando tengan miedo, no los veré graduarse, ni siquiera los acompañaré el día que se casen. ¿Con quién platicarán con la misma confianza como lo hacen conmigo? ¿Cómo se prepara a un hijo para enfrentar estas situaciones? ¿Dónde está el interruptor que apague el sufrimiento de verme partir? ¿Me olvidarán?

En fin, por hoy es suficiente... una, dos, tres, cuatro, cinco pastillas más, el clonazepam para poder conciliar el sueño, no me puedo dar el lujo de no dormir otra vez.

Las 5:30 de la mañana y el boiler está encendido, diez minutos después me quito la ropa con mucho cuidado porque el catéter de la nefrostomía, que está conectado a mi riñón izquierdo, debe manejarse con delicadeza. Al menos hoy, no amanecí lo suficientemente débil para que Juan me bañe como una niña de cinco años que no es autosuficiente. El agua caliente cayendo sobre mis hombros, se siente exquisita; ahora, después de todo el ritual que implica lavarse el cabello y el cuerpo, tengo que apresurar el paso para secarme, vestirme, colocar la media de compresión en la pierna izquierda y recostarme para que mi esposo me cambie el parche y la gasa humedecida por el agua del baño.

No puedo olvidarme de la mochila con el carnet, un poco de alcohol por si se me llega a bajar la presión como en ocasiones anteriores, papel higiénico por aquello de las náuseas, el pastillero retacado de medicamentos, unos audífonos para distraerme durante la larga espera, el cubrebocas, el celular y los estudios. En algunas ocasiones me gusta agregar un libro, un cuaderni-

llo con gises o plumones para dibujar y así poder reducir ese vacío que siento en el estómago por los nervios y el miedo. También cargo con una cobija, ya que, desde el inicio de esta enfermedad, todo el tiempo tengo frío y en ocasiones es tan incontrolable que necesito varias capas de ropa para poder entrar en calor.

Ahora, rápidamente subimos al vehículo y después de conducir casi cuarenta minutos de trayecto por todo periférico desde Zapotitlán hasta Gran Sur, cruzamos el estacionamiento, bajamos del automóvil, subimos en los elevadores hasta el noveno piso e ingresamos al Centro Oncológico Internacional (COI).

Como es costumbre, damos los buenos días a la recepcionista y nos sentamos en la cómoda sala de espera; demoramos diez o quince minutos en poder pasar al consultorio, pero esos minutos para mí parecen ser el camino al infierno. Ahí sentada, trato de distraerme porque noto como los latidos de mi corazón se aceleran, entonces se hace presente ese gran vacío en el estómago y hasta creo que de solo pensar vienen las náuseas; los nervios ya incrementaron, así que saqué mi libreta y comencé a plasmar algunos círculos de colores pastel, cada uno representa una emoción. En medio de ellos coloqué flores. Por ejemplo, dentro de la tristeza dibujé tulipanes; en el miedo, que era de color anaranjado, puse margaritas y, en una mínima parte donde coloqué la esperanza en color amarillo, dibujé girasoles.

Las flores siempre hacen más amena la vida, para mí significan fortaleza porque son hermosas a pesar de su rareza, porque crecen en lugares inesperados, aunque estén a merced de la intemperie. Algunas están en el umbral, a punto de morir, entonces muestran como nunca su resistencia; muchas otras después de la muerte, reviven.

Y así es como yo sentía que debía ser, sacar fuerzas de no sé dónde, resistir lo más que se pudiera y pelear hasta el final. Esa fue la única forma de mostrar mi resiliencia.

“Paciente Sánchez Romero, pase por favor”. Lo único bueno de venir con la oncóloga, es poder ver la impresionante vista de la ciudad. Es hora de medirme y pesarme, de revisar minuciosamente los estudios y realizar anotaciones de todos los registros que hay en ellos: tomografías, resonancias magnéticas, análisis de sangre, orina, etcétera.

Mi corazón en esos momentos parece querer salirse de mi pecho, es como si tuviera un presentimiento, como si supiera lo que va a pasar, pero en el fondo busco una mínima esperanza de que no sea y entonces, después de un sinnúmero de preguntas y un largo silencio, se escucha la voz de la doctora. Es sarcoma, hubo un error con los estudios del otro hospital, no es rhabdomioma, pero sí es un sarcoma... de endometrio, es de bajo grado.

El muy desgraciado no tiene intención alguna de detenerse, no siente compasión por ninguno de nosotros –sus portadores–, es un cáncer muy agresivo, que se propaga rápidamente por todo el cuerpo y en lugar de crecer como cualquier tumor, este va necrosando todo aquel tejido que se le ponga enfrente. Encima de todo, tiene por gusto reincidir, lo que lo hace casi imposible de erradicar.

Hizo metástasis por todo tu cuerpo, está en la vejiga, hay múltiples nódulos en los pulmones, en el riñón izquierdo; es inoperable a estas alturas y tampoco responde a los tratamientos de quimioterapia o radioterapia.

La vida, parece venirse abajo y el hermoso paisaje que hay de fondo no puede alegrar en lo más mínimo mi alma. Quedé petrificada porque no creí que el diagnóstico fuera a estar en tal nivel de complicación, ni siquiera supe en qué momento pasó, nunca tuve síntomas, ni malestares, no bajé de peso, solo me sentía un poco cansada, solo eso, cansancio; veo a mi esposo de reojo y tiene la cara tan desenfocada, de esas que nunca le vi.

La doctora ha pasado tantas veces por esto, que parece no inmutarse por la noticia, se limita entonces a seguir hablando...

Podemos probar con un medicamento, pero solo se puede poner ocho veces y requiere que le coloquemos un catéter en el pecho porque es demasiado fuerte y quema las venas, no sería oportuno colocarlo en los brazos ya que en el futuro seguramente requerirá que le administren medicamentos, sacar muestras de sangre, etcétera. La opción es dar una quimioterapia cada 21 días, al llegar a la cuarta mandamos a hacer estudios y si no funciona suspendemos el tratamiento porque no tiene caso desgastarla, realmente es eso o nada.

–¿Y en cuanto a la tromboembolia pulmonar? ¿No es peligroso?

–Claro, todo es riesgoso en este momento, pero como le comenté, es eso o nada.

“En caso de que acepte, tiene que firmar la responsiva y saber cuáles pueden ser los efectos adversos”; como un rayo, se me vino a la mente el día que tuve que firmar meses atrás, allá por junio, un documento en el que autorizaba que se me realizara una biopsia de pulmón y en el que se deslindaba al hospital de toda responsabilidad, en caso de que algo fatídico pasara.

Aquel día, estuve tres horas recostada debajo de un aparato para tomografías, con los brazos hacia arriba, sin poder moverme y haciendo cansados ejercicios de respiración a diestra y siniestra.

Me insertaron unas agujas por debajo de la axila derecha, a pesar de la anestesia local, sentía perfectamente como perforaban la piel hasta llegar a mi pulmón, todo esto con el fin de poder obtener una pequeña muestra de los nódulos que ahí estaban, debido a que no encontraban el origen de la enfermedad que tenía y las biopsias obtenidas de otros lugares, no arrojaban resultados que favorecieran un diagnóstico concreto.

Todo salió terriblemente mal, dos horas y media después de haber comenzado, al extraer una pequeña muestra, sentí como si alguien me hubiera vertido agua dentro de mis pulmones.

–Tengo ganas de toser.

–¿Qué?

–Siento que voy a toser.

–Tose –me dijo la doctora.

Al toser, una pequeña mancha roja cayó en la bata de la asistente.

–¡Está saliendo sangre! ¡Le está saliendo sangre por la boca!

El sabor de la sangre estaba sobre los bordes de mis labios.

–Gírala... de lado. Hacía la izquierda.

–Tranquila Betza –me decía la doctora, mientras ella misma estaba asustada, lo vi en sus ojos.

De a poco comencé a ahogarme, con mi propia sangre. ¡Que tontería!

Estúpidamente, traté de jalar una bocanada de aire, pero fue como si hubiese tragado más agua y en medio de mi desesperación me levanté con las agujas adentro de mi pulmón.

–¡No puede respirar!

Volví a toser. Más sangre. El aire me faltaba y la desesperación de no poder respirar comenzó a agobiarme demasiado.

Honestamente no sé en qué momento sacaron las agujas ni cómo, pero en ese instante entré en shock, había manchas rojas por todos lados, la cara de los médicos que se encontraban detrás del panel, al otro lado de la habitación, lo decía todo.

La doctora encargada, de inmediato quiso ingresarme nuevamente en el aparato TC con el fin de poder ver como estaban los pulmones, pero afortunadamente una de las asistentes –una residente– no lo permitió.

–Necesito revisar los pulmones.

–No doctora, hay que trasladarla al área de choque para que la estabilicen, no puedo permitir que los pacientes en este estado se queden así.

La enfermera, varios residentes, pasantes y médicos, ingresaron a la habitación desesperados para poder apoyar y, como pudieron, me colocaron una bata para cubrir mi cuerpo desnudo; alguien me proporcionó una gasa para que pudiera limpiar la sangre de mi boca y, con palabras de aliento, trataban –sin éxito– de mantenerme con calma; las sábanas estaban todas salpicadas de sangre y, entre el tumulto de voces, escuché que alguien mandó traer un tanque de oxígeno y una camilla.

Dos segundos después ingresó la enfermera, trató de colocarme unas puntillas de oxígeno en la nariz para que pudiera respirar un poco, pero como era de esperarse, la sangre también comenzó a salir por ahí.

Honestamente, en ese momento comencé a sentir un malestar terrible, algo indescriptible, nunca había experimentado algo parecido. Vi que me

inyectaron un medicamento blanco por el catéter y en cuanto pusieron la camilla a lado mío, trataron de pasarme a ella, pero la presión del momento entorpeció todo, entonces me giré rápidamente y me aventé como si fuera mi última esperanza. Recorrimos un pasillo que me pareció eterno, todos iban corriendo y yo, sentada en la camilla, trataba de respirar. Llegamos al área de choque y ahí parece que perdí la percepción de la realidad, el tiempo se distorsionó completamente y el caos se apoderó de mí.

Todos preguntaban qué había pasado y la doctora, incrédula, trataba de explicar lo mejor que podía lo que acababa de ocurrir.

Me descubrieron el pecho y rápidamente me colocaron electrodos conectados a una máquina para monitorear el corazón. Como pudieron comenzaron a revisarme, me pidieron que me acostara completamente en la camilla y yo me negué.

Estaba sumamente alterada; trataron de hacerme preguntas, pero el malestar era demasiado y para colmo el aire no era suficiente como para poder ponerme a responder con paciencia. Recuerdo bien que la doctora me regañó por no querer acostarme completamente en la camilla, también por haber tosido y no taparme la boca, pues podía contaminar el área, por esa razón mi expediente se ganó un “paciente poco cooperadora”.

Entre la adrenalina, no me di cuenta que me habían colocado un catéter extra en el brazo izquierdo. La peor experiencia en toda mi vida comenzó ahí, en ese preciso momento.

La primera tanda de medicamentos. El líquido recorrió mi cuerpo comenzando por el brazo derecho, pasó por el pecho, lo pude sentir porque un dolor terrible lo acompaño en su recorrido, pude incluso percibir como bajó hasta mis piernas.

El personal comenzó a congregarse alrededor de nosotros, entre ellos, el Dr. Taboada, jefe de Ginecología, al que ya conocía porque, como ya dije, llevaba casi un mes internada en aquel hospital. Creo que en algún punto me sentí como un animal de circo, todos observando, murmurando, bromeando porque, al final, una paciente más, una paciente menos.

Segundo medicamento, escuché susurrar a alguien: “se va en 3, 2, 1... se fue”. Me desvanecí tras la sensación de muerte súbita. A partir de ahí, todo

recuerdo son flashazos. Al abrir los ojos, uno de los enfermeros me estaba levantando el brazo derecho, comenzaron a hacer mediciones y la debilidad llegó a mí; trataba de entender que era lo que estaba pasando, pero no podía. Tercer medicamento, cuarto medicamento, lo mismo que los dos primeros; quinto medicamento... “trata de calmarte Talía, por favor”, me decía a mí misma, pero mi corazón seguía queriéndose salir de mi pecho.

Mi cuerpo se tornó frío. –¿Dónde está mi esposo? –pregunté susurrando con las últimas fuerzas que me quedaban. La voz no me salía; quiero ver a mi esposo. El enfermero me tomó de la mano, creo que entendía que yo presentía algo. A lo lejos se escuchaban muchas voces hablando al mismo tiempo, gente corriendo por todos lados, “¡no hay jeringas para ese medicamento, por favor necesito una jeringa!, vamos a administrar otro medicamento porque éste no está funcionando. ¿Cuáles son sus niveles de magnesio? Traigan el expediente”; alguien corrió por el medicamento, alguien más por la jeringa, algún otro trajo mi expediente.

Sexto medicamento, “ya está muy fría, no responde. Preparen todo. ¡Avisen al familiar ya!”, ordenó la doctora. Alguien se ofreció y salió de la habitación. Era un hombre de vestimenta roja.

En este punto, creo que alguien apagó una especie de interruptor dentro de mí; comencé a ver unas extrañas luces de colores, la vista se me nubló. De pronto ya no vi nada.

¿Así es como todo va a terminar?, me pregunté.

Padre Nuestro que estás en el cielo –y yo que acababa de decirle a Juan en la mañana que no quería morir en un hospital–, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino. –¿Cómo se lo van a decir? ¿Y a mis hijos? No los he visto en casi un mes, ya no los alcancé a ver–. Hágase señor tu voluntad en la tierra como en el cielo –dejé de sentir todo. Mi respiración se fue haciendo más lenta y menos profunda. Las voces ya no retumban en mis oídos–, danos hoy nuestro pan de cada día y perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden –el malestar desapareció, creo que todo se alejó o ¿fui yo la que me alejé? –. No nos dejes caer en la tentación y libranos de todo mal. Amén. –Ya no veía, no escuchaba, ni sentía nada, el frío se fue–.

¿Ya terminó todo, padre?

Busqué a tientas, entre los barrotes de la camilla, las manos del enfermero. ¿Esto realmente está pasando? ¿Sí estoy moviendo mis manos? Ahora pienso que, quizá en el fondo, tenía miedo de morir sola; mi esposo estaba al otro lado de la habitación, pero tan lejos de mí. Me sentía tan profundamente sola entre tanta gente desconocida, pero hasta este punto, el miedo también se fue. Estaba completamente rodeada por extraños, solo eso, extraños.

Nada pudo calmarme, pero mi hermano me mandó hace unos días unas palabras muy bellas: “Aunque ande por valle de sombras de muerte, no temeré mal alguno porque tú estarás conmigo”.

No Betza, no te duermas, aguanta otro poquito ¡tú puedes! ¿era la voz de Adán, el enfermero?, mi brazo derecho nuevamente se levantó hasta tocar el cielo –tu vara y tú cayado, me infundirán aliento. Mis hijos, no pude abrazar a mis hijos, no debí entrar a esa habitación.

Fue un largo silencio.

Otra dosis. Un calor súbito recorrió mi cuerpo y de pronto, sin esperarlo, una bocanada de aire. Abrí los ojos, el malestar seguía, pero regresaron los sonidos, las voces, podía respirar con mucha dificultad, pero cada respiración era tan dolorosa, el pulmón derecho realmente me reventaba; un cosquilleo recorrió mis pies y entonces fue como estar en el limbo. Creo que estuve en una especie de desconexión o disociación, como ausente mentalmente, no estaba plenamente consciente de lo que estaba pasando.

Al poco tiempo, vi cómo la gente comenzó a dispersarse, eso fue una señal de que el peligro había pasado o no. Dormí a ratos. Al lado mío había un señor de la tercera edad, parecía estar muy inquieto, trataba de hablar, pero no se le entendía absolutamente nada. Lo escuchaba quejarse, de reojo vi cómo se quitaba la mascarilla del oxígeno y entre sueños escuchaba como lo regañaban.

–No se quite la mascarilla, señor. En un rato viene su nieta, pero si no se porta bien, ella no podrá pasar a verlo. Traté de hablarle, quería decirle que todo estaría bien, que su nieta vendría pronto, pero no pude hacerlo. Quería darle un gran abrazo para que no se sintiera tan solo, como yo.

Fui recuperando el aliento y cuándo estuvo todo listo me subieron nuevamente a mi habitación en el 9A de ginecología.

–Ahora sí nos hiciste correr. –La voz sorpresiva de Adán me dio un poco de nostalgia.

Me di cuenta que para mí, todo había pasado tan rápido; juro que estuve como quince minutos en ese lugar, pero realmente tardaron cerca de dos horas y media en poder estabilizarme.

Cuando llegué, Juan estaba ahí esperando en el *reposit*, sin saber qué había pasado, lo único que sí sé, es que los días siguientes fueron los más duros de toda mi vida.

Pero retomando el punto principal, la doctora me dio entonces una hoja donde venía una lista larga de efectos secundarios a corto y largo plazo: mareo, fatiga, vómito, diarrea, fiebre, dolor muscular, pérdida de peso, caída del cabello, anemia, palpitaciones, sangrado interno, daño renal, la muerte. Por un momento, pretendí reprimir ese enorme nudo en la garganta que se formó quién sabe en qué momento. Después de unos segundos se rompió el largo silencio y como no me salían las palabras, sólo pude pedirle a la doctora que me diera unos días para poder pensar bien que era lo que quería hacer.

Salimos del consultorio y caminamos por el largo pasillo hasta la recepción. Juan pagó con aquella señorita que nos había recibido apenas unos minutos atrás. Ella le entregó una cotización donde se desglosaba el precio de las quimioterapias y del catéter, eran \$7,000 mil por cada sesión de quimioterapia y \$40,000 mil por el catéter en donde se incluía el pago de honorarios de los médicos que me lo colocarían, incluyendo al anestesiólogo.

Bajamos por el ascensor y me aguanté el llanto hasta llegar al coche; abrí la puerta, entré, me acomodé, dejé la mochila en el asiento trasero y entonces reventé a llorar como nunca lo había hecho en toda mi vida. Entre abrazos, mi esposo trató de consolarme, aunque en el fondo sabía que no podía hacerlo, vi en sus ojos húmedos una muestra de compasión y solidaridad, nos abrazamos.

No hizo falta decir nada, porque cuando me tomó de la mano, y después entre sus brazos, supe que sin importar lo que pasara, yo debía resistir. Estuvimos ahí como por treinta minutos, tratando de digerir lo que acababa de pasar arriba, me limpié las lágrimas, coloqué mi cinturón y partimos a comprar la despensa, porque sí, aunque te den las peores noticias, la vida no para, la vida no se detiene ni siquiera para ti.

A lo largo del trayecto de Gran Sur a Tienda UNAM, me di cuenta que ya nada era lo mismo, de pronto la vida parecía cobrar otro sentido, ya no tenía la necesidad de estar rodeada de gente, ya no quería ser “importante o exitosa”, no me importaba mi apariencia o como iba vestida, no tenía ganas de hablar, solo quería llegar a casa y abrazar a mis hijos.

Como es obvio, hicimos las compras en el super y regresamos a casa. Al llegar ya nos esperaba la familia, creo que una de las partes más complicadas es externar estas situaciones, lloramos juntos, pero todo el mundo emite un juicio, opina sobre lo que hay o no que hacer, todo el mundo cree en algo, todos quieren hacer hasta lo imposible para prolongar lo más que se pueda la estancia del ser querido. Encontrar el orden en medio del caos es casi imposible, pero al final uno debe sobreponerse e imponer su voluntad, porque somos nosotros los que cargamos con el malestar, con los piquetes en los brazos, con los estudios molestos, las heridas que no se pueden ver y con el dolor del estado físico.

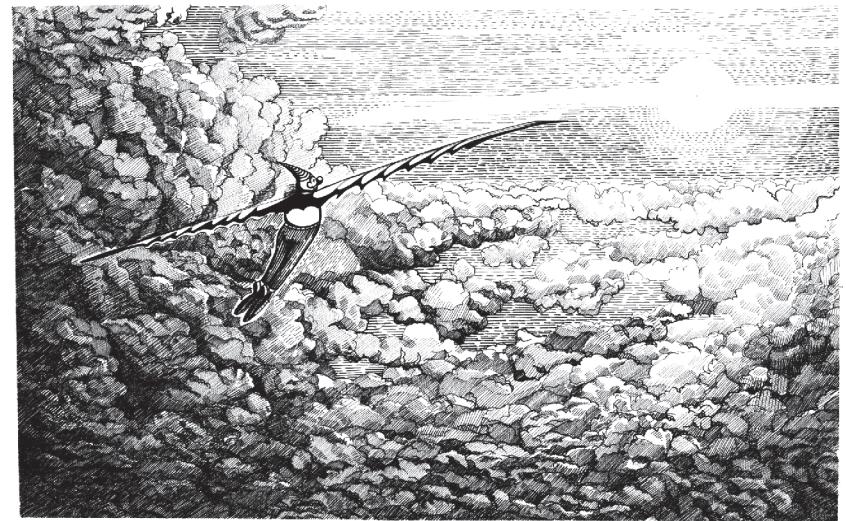
Y, a nivel psicológico, existe una constante lucha interna entre saber cuándo parar y aceptar las circunstancias, sabiendo que se hizo todo lo posible (lo que algunos ven como rendirse), o la lucha constante que nos da la esperanza para poder intentarlo otro poco más, aunque eso implique sufrir y prolongar la agonía.

B.S.R / CDMX a 06 de marzo, de 2024.

SUEÑO #3

“LO EFÍMERO”

*Sobre mis hombros, la muerte.
Fue ella quien me obligó a despertar.
¡Brutal sacudida!
Suave como la brisa, acarició mis mejillas.
Intermitente, anunció su llegada,
Placebo de mis noches oscuras,
seré paciente y si tengo suerte,
arderé con el sol.*





CAPÍTULO IV

MI MUERTE

Creo que aquel día realmente morí.

Me subieron a mi habitación, calculo que eran como las siete de la noche y mi esposo estaba aguardando por mí. La visita había terminado desde las seis, pero el continuaba ahí debido a que los médicos se lo habían solicitado. Lo veía preocupado, pero no pude ver más allá porque comenzaron con mi reacomodo, pasé en una hermosa danza, de una camilla a otra.

¿Cómo es posible que se necesite respirar?, me preguntaba en esos momentos, quería dejar de hacerlo para ya no sentir que en cada respiro el pecho parecía estallar. Traté de respirar lo más lento y menos profundo posible. Para mi mala fortuna, el dolor disminuyó, pero nunca se fue por completo, aún hoy.

Hablar era casi imposible, me sofocaba. Mucho menos pensar en sentarme o caminar, eso parecía ser una obra titánica y la voluntad, para ser sincera, no estaba muy sólida en aquellos días.

En realidad, ese no era el verdadero problema. Lo más difícil fue saber que nunca regresé del área de choque, o quizá mi yo, se quedó adherido a ese escáner TC, donde todo comenzó.

Por tres días el sueño se esfumó y sí lo intentaba, sentía como me ahogaba con mi propia saliva y de inmediato despertaba; alerta, mi cuerpo estaba en estado de alerta, a veces me agarraba un ataque de tos y parecía que lo que expulsaba con dificultad eran flemas o como una especie de pequeños coágulos, podía sentirlos con mi lengua. Me monitoreaban a cada rato los signos vitales (presión, temperatura, etc.). Las enfermeras me hablaban y yo parecía no reaccionar a sus preguntas, quería que me dejaran sola, que nadie me molestara, no quería que nadie me agarrara porque sentía que me encontraba fuera de este mundo. Era como si no fuera una persona normal. Todo

comenzó a darme miedo, no comía, no hablaba, no miraba a nadie. Ahí noté que extrañamente mi mente ya no conectaba con mi cuerpo, me sentía mutilada, herida y sumamente desgastada.

Por un momento llegué a dudar de todo, tenía mucha incertidumbre de si saldría o no de aquel hospital; en mi interior, solo deseaba una cosa: salir, salir para poder ver, aunque sea por un pequeño instante a mis hijos.

Vinieron los del área de psicología y yo tenía tantas ganas de llorar y decir que me dejaran en paz. Tuvieron que medicarme para conciliar el sueño. En algún momento trataron de jugar con mi mente para levantarme el ánimo, planteando la posibilidad de dejar pasar a mis hijos para que los pudiera ver, aunque sea quince minutos. Esto evidentemente nunca pasó.

Tardé cerca de cuatro días en hacer algo tan sencillo como sentarme, y tenía un deterioro físico y mental bastante considerable; mi cara se afiló porque perdí alrededor de trece kilos en esas semanas y otros siete los días posteriores.

Fui trasladada a otro hospital, uno mejor, con equipo especializado y personal médico más preparado, todo con la intención de obtener ya un diagnóstico certero de lo que le pasaba a mí cuerpo; lo que fuera que nos dijeran, sería complicado. Llegué a la sala de urgencias en una ambulancia.

–No hay camillas, se quedará en una silla de ruedas, ¿están de acuerdo?

–Sí

Había mucha gente alrededor, el hospital estaba sobresaturado, a muchas personas las habían “regresado” debido a que ya no cabía ni un alma más. Como si pudieras pedirle a tu malestar que se espere veinticuatro horas porque no hay espacio para ser atendido.

En verdad nunca vi a una sola enfermera, ni a un solo doctor sentado por más de cinco minutos; había muchas personas en condiciones graves, dolores fuertes que los hacían retorcerse, pero no en todos los casos se les podía administrar algún medicamento para aliviar su dolor.

A lado mío se encontraba una chica como de unos treinta y cinco años, parecía conocer ya a muchas enfermeras, hablaba con demasiada naturali-

dad, era sencillo darse cuenta que no era su primera vez en ese sitio. Nos trajeron la cena y yo no me sentía muy bien, así que sólo me dispuse a comer la mitad del sándwich de pollo que estaba ahí, insípido e inerte en el plato; bebí el té desabrido de manzanilla; pellizqué una de las dos guayabas que estaban en uno de los compartimientos y fue todo.

Diez minutos después, vino un pequeño malestar que ya reconocía, le avisé a la enfermera y le pedí que me dejara acostar en el piso. Ya saben, la supervivencia de uno se activa.

–No, ¿cómo crees que te voy a dejar acostar en el piso? Está muy sucio y me van a regañar.

–Por favor, déjeme recostar, me pongo la sábana, de verdad, antes de que pase algo.

–No mi niña, no puedo.

Tres minutos después me cargaban cuatro doctores hacia una camilla –que honestamente no sé de dónde salieron porque el hospital estaba a reventar–. Como era de esperarse, se me bajó la presión y me desmayé. Otro electrocardiograma, otra prueba sanguínea y otra de orina, otra vez fiebre, náuseas, vómito, etcétera.

Como no había lugar y todo estaba lleno, me trasladaron a otra habitación dentro de urgencias, pero en esta ocasión me ubicaron en el cuarto de pacientes con posibles infartos. Tal espacio era un lujo lejos del caos, pero no para los otros pacientes, ellos tenían un riesgo alto, que amenazaba sus vidas.

El paciente de la cama de enfrente me miraba mientras le rezongaba a la enfermera, porque no quería que le colocaran una sonda en la vejiga; y ésta, a su vez, lo regañaba porque ya no había más sábanas limpias.

Oía los gritos desesperados de la chica de al lado, ella parecía estar muy delicada, tenía el semblante más pálido que haya visto. No tenía un brazo y sudaba del dolor tan fuerte que tenía. Su mamá, impotente, le suplicaba a los doctores –en vano– que por favor le dieran algo a su hija para aliviar su dolor. Vomitó en varias ocasiones y, algunos instantes, pude ver como se desvanecía. En su mirada se notaba la desesperanza.

A media madrugada algo pasó, vi correr a los médicos y a las enfermeras de un lado a otro, se escuchaban las voces de los doctores dando instrucciones, pero no pude ver nada porque cerraron las cortinas y, en ese momento, giré la cabeza para cerrar los ojos por el agotamiento y ahí, a lo lejos, vi a mi esposo tras la ventana. Minutos después de verlo me sentí un poco más segura y entonces el sueño me venció.

Síntomas de pulmonía, más tomografías, una resonancia magnética, estudios de sangre, positivo a hepatitis B por transfusión sanguínea, una cuarta biopsia... Por último, cinco horas en el quirófano en una cirugía exploratoria que me dejó varias semanas hinchada, morada y adolorida.

El día menos esperado, por fin me dieron de alta. Llegué a casa, abracé a los míos, agradecí enormemente por la tranquilidad de mi hogar, pero los siguientes meses, fueron muy lejos de ser lo que yo esperaba.

Como dije en un inicio, nunca regresé. Realmente morí aquel día.

Nunca volví a verme al espejo, porque la persona que estaba ahí no era yo, parecía ser alguien más, pero no yo. En mis ojos nunca más encontré a Talía, no volví a ver el gran brillo de sus ojos, jamás más volví a ver el mismo color de piel, su cabello negro y grueso se caía; su cuerpo ya no estaba, éste era mucho más escuálido, su olor era distinto, los huesos de la clavícula sobresalían por encima de la piel, se fueron las piernas y la grasa de la barriga que no dejaba cerrar los pantalones; los pómulos bien marcados, los ojos hundidos y dispersos en algún lugar del universo, aquellos anunciaban la muerte; en su pecho, quedaron las cicatrices que dejaron los electrodos de aquel fatídico día. Nunca volví a verla, a veces la extraño y otras tantas le ruego que vuelva, sin importar en donde se encuentre, pero simplemente no responde. Los ecos de lo que fue, a veces me duelen, pero trato de continuar como si nunca se hubiera ido.

La sonrisa genuina, pocas veces aparece.

La recuerdo con cariño. Siempre se pintaba los labios con colores vívidos, le encantaban las flores, le fascinaban los desayunos en familia, los fines de semana lejos de la ciudad. Amaba los girasoles, pero nunca le gustaron las rosas. Le encantaba leer, cocinar y bailar; salía de fiesta, y al bañarse, ponía a todo volumen su música electrónica o un poco de rock. Parecía interesarse mucho por temas sociales, culturales, amaba ir al cine y salir de viaje.

Muchas semanas me perdí tratando de recuperarla y otras tantas, se me fue el tiempo peleándome con ella, por haberse ido así y haberme dejado en momentos tan duros.

Siempre fue una mujer muy fuerte, solidaria y resiliente; siempre pudo con todo y creo que eso era lo que más dolía, aquello significaba la derrota, por primera vez no podría con algo. El juego ni siquiera había comenzado, pero yo ya sabía cómo sería el final.

Siempre estuve consciente de que algún día moriría, pero nunca esperé sucumbir ante una enfermedad como esta. Ya habíamos perdido a otros compañeros y amigos cercanos a causa del cáncer, pero nunca supuse que la siguiente sería yo.

Después de que Talía se fue, nunca pude llenar ese vacío, todas las noches la recordaba con nostalgia, pero, como suele suceder, uno se resigna. Así que, un buen día, tuve que aceptar que ella no volvería jamás y simplemente traté de continuar con mi vida; busqué una nueva manera de construirme, de levantar los pedazos caídos, así como de crear nuevos cimientos, pero el eco de esa vida aún me persigue.

Pienso en que he tenido batallas muy duras a lo largo de toda mi vida, pero para ser honesta nunca tuve una tan fuerte como el hecho de tener que enfrentarme a mí misma, a mis creencias limitantes, a mis pensamientos, a mi mente, a mi manera de sentir y sobrellevar las cosas, a esta terrible enfermedad.

Sencillamente, me vi obligada a reaprenderlo todo. Pasé 33 años de mi vida adquiriendo diversos conocimientos sobre matemáticas, historia, física, química, finanzas, literatura, arte y nunca, pero nunca nadie me enseñó a expandir mi mente a nuevas posibilidades.

Tenía problemas, no con Dios, sino con el adoctrinamiento, pero tuve que buscar una nueva forma de entablar una seria y profunda conversación Él. Extrañamente no me sentía molesta ni con él ni con la vida, como lo hacen muchos otros. Curiosamente fue todo lo contrario, guardaba una especie de profundo agradecimiento por todo lo nuevo que estaba ocurriendo.

Hablé con mi cuerpo también y le agradecí por todo lo soportado; me disculpé con él, por no haberlo cuidado, por no haberlo tratado como se mere-

cía. Al final me encontraba tan sorprendida por lo fuerte que él estaba siendo y eso me llenaba de nostalgia, porque injustamente siempre lo juzgué por no cumplir con todos los estereotipos; nunca lo saqué a caminar para consentirlo, le sobre exigía con el trabajo, mis estudios, los hijos y nunca me di cuenta del enorme templo en el que yo habitaba, ese que me había sido prestado. Hasta que, un buen día, se sintió tan rebasado que, a la mala, me hizo ver lo vulnerable que yo realmente era.

Me considero hasta el día de hoy una persona de ciencia, pero en estas circunstancias tuve que expandir mi mente, ver desde otra perspectiva; la llevé a ella y a mi cuerpo hacia otros horizontes. Comencé a experimentar cosas más allá de lo normal, cosas que la ciencia simplemente no puede explicar, así que lo digerí, tomé la decisión de que no quería ahondar en ello y simplemente me dejé fluir... el universo y yo convergiendo en una hermosa y profunda melodía salida como de un cuento de ciencia ficción.

Acepté que era parte de ese magnífico infinito y que había cosas que no tenían explicación, así que dejé de preocuparme por encontrar un ¿por qué? y comencé a mirar minuciosamente el cielo, el atardecer, las estrellas; comencé a sentir como el viento rosaba mi cara, pude notar el movimiento del agua, los sonidos al amanecer, el aroma de las flores, y todas las cosas y seres que en él habitan. Dejé, de tratar de tener el control.

Los siguientes días fueron un sinfín de emociones y sentimientos, habían sido noticias tan grandes y avasalladoras, y yo estaba ahí sintiéndome tan pequeña. ¿Y cómo no sentirlo? Siempre nos enseñan que uno nace, estudia, haces una carrera, creces, viajas, formas una familia, tienes hijos, tienes nietos y te vuelves un abuelo consentidor y, ya después de todo eso, mueres. Y si somos muy honestos –teniendo en consideración estos parámetros–, yo era muy joven para morir, no estaba lista para enfrentar a la muerte; aún me faltaba terminar mi carrera, tenía varios proyectos en puerta, aún no me casaba vestida de blanco, ni tenía nietos. Aún no había recorrido el mundo, ni había pasado el suficiente tiempo con mis hijos. ¿Cómo era posible? ¿Irme así, de esa forma?

Toda mi vida he sido consciente de que la muerte es un paso que todo ser humano debe probar, pero enfrentarme a ella, en una experiencia real, sin juegos o ilusas expectativas, no era tan sencillo.

Cuando estás ahí dándote cuenta de todo eso, sabes que la muerte no viene a ti de una manera tan fluida y natural como suena en las conversaciones comunes; nunca nadie me enseñó a no temerle, pero tampoco a ver lo hermosa que era. Nadie me preparó para tal cosa, entonces, ¿cómo podía yo enfrentarla?, sobre todo con aquellos miedos que me generaba el solo hecho de pensarla y con todo esto que acababa de vivir.

En tal posición, sabía que debía tomar decisiones rápidas. Bien podía sucumbir ahí lentamente en mi cama, lamentándome por todo lo ocurrido, dejando que los miedos me invadieran; o bien, seguir avanzando, levantar la cara y pelar hasta el final. Y sí, todo lo anterior, sabiendo que ese final que me aguardaba no tendría escrúpulos.

Un buen día, después de largas semanas en recuperación, por fin pude levantarme de la cama yo sola, fui al sanitario, me lavé los dientes y la cara, y lo supe de inmediato... no quería morir así.

Me vi por accidente en el espejo y hablé seriamente conmigo:

Mira, no es una situación sencilla y todo pronóstico está en tu contra, eso es cierto –me dije–. Pero si esto es lo último, haremos lo que más nos gusta, lo que más amamos. En verdad no creo que quieras perder el poco tiempo que tienes postrada en esa cama. Claro, claro que será muy difícil y mientras más avances, las cosas se complicarán aún más. Pero, aunque sabemos que perderemos el juego, debemos intentarlo cada día, hasta que ella venga y te reclame. Hasta que ya no podamos más.

Por supuesto que hubo –y hay todavía– semanas sumamente complicadas: fiebre, dolores, vómito, náuseas, ansiedad al grado de parar nuevamente en el hospital, antidepresivos, cambio de catéter, clonazepam para poder conciliar el sueño, estudios, citas médicas, ozonoterapia, herbolaria, y todo lo habido y por haber. Pero aún en esa posición de desventaja y vulnerabilidad, decidí que cada minuto que yo pasara en este lugar, debía valer la pena; porque la vida era ya en sí un gran milagro, era digna de ser vivida, es una especie de cosa enormemente maravillosa que algún ser superior decidió regalarnos. Y, para ser honesta, yo no podía perderme ese grandioso espectáculo.

Mis ojos comenzaron a mirar de una manera diferente, comencé a sentir de una manera diferente y, entonces, soñé como nunca lo había hecho. Mis sentidos se agudizaron a tal grado que noté como la naturaleza influía en mis

estados de ánimo. Y también comprendí que debía trabajar muy duro con mi interior, sobre todo con aquello que me incomodaba demasiado.

Aprendí más sobre la enfermedad, descubrí que este mundo del cáncer es enorme y complicado. Escuchas de todo, hasta lo unimaginable. Algunos lucran con el sufrimiento y esperanza de los demás; otros ayudan sin esperar nada a cambio; no hay dinero que te alcance, pero tampoco falta quién te traiga el té de guanábana, ña de gato, hojas de kalanchoe, las capsulas de víbora, suplementos alimenticios, sustancias extrañas que te prometen hasta las perlas de la virgen. Pero siendo realistas, nada, absolutamente nada, logra quitar ese peso que uno carga en los hombros, ni siquiera la más poderosa quimioterapia puede quitarte la incertidumbre y el miedo.

Sí, hay días muy buenos, pero en muchos otros los pensamientos pesan, y pesan mucho. La muerte te pisa constantemente los talones, cada día que pasa un poco más. Todos quieren saber y entender, quizá por morbo, quizá porque realmente te aprecian. Muchos contamos con una gran red de apoyo, pero muchos otros pelean y se sustentan en la más profunda soledad.

Escuchas sobre regeneración celular, biodescodificación, meditación, ayurveda, medicina holística, dietas crudiveganas y hasta aquellos que siguen estigmatizando la enfermedad, suponiendo que cargas con karmas de vidas pasadas, etcétera, etcétera y etcétera.

Pero uno logra encontrar su lugar dentro de todo ese mundo y es un verdadero triunfo; uno aprende a vivir un día a la vez; nosotros saboreamos con profundidad la comida y, otras tantas, nos obligamos a comerla; valoramos en sí, el hecho de tener que comer, pero valoramos más el poder saborear esa comida.

Por su puesto que sufragar una enfermedad de este nivel es muy costoso y seguido pienso en todas aquellas personas que no pueden darse el lujo de comer alimentos especiales, o comprar medicamentos indispensables para su tratamiento; muchos otros no pueden darse el lujo de pagar ozonoterapia, psicólogo, probar nuevos tratamientos, y los que pueden, simple y sencillamente sucumben ante ella, porque la tristeza de saberse enfermos termina por jugar en su contra.

Pero dentro de todo lo malo, creo que nadie nos quita el placer de poder ver el atardecer a un nivel más profundo, porque sabemos que puede ser el

último. Le perdemos el interés a la mayoría de cosas materiales, porque importa más poder abrazar a los nuestros. Agradecemos el hecho de no estar otro día más en el hospital, por podernos bañar solos, por poder caminar y dormir, así como por amanecer otro día.

Para nosotros el tiempo es tan vital como respirar, así que sabemos invertirlo en lo verdaderamente importante. Y aunque la expectativa de vida de un paciente oscila entre los cinco años después de la detección, nosotros no perdemos la esperanza y vamos caminando por el mundo disfrutando el bello paisaje.

Sabemos la importancia del descanso, de la alimentación, de trabajar la espiritualidad y de dejar ir las cosas que nos causan daño. También sabemos disfrutar mejor de los placeres.

SUEÑO #4

“ECOS DEL ALMA”

En el tranquilo oleaje del mar, en el abrazo cálido del atardecer, estaba yo. Junto a mí, una enorme roca tres veces mayor que mi cuerpo.

Parada ahí, en la orilla, mientras mis pies se hundían en la arena suave, observaba como el sol se fundía en el horizonte; el cielo se tornó en brillantes colores.

Era un momento de mucha calma. El mundo se detuvo y las preocupaciones se desvanecieron de a poco con la marea.

Cerré mis ojos un tanto confundida, pero dejé que la brisa salada mojara mi cabello negro. Creo que realmente me conecté con el mar, con su profundidad y sus secretos ocultos en cada ola.

Di medio giro... el cielo anaranjado. Ya había estado en este lugar, ya había estado en este sueño –me dije hacia mis adentros–.

Comenzaron a brotarme las lágrimas. El rostro se me puso rojo y mi boca no podía pronunciar ni siquiera una pequeña palabra.

Giré de nuevo, pero esta vez di tres pasos hacia adelante. Detrás de la piedra, había una mujer; estaba parada frente al mar y el viento movía su largo cabello.

De a poco, comenzó a alejarse.

Giró su rostro hacia mí.

–No puedo quedarme.

Moví la cabeza asintiendo. En realidad, no quería que me dejara ahí, ansiaba que me llevara con ella, pero callé.



La vi desvanecerse entre las olas azules, en ese lindo atardecer; entonces, una profunda tristeza me invadió. Las lágrimas salían de mis ojos arrasando con todo a su paso, así como lo hace la lluvia.

El nudo en la garganta y las ganas de desaparecer.

Comprendí que no podía hacer nada, así que me di media vuelta y regresé por dónde vine.

Ahí estaba por tercera vez ese mismo sueño. Cuando desperté, me di cuenta que mi almohada estaba toda húmeda, el llanto había sido real... otra vez.

CAPÍTULO V

LA DESPEDIDA



Era veintiséis de julio cuando recibí un mensaje. Estaba lleno de preocupación y de cierto modo, también venía acompañado de una especie de molestia por no haber avisado nada.

Fueron días complicados, pero, aun así, no tuve tiempo de decirle a nadie, o más bien no quise, porque todo me tomó por sorpresa.

En realidad, no quería decir nada, porque no tenía certeza de aquello que estaba pasando. Pero eso no necesito explicarlo. Creo que la mayoría me conoce bien.

—Oye amiga, disculpa que te molesté, pero la verdad hoy me enteré que estás hospitalizada.

—Sí, mi Lili, disculpa. Ya llevo un mes aquí.

—¡Wow! Sí, lo supe hoy... yo pensé que andabas en la UNI en algún proyecto. Quiero decirte que yo tampoco he andado bien de salud. Ya ves que ya te había comentado y algunos días vengo a trabajar, y otros no porque me siento mal. Me pone muy mal saber que estás enferma. Quisiera que me permitieras ir a visitarte y darte un abrazo grande.

Como es mi costumbre, tuve dificultad para decir lo que pensaba y lo que sentía, pero Lili era una de mis mejores amigas, casi como una hermana, no podía ser así con ella. Entonces salió como vómito:

—Tengo cáncer, Lili.

—No me puedes estar diciendo esto.

—Aún no saben que tipo, ni en que etapa estoy, pero tengo un tumor en la zona pélvica y ya hay nódulos en los pulmones. Mi riñón izquierdo ya no está

funcionando bien y, para rescatarlo, tuvieron que ponerme un catéter. Ya me trasladaron a otro hospital.

—¡Hay dios mío, no puede ser, Talía! ¡Me duele tanto esto que me dices, de verdad no lo puedo creer! Dime por favor si te puedo ver.

Por un momento dudé, no quería que me vieras así en estas condiciones tan deplorables.

—Sí. La visita es abierta, pueden pasar solo tres personas al día; Te paso el número de Juan para que te pongas de acuerdo con él. Tengo miedo, Lili.

—No tengas miedo amiga, por favor; vibra en pensamiento positivo, en la frecuencia de Dios, del amor y la gratitud. Tú vas a salir de ahí, de ese estado; tengo fe en que así será.

—Cuando vengas, platicamos bien.

Se supone que Lili vendría el viernes, pero no lo hizo. No porque no quisiera, sino porque tuvieron que internarla de emergencia.

¿Cómo es que nunca nos dimos cuenta? En los últimos meses, varias veces salimos a comer, a platicar y llegó a mencionarme varias veces que sentía una incomodidad a la hora de comer, parecía que le costaba pasar los alimentos.

No le dimos tanta importancia porque en sus estudios no salía nada; bajó de peso, pero se veía bastante bien. Nunca le cuestioné nada porque creía que era algo fuera de lugar, al final, cuestionar sobre el físico de otras personas es incómodo para mí.

—Estoy internada. Ya no pude verte, pero si nos vamos a ver, te lo prometo. Pronto, ya lo verás. Solo te pido que tengas mucha fe, Dios tiene planes perfectos para nosotras, aunque a veces lo veamos como castigo, aunque llegue la tristeza y la desesperanza. Te quiero mucho, amiga.

—Pero no entiendo nada, Lili, ¿qué te dicen los médicos?

—Ya me subieron a piso. Dicen que tengo los ganglios inflamados.

Salí del hospital el cuatro de agosto. Los días siguientes fueron muy duros, creo que algunos días realmente deseaba que la muerte me alcanzara; el malestar era tan difícil de sobrellevar que, para ser honesta, quería que todo terminara.

Ya no me importaba lo hinchada que estuviera, ni las terribles dolencias, solo quería desaparecer; no lograba conciliar el sueño, no comía, me dolían los pulmones, ni siquiera podía hablar; bañarme era una tortura, sentía que me desmayaba estando parada, sentada o acostada. Mi esposo adaptó el cuarto con varias cosas para que yo pudiera estar lo más cómoda posible, pero era inútil, la mayor parte del tiempo estaba prácticamente sentada, vomitaba todo, y pocas veces quería tener contacto con la gente, era tan insoportable respirar y la sonda de la vejiga dolía tanto.

Juan vaciaba mis bolsas, incluso cuando yo no me daba cuenta. Y muchas veces pasó las noches en vela, porque de la nada me levantaba en las madrugadas sintiéndome mal.

Dejé el celular por varios días, trataba de sentarme a la orilla de la cama, pero mis piernas, por demás hinchadas, pesaban tanto que moverme era casi imposible. El cuerpo simplemente no respondía.

De pronto volví a ser una niña, me llevaban a rastras al baño para poder asearme, al menos de vez en cuando, porque había días que de plano estaba tan débil que ni siquiera podía pararme. Me cambiaban el pañal ocasionalmente, porque la sonda de la vejiga de repente se movía y eso me provocaba fugas por todos lados. Todo el tiempo tenía frío, mi cuerpo siempre estaba muy frío, así que andaba con capas gruesas de ropa y dos o tres cobijas.

El celular quedó olvidado entre mi caja de medicamentos, no deseaba ver ni escuchar a nadie.

—Tengo varios tumores, uno de ellos en el ovario izquierdo; dicen los médicos que tengo agua en el estómago, y en el esófago está el otro tumor, además de otro cerca del hígado.

No sabía ni siquiera lo que pasaba conmigo, ¿Cómo podía consolar a Lilianna y darle una palabra de aliento? ¿Cómo, sí yo tenía tanto miedo?

–No tengas miedo, Lili, no des por sentado nada hasta que haya algo concreto, recuerda que esto aún no se acaba y todo se vale, menos rendirse. Te quiero mucho.

“Todo se vale, menos rendirse”. ¿En verdad acababa de decirle eso? ¿De verdad? Yo diciendo aquello, cuando en el fondo quería que ya todo terminara.

Dieciocho de agosto:

–Los tumores son malignos, el líquido que me sacaron del estómago trae células cancerígenas, me quieren operar de la matriz porque ahí es el tumor primario. ¿Cómo ves? Ya dije que no quiero que me hagan nada, no quiero ser “conejillo de indias”.

La escuché cansada, creo que más bien estaba sedada para no sentir mucho dolor. Yo me sentía tan débil que no podía ni si quiera escribir, el celular se tornó pesado, pero en el fondo realmente comencé a preocuparme por su tono de voz.

–Espero que nos podamos ver pronto para abrazarnos. Yo creo que cada vez me siento más cansada, casi no me puedo mover y me la he pasado durmiendo, pero trato de echarle ganas. Le he pedido mucho a Dios por ti, Tali.

Me di cuenta de muchas cosas, pero no podía asimilarlo. Creo que Lili ya sabía cosas que yo no, y no quería escuchar aquel audio porque lo sentí como una especie de despedida y yo, con todo mi egoísmo, no quería que me dejara aquí sola, lidiando con todo esto.

Diez años de amistad, en los que vivimos tantas cosas: fiestas, paseos, borracheras, peleas, platicas, comidas, desveladas, cumpleaños (las dos en mayo), marchas, asambleas, bromas y hasta hospitalizadas al mismo tiempo y con el mismo mal. En ningún lado había cabida para pensar en una despedida, porque para mí todo parecía un mal sueño y, sinceramente, creo que no quería enfrentarme a todo esto sola. ¿Quién me alentaría como ella?

–No mi Lili, háblale a tu cuerpo, aunque no te puedas mover. No te dejes vencer, aunque te sientas cansada. Nos veremos aquí afuera; somos muchos esperándote aquí. Pídele a Dios que te de fortaleza y tranquilidad.

Varios días después, supe que se fue a casa porque no quiso operarse, yo no entendía muchas cosas, no quería comer, simple y sencillamente porque no sentía hambre. Sé también que, al igual que yo, ella solo deseaba ver a sus hijas. Platicamos de mi diagnóstico y de lo decepcionada que estaba por no tener opción a tratamiento.

El tiempo parecía ir más lento por aquel entonces y yo me sentía cada día más irritable por no poder conciliar el sueño. Inclusive, una noche tuvo que venir la ambulancia por mí porque nuevamente me puse mal. Comencé a tomar clonazepam y mil medicamentos más.

La noche siguiente comencé a preparar todo, hablé con mi esposo sobre lo que debía hacer, sobre los papeles importantes, el seguro de gastos funerarios, hablamos sobre la cremación y de como quería que fuera mi funeral. Sentía que no podía más y que en cualquier momento llegaría la muerte; escribí unas cuantas cartas, mandé mensajes para resolver algunas cosas pendientes. Mi mamá venía algunos días y pasaba la noche aquí, todos se encontraban inquietos por lo que sucedía.

Muchas veces, Juan y yo lloramos abrazados y tomados de la mano por saber que el fin probablemente estaba cerca; él no me decía mucho, pero notaba en su rostro la preocupación, aunque él realmente me motivaba a seguir, a creer, a no perder la esperanza.

Me perdí varias semanas más durmiendo y tratando de recuperar el aliento.

Un día (el veintinueve de agosto) desperté un poco mejor, aún me encontraba muy hinchada y devastada por todo lo que había ocurrido; mi estómago estaba lleno de moretones; ya me habían retirado los puntos, pero seguía dependiendo de terceros para caminar por la habitación, para ir al baño, para bañarme, para vestirme, entre muchas otras cosas.

En algunas ocasiones aún me costaba comer, pero trataba de hacerlo para recuperar un poco de fuerza, mis movimientos seguían siendo lentos y torpes. No había equilibrio, tampoco ánimos, pero sí había medicamentos de sobra para pensar en una salida fácil.

Treinta y uno de agosto:

–Te quiero mucho, Lili. No pierdas el ánimo ni la fe; estoy segura de que nos volveremos a ver y veremos todo esto sólo como un mal recuerdo. Te abrazo fuerte, aunque sea a la distancia. Te mando este recuerdo, de aquella vez que fuimos a comer. Fue un gran día.



Dos de septiembre:

Dormí casi todo el día, comí un poco, pero no como yo quisiera. Juan puso una película para que me distrajera, pero me sentía demasiado inquieta como para verla. Se recostó en mi regazo.

–¿Qué tienes? ¿Te sientes mal? No me mientas por favor.

–No, no me siento mal. Bueno, creo que tengo las mismas sensaciones de aquel día cuando vino la ambulancia por mí.

–Tómame la medicina.

Entró una llamada al teléfono de Juan, así que se paró a responder. Por aquellos días, le llamaban seguido por asuntos del trabajo y también para preguntar sobre mi estado de salud.

Regresó y se volvió a recostar, continuamos viendo la película. Pasaron como cuarenta minutos. Mi celular comenzó a sonar y, entonces, rápidamente

apareció una pausa en el televisor; Juan se levantó de la nada y sólo se limitó a decir que no contestara.

–Tenemos que hablar.

Dio la vuelta a la cama y se paró a un costado mío.

–Ya falleció Lili, amor.

La luz de la habitación pareció apagarse.

¡No podía creer lo que acababa de decirme! Tales palabras parecían demasiado grandes para mí en ese momento. Y la lluvia torrencial de aquel día, jamás la voy a olvidar.

Vinieron a mi mente tantos recuerdos. Años atrás, ya habíamos perdido a nuestros compañeros y amigos Neto y Lalo, en ese orden.

Neto se enfrentó a un cáncer de páncreas que lo tuvo batallando durante cuatro largos años y varias sesiones devastadoras de quimioterapia. Aún recuerdo la última plática que tuvimos con él, a finales de noviembre de 2017. Hacía frío esa tarde, pero no importó, platicamos alrededor de tres o cuatro horas; ahí nos informó que había tenido su última quimio y que le realizarían estudios nuevamente. Pronto tendría cita con el oncólogo. Esa fue la última vez que vi a Ernesto.

Semanas después supimos que lo habían desahuciado. ¿Qué se le puede decir a un amigo en esas circunstancias? ¿Cómo le das palabras de aliento a una persona cuando el diagnóstico es tan devastador?

En marzo del siguiente año, recibimos un mensaje de que se encontraba muy delicado, ya no reconocía a nadie. Fer, su hermana, tuvo a bien contarme como fueron sus últimos instantes, pero eso es algo que me voy a reservar solo para mí. Al igual que Lili, Neto se fue rodeado del amor de su familia, vestido con su jersey auriazul del equipo de fútbol americano. Cuando nos avisaron que nuestro amigo había partido de este plano, yo me encontraba en mi departamento y, para ser muy honesta, lloré casi toda la tarde.

Neto amaba tomar fotografías, le encantaban los vinos, el café y viajar. Su último viaje a Noruega no se pudo concretar, pero siempre decía que le ilusio-

naba mucho la idea de conocer ese lugar, porque era su favorito. Él fue el primer amigo que perdimos en el Centro Cultural Universitario Tlatelolco (CCUT), después le siguió Lalo.

“Lalote”, como le decíamos, fue diagnosticado con leucemia linfoblástica aguda. Su proceso inició con síntomas de cansancio, mareo y pérdida de peso. Fue a consulta con su médico general y después de los primeros estudios, se descubrió que tenía una anemia severa. Su familia tuvo que llevarlo a internar a su hospital. Tardaron tres días en pasarlo a piso, ahí estaba nuestro amigo, sentado en una silla de ruedas, esperando por un espacio digno, pero en realidad eso era el menor de sus problemas.

Después de varias semanas, Lalo tuvo que ser trasladado a otro hospital, uno de tercer nivel; llegó al mismo hospital al que yo fui trasladada años después. En más de una ocasión, los compañeros del CCUT nos organizamos en grupos para ir a donarle sangre y plaquetas. Nos formábamos juntos, pasábamos a la misma sala; nos mirábamos unos a otros mientras las bolsas de sangre se llenaban y, cuando todo terminaba, regresábamos en metro a Tlatelolco y continuábamos con nuestras vidas.

Lalote, fue sometido a diferentes estudios, tratamientos, quimioterapias, entre muchas otras cosas. Tuvo un trasplante de médula ósea y recuerdo muy bien, que se realizó una colecta para poder adquirir un colchón especial, pero al final, después de poco más de dos tormentosos años, su cuerpo fue atacado por un hongo debido al debilitamiento de su sistema inmunológico y, tras varios días de lucha, en uno de esos cuartos aislados del mundo, y una avasalladora neumonía, poco a poco nuestro amigo se apagó.

Lalote era jugador de fútbol americano, le encantaba ver películas y cantar en el Memorial su música de Ramón Ayala. Sin falta, siempre salíamos por el desayuno todas las mañanas, aún con el crudo invierno. Fuimos cómplices en la organización de cumpleaños clandestinos, comidas y retas de baraja; siempre andábamos cubriéndonos junto con otros compañeros, para poder escaparnos cuando teníamos pendientes que hacer en otros lados, o simplemente nos organizábamos cuando cometíamos errores en el trabajo para que no nos fuera tan mal. “Cariñito”, así me decía, “vamos por un café”.

Ir a despedirlo fue tan doloroso. Recuerdo muy bien que llevamos una comida y, entre todos los compañeros de la dependencia, servimos varios

platos y vasos de refresco, entonces comenzamos a repartir a toda la familia, a los amigos y a todos los presentes. Por un momento, el dolor se fue.

En el fondo de la habitación donde él yacía, estaba una corona de flores que decía: “con cariño, tus amigos de Tlatelolco”. Y a un costado estaban los trofeos que se habían ganado en el equipo fútbol y que ahora custodiaban su cuerpo celosamente.

Pero, cuando llegó la hora de que nuestro amigo partiera, recuerdo que todos comenzamos a llorar, abrazados unos contra otros; por un momento fuimos uno sólo junto a su ataúd. Bajamos lentamente las escaleras como tratando de retardar el adiós; esperamos en la planta baja a que nuestro amigo bajara, ahí en el patio de su casa.

Al verlo llegar y al saber que era lo último y con la voz entrecortada, gritamos con todas nuestras fuerzas, desgarrados “¡Goya... Tlatelolco! ¡Goya... Lalo!”, al fondo sonaban las notas tristes de las canciones del mariachi, mezcladas con los gritos desgarradores de la familia. Así, despedimos a nuestro amigo, mientras caminábamos detrás de su ataúd.

Lili lloró tanto ese día, al igual que muchos de nosotros. Devastados, regresamos cada uno a nuestras casas, con un vacío inmenso dentro de nuestros corazones, de esos horribles que no se superan, ni aunque pasen los años.

Lalo en verdad me dolió mucho, pero despedir a una de mis mejores amigas, que fuera como de mi familia, se sintió tan diferente. Lili se llevó una gran parte de mí.

—No me hubieras dicho nada.

Dos segundos después ya me encontraba en una crisis, no sé si era por el malestar físico con el que venía batallando o si era el shock de la noticia. De pronto me faltaba el aire y ese malestar otra vez. Creo que iba a desmayarme, ¿o era la sensación de una muerte súbita?

Mi esposo corrió por el alcohol, tomé de prisa el clonazepam, y por unos diez minutos trató de contenerme, echándome aire con un pequeño abanico. Lloré por esos pocos minutos hasta que, sin poner resistencia, la somnolencia por el medicamento, me llevó a un sueño profundo.

Ni siquiera pude llorar. Pero, ¿cómo era eso posible?, ¿se suponía que nos veríamos? Enserio que todo suena tan irreal.

Al día siguiente, soñolienta por el efecto del medicamento, pedí que me ayudaran a parar, prendí una veladora blanca junto a una biblia que mamá trajo, también encendí un incienso de palo santo, coloqué varios cuarzos de esos que le gustaban y oré, oré mucho. Tenía tantas ganas de ir a despedirme de ella, pero mi cuerpo no me dejaba.

¿Por qué, por qué así y en este momento? Hasta la fecha, no termino de comprender los designios de la vida, los designios de Dios.

Hablé seriamente con mi amiga, le ofrecí disculpas por no poder ir a despedirla como realmente se merecía; ni siquiera podía darme el lujo de llorar, porque el dolor de los pulmones me lo impedía. ¡Qué jodido!

Cerca de las cuatro de la tarde, una paz invadió mi cuerpo, no sé cómo explicarlo, simplemente sé que sentí mucha paz; tenía mil preguntas en la cabeza, no entendía nada de lo que estaba ocurriendo, sólo estaba ahí como por inercia, pero llegó.

Tiempo después supe que Lili estaba muy consternada por la noticia de mi diagnóstico; pocas veces la vi llorar y lamento que una de ellas haya sido por saberse impotente de no poder ayudarme, y me hubiera gustado decirle que ya había hecho suficiente por mí todos estos años.

Entonces –como es mi costumbre– comencé a cuestionarme ¿Por qué debemos atravesar nuevamente por todas estas cosas? ¿Por qué la vida decidió dejarme otro poco?

Una de mis mejores amigas acababa de irse y yo no sabía absolutamente nada. ¿Sufrió? ¿Pude haber hecho algo más por ella? ¿La volveré a ver algún día, en otro lugar?

Días después, su hermano me contó cómo fueron sus últimos días. Terrible idea para mí estado de ánimo, pero necesario para poder saber que se fue rodeada del amor de su familia, de sus hijas y del amor de su vida. De a poco durmió, se fue tranquila después de varios días llenos de dolor y angustia.

Algo curioso que pude notar, es que tres días antes de fallecer, mi amiga tuvo la misma sensación que yo había tenido, esa sensación de disociación; vamos, dijo algo parecido a *sentir que se estaba volviendo loca, porque la persona que estaba ahí no era ella*, y le creo, ella no era ella y yo tampoco era yo.

Continuamente pienso en sus hijas y en el dolor de su familia, pero también pienso en el mío. Creo que su partida fue lo que me hizo terminar de reaccionar y no dejarme morir.

Y claro que vino a mí el miedo, la angustia y la incertidumbre. ¿Acaso seré yo la siguiente?, me preguntaba continuamente. ¿Cómo se puede trabajar con este sentimiento, con todas esas emociones? ¿Existe algo para transmutar el miedo a la muerte?

Uno no debería temer, pero lo hacemos porque lo desconocido siempre nos aterra, porque todo acaba, el cuerpo físico no existirá más, pero ¿ocurre lo mismo con nuestra consciencia? O porque razón tenemos esa sensación de que algo se desprende, algo se rompe, algo se apaga y se separa de nosotros.

Ahora sé que hay sensaciones que están presentes, que existen, pero que no las podemos percibir, solo las sentimos hasta que estamos en ese alto umbral cuando vamos a cruzar.

Pienso también que la muerte es hermosa, porque sin ella no existiría la vida, eso es lo que le da sentido a la vida misma y, por consiguiente, no podríamos recorrer sus caminos tan misteriosos, pero en sí, ¿cuál es el objetivo por el cual estoy aquí contando todo esto?

¿Tengo alguna misión? ¿Porque el tiempo no es suficiente? Realmente, creo que, aunque me dieran quinientos años más, aun así, el tiempo no sería suficiente para ver todo lo que deseo. Y caigo en cuenta de que ese es el conflicto, desear, desear ser especial, desear tener éxito, desear viajar, ver a los hijos crecer, desear un mejor trabajo, una casa más grande, más dinero, más ropa, más logros, más, más y más. ¿Por qué nunca es suficiente? Y no, tampoco se trata de ser conformista.

Para mí, la muerte es un tema que provoca profunda reflexión y discusión, aún hoy en día sigue siendo un tema duro e incómodo para muchos y, para

otros tantos, este concepto nos sigue quebrando la cabeza. Creo que ni siquiera alcanzamos a dimensionar, desde nuestra frágil y ególatra humanidad, lo que verdaderamente es ella.

A groso modo puedo decir que, la muerte es el momento exacto en el que las funciones vitales de un ser vivo dejan de funcionar de forma irreversible. El corazón deja de latir, la respiración se detiene y la actividad cerebral cesa por completo. Si lo queremos ver desde un enfoque más biológico, la muerte representa el final de la capacidad de nuestro cuerpo para sostener los procesos esenciales de la vida.

Pero, desde una perspectiva más filosófica, espiritual y sociocultural, y sin meterme en filosofías existencialistas, considero que diversas culturas, credos y demás poseen sus propias visiones de tal acontecimiento, junto a costumbres y ceremonias arraigadas. A veces, las personas consideran la muerte como un cambio hacia un nuevo tipo de vida, pero otras veces solo como un final definitivo.

En el budismo, por ejemplo, la muerte pertenece a un ciclo vital de vida, el Samsara. La impermanencia de las cosas es inevitable porque nada dura para siempre y, en este ciclo perpetuo de nacimiento, muerte y renacimiento, se encuentra el karma, que rige todas las acciones acumuladas en nuestra vida. Entonces, todo está destinado a cambiar, a transformarse (Anicca). Bajo este entendido, la muerte podría ser una oportunidad para avanzar hacia un estado de iluminación (Nirvana), donde todo sufrimiento cesa. El ciclo llega a su fin.

Es evidente que la muerte es una experiencia que nos sacude emocionalmente y que nos deja con dolor, tanto para los que se van, como para los que se quedan. Es por ello que la manera en que lidiamos y entendemos este proceso puede diferir considerablemente, dependiendo de nuestras creencias. Y, definitivamente, Lili, creía en que pasábamos a otro plano mejor, a esa quinta dimensión que nadie conoce, de esa de la que nadie ha regresado nunca para poderlo contar. Entonces, pensándolo de esa manera, sería muy posible que Lili viniera a visitarme algún día, o que nos encontráramos simplemente (tal vez) en los sueños.

Ya no habrá pláticas, abrazos, comidas, festejos, ni nada. Algunas veces me sentí culpable por no poder llegar a tiempo, no pude abrazar a esa amiga que me dio tanto por largos años. Lili me sostuvo, me apoyó, me escuchó en mis

días más difíciles. Siempre se preocupó por mí, inclusive aquel día que quiso venir a cuidarme cuando su salud estaba tan deteriorada; se suponía que la que estaba muy enferma y perecería primero sería yo, y en ninguno de mis escenarios estaba quedarme sin ella.

Quizás en otra realidad ella sí llega a cuidarme al hospital, me ayuda a comer y a bañar mientras platicamos, reímos y lloramos juntas; quizás en ese camino sí tengo la opción de un tratamiento y ella me acompaña a mi primera quimioterapia. Quizás, en otro futuro, sí salimos bien las dos, nos abrazamos y vamos a comer juntas a las cocinas que solíamos frecuentar en el edificio Chihuahua, caminamos por ese largo pasillo y comemos helado a manera de celebración. Quizás después nos reunimos afuera del trabajo y llevamos a nuestros hijos a comer sushi y a patinar en hielo a San Jerónimo. Quizás volvemos a la famosa “Casa de piedra” y nos tomamos unas buenas cervezas, festejamos nuestros cumpleaños y viajamos a otros lugares... juntas.

Tal vez, nos recuperamos, regresamos por fin al trabajo, desayunamos café con pan, mientras platicamos del amor, de política o sencillamente de lo que habita en nuestros corazones.

Quiero pensar que Lili logró esa ascensión espiritual en la que tanto creía, en esa elevación mayor de la conciencia, donde alcanzó un estado superior del ser y se unió nuevamente al cosmos, junto a Lalo y a Neto.

Yo, únicamente intento seguir cada día con este dolor tan grande que me dejó su partida. No creo nunca poder olvidarme ni de Neto, ni de Lalo, ni de Lili, ni quiero ni pretendo hacerlo, y espero que cuando llegue mi momento de trascender, logre encontrarles nuevamente, abrazarlos fuertemente y caminar junto a ellos mientras nos fusionamos lentamente con el universo.

B.S.R. 02 de abril de 2024.

SUEÑO #5

“LILI”



Anoche, en un rincón de mi mente, vi a mi amiga con su risa contagiosa tan característica. Nos encontramos en medio de la gente, en un cuarto muy grande y rápidamente se acercó a mí. Hizo unas cuantas bromas y con palabras de ánimo, intentaba calmarme. No podía creer que la estaba viendo. Escuché en el fondo de la habitación un “ya no llores, nunca olvides todo lo bonito que vivimos juntas”.

“Solo acuérdate de todo lo bonito que pasamos”. Hablamos por largas horas y recordamos algunos momentos que compartimos. Por un instante, el tiempo se detuvo. Al iniciar el atardecer nos dirigimos hasta el fondo de la habitación, donde las puertas del elevador aguardaban por nosotras. Se abrieron las puertas, entramos y comenzamos a descender.

Llegamos a un sótano extraño lleno de agua, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. En medio, un camino de piedras que se elevaba sobre las aguas. Al final del camino había una especie de nave blanca.

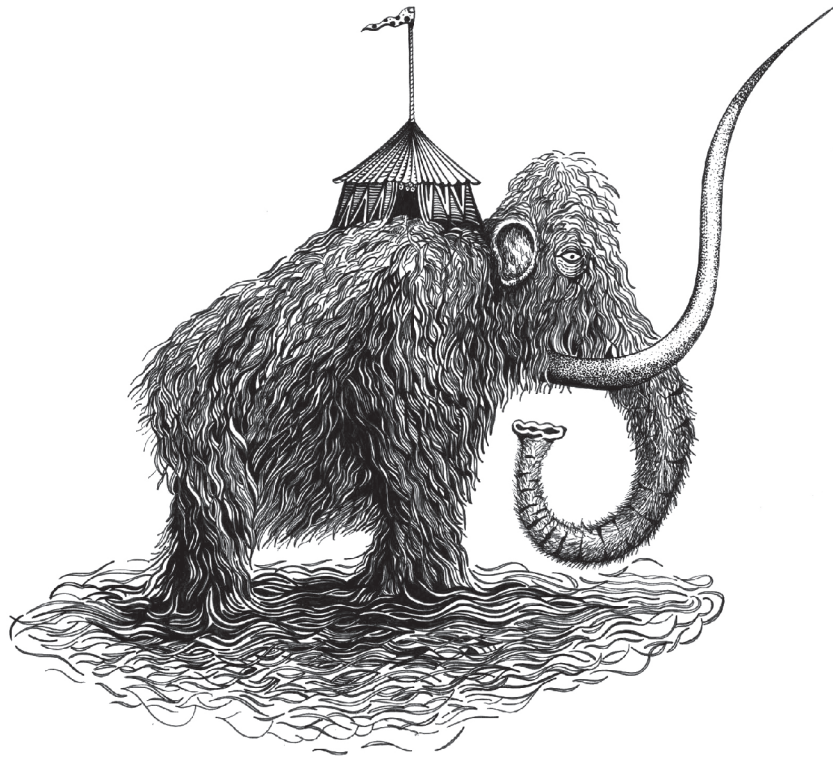
Sin dudarlo, comenzamos a atravesar el sendero. Las aguas tranquilas no impedían que siguiéramos sonriendo. En algún punto, me abrazó y me detuvo. Ella continuó avanzando y vi a lo lejos cómo subió a esa nave, con su chaqueta guinda y sus leggins negros. Su cabello castaño cubrió su alegre rostro y pude escuchar su risa nuevamente. Me quedé a la mitad del camino. Giré, solo para darme cuenta de que ya no había nadie más a nuestro alrededor y en mi interior quería decirle que tuviera cuidado, que era peligroso que subiera a algo que no conocíamos, pero la vi tan segura y feliz, que dudé por un segundo de mi cobardía.

Ahí la despedí.

Abrí los ojos solo para regresar a la realidad, a mi nueva realidad sin ella.

CAPÍTULO VI

EL TIEMPO PRESENTE



¿Y ahora, que es lo que sigue para mí? ¿Cómo se supone que debo actuar o qué es lo que debo hacer? ¿Cuánto tiempo me queda?

Preguntarse qué fue lo que lo ocasionó, ya no vale la pena; llorar por lo que no se puede cambiar, tampoco; enojarme porque se omitieron o hubo errores médicos, no tiene caso. Mis posibilidades y soluciones son muy escasas, pero no soy la única ni la última en encontrarse en estas condiciones y circunstancias.

Afortunadamente para mí, nunca faltan las personas que te hablan de sus experiencias con medicina alternativa, con tratamientos que mejoran la calidad de vida y pueden ayudar a aliviar un poco el trauma y el dolor.

Me puse inmediatamente a trabajar en lo poco que pude sobre mi cuerpo, pero sobre todo en la mente, en aquello que me incomoda, en todo lo que no atendí en su debido momento y que me causó alguna herida.

Entre toda mi búsqueda, encontré la meditación o fue ella la que me encontró a mí. No puedo realizar actividades pesadas debido a mi condición, sobre todo por el catéter en el riñón, debo seguir indicaciones médicas porque este es muy delicado y es muy fácil poder dañarlo o moverlo; también porque es evidente que uno se cansa muy rápido, el gasto energético de la enfermedad es grande, así que uno debe ser cuidadoso con cada paso que da.

Algunas ocasiones tengo que dormir durante el día para poder recuperarme. También es cierto que nadie nos dice, que la piel se descarapela, el cabello se cae a montones, las uñas se vuelven quebradizas, que tu cuerpo comienza a no tolerar ciertos alimentos.

Entonces comienzas a cambiar el desodorante, las mil cremas para la piel—que de nada sirven ahora—, la pasta de dientes, el jabón, los cosméticos y hasta el champú, porque ahora tu cuerpo y organismo tienen otras necesidades.

Es muy curioso, pero debo decir que me siento sumamente agradecida por toda la gente a mi alrededor, todos han sido tan solidarios conmigo; algunos han organizado colectas, otros se unen en oración, me dedican misas, otros me traen despensa, comida, entre otras cosas más. Muchos otros me hablan o me mandan mensajes para darme ánimos, palabras de aliento, y es precisamente el apoyo moral lo que me ha mantenido más fuerte. No digo que lo material no sea importante, pero en mi caso, el saberme querida, valorada, protegida y amada ha sido lo mejor en estos momentos de crisis.

Hoy, por ejemplo, terminando mi sesión de meditación grupal, la profesora nos sacó unas cartas a cada uno de nosotros. No sé si era una especie de baraja espiritual o algo por el estilo. El chiste es que nos enumeró a cada uno y comenzó a sacar las cartas y a colocarlas en su pequeña mesa, a lado de la computadora (mis sesiones son vía remota).

Escuché atentamente lo que le decía a cada uno de mis compañeros y entonces llegó mi turno; era una carta muy bonita que decía:

Eres vida. Tienes mucha vida esperando florecer dentro de ti.

Sentí como se me hizo un nudo tremendo en la garganta, miré inmediatamente hacia mi ventana para disimular el agua en los ojos y noté que ya estaba saliendo el sol –hace tanto que no conectaba de verdad con un amanecer, es más creo que llevaba meses sin ver un amanecer tras el encierro del hospital y la recuperación–.

Expresiones se hicieron presentes en diferentes voces: “que bonito”, “Betza, el universo algo te quiere decir, escúchalo”, entre otras.

Me percibí, por primera vez, como una niña muy pequeña que se asombra por todas las cosas nuevas que está conociendo, mis grandes ojos se iluminaron y brillaron como pocas veces lo hacen. De repente vinieron a mí varias sensaciones, la primera fue una pequeña conexión con la naturaleza (hace tanto que la perdí) y la más importante, vinieron a mí algunos destellos con anhelos de vivir. Y entonces me pregunté cómo era posible que yo hubiese tardado tanto en conocer estas prácticas. ¿Cómo fue posible que hubiese dejado de lado lo más importante... a mí?, ¿En qué momento había dejado de sentir tantas cosas y había perdido el gusto por la vida? Me entristecí por ello, pero agradecí inmensamente a Dios y al universo por ahora abrirme los ojos y el alma.

La profesora sonrió y se limitó a decirme: “en verdad no sé en qué piensas, pero no se puede adelantar el futuro; el despertar de cada persona es distinto y algunos tardan más que otros, pero lo importante es despertar. Así que, disfruta el tuyo, que ya hiciste lo más difícil... ¡llegar!”

Los malestares, por supuesto que van en aumento, unos días los resiento más que otros y unos nuevos aparecen al pasar las semanas, pero tengo claro que la enfermedad irá progresando y con ello aumentará el deterioro de mi cuerpo; aunque, para ser honesta, no pierdo la esperanza de poder salir de aquí.

No me gusta pensar mucho en el tiempo porque, al parecer, éste está en mi contra. Tampoco estoy interesada en hacer planes a futuro; más bien, creo que voy un día a la vez. Ya no me sobre exijo y trato de mantenerme en calma lo más que puedo.

Me puse a crear un plan y un proyecto con mi tanatóloga, realmente ella me ha ayudado un montón a trabajar mis emociones y sentimientos y ahora en lugar de reprimirlos, los expreso. También pienso que ahora soy muy afortunada porque, al menos –y a diferencia de otras personas–, puedo prepararme para recibir a la muerte. Al final, sigue siendo aterrador, doloroso y claro que hay incertidumbre, pero viendo todo esto desde otra perspectiva, tengo un poco de tiempo para poder trabajar en cosas que aún quiero y puedo realizar.

Una de las mejores opciones que pude elegir fue visitar nuevamente a una nutrióloga. La desinformación sobre la enfermedad es grandísima, por ende, no hubo nada mejor que tener la opinión de una experta y que trabaja en conjunto con el resto de los médicos. Por supuesto que es difícil seguir una alimentación completamente limpia y vasta, pero aprender a elegir alimentos que ayudan a mi cuerpo, me hacen un poco más fuerte cada día.

Hace no mucho y al estar verdaderamente consiente de que ya no tenía nada que perder, decidí que era momento de comenzar a buscar más alternativas, algo que pudieran ayudarme tan siquiera a darme un poco de tiempo; así es como en octubre del 2023, comenzamos la búsqueda de otros tratamientos, de esos de los que tanto me reía años atrás.

En realidad, no es que yo fuera una mala persona y me riera de todo ello, más bien pienso que era muy joven e inmadura para comprender el peso de mis palabras.

Es evidente –como en todo– que uno debe andarse con cuidado, ya que no falta quién se aproveche de la esperanza ajena. Llamamos aquí, buscamos allá, visitamos varios lugares hasta que de la nada llegó un mensaje a mi celular, era de mañana; ozonoterapia, alguien mencionó la palabra ozonoterapia. Me hablaban de una clínica, en no sé qué lugar, con no sé qué doctor. El mensaje mencionaba que se ofrecía un tratamiento médico con fines terapéuticos a base de ozono. Muy bueno para pacientes en condiciones parecidas a la mía.

Leí –no recuerdo porque lugares– que el ozono se trataba de una molécula compuesta por tres átomos de oxígeno, el cual, según diversos estudios, tiene múltiples beneficios.

Como dije, era octubre, ahí emprendimos la aventura para encontrar la famosa clínica; yo tenía mucho miedo, todo me daba miedo, después de todo lo que había pasado ya no quería que nadie me tocara, pero ahí estaba parada frente al zaguán blanco de la entrada, tratando de hallar una oportunidad para mí.

Nos abrió una mujer muy amable, aunque definitivamente no presté mucha atención a sus rasgos porque iba a rastras, colgada del brazo de mi esposo y de mi cuñada. Nos hicieron pasar a la sala de espera, ya que, por ser la primera vez, un doctor tenía que valorarme primero. Llevaba los pocos y confusos estudios que nos habían dado en el hospital, se los mostramos a uno de los doctores; éste comenzó a hacer varias preguntas. Contesté a una que otra, pero en un punto Juan tuvo que contestar por mí, porque, como dije, me costaba respirar y por ende mantener una conversación de ese tipo.

¿Cuántos años tienes? ¿En dónde trabajas? ¿Cuál es tu diagnóstico? ¿Qué tipo y en donde tienes el cáncer? ¿Qué tratamiento llevas? Un sinfín de preguntas fueron respondidas. Nuevamente me encontraba recostada, arriba de una camilla. Recuerdo, que hacía mucho frío, más de lo normal, eran los nervios recorriendo mi cuerpo, podía sentirlo.

Este tratamiento es complementario, pero seremos honestos, sí el cáncer ya se encuentra en el estómago es muy poco probable que se pueda hacer algo. Sí este es el caso, sólo se puede ayudar a mejorar la calidad de vida del paciente, pero eso se irá viendo conforme pasen las sesiones.

Uno de los médicos se levantó de su asiento y se acercó a mí, me colocó un catéter en el brazo y sacó con una enorme jeringa –de esas que te dan miedo–

una muestra de sangre, la llevó a un aparato especial para ozonizarla; a la par, iba explicándome pacientemente lo que estaba realizando, pero por el ruido de la máquina, pude escucharle solo vagamente.

En algún punto, no lo niego, tuve ganas de pararme y salir corriendo, pero no lo hice; en lugar de eso, me puse a contar números para tratar de calmar la mente –en ese entonces, mi peor enemiga–: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7...; me devolvió la sangre con la misma jeringa con la que la había extraído, después inyectó en el suero un medicamento y me conectó a él.

Creo que estuve ahí por más de 20 minutos, constantemente me preguntaba si me encontraba bien, si sentía alguna molestia. Acabado el suero, me retiró el catéter y con mucho cuidado me ayudó a levantar. Enseguida me explicó cada cuando debía asistir y lo que tenía que hacer a lo largo de las sesiones; hablamos sobre unos implantes de células madre y yo escuché con atención esto último.

Cuando todo terminó, me estiró la mano para despedirse, salimos nuevamente a la sala de espera, pagamos en la recepción y, como pude, me subí al carro. Nos fuimos de regreso a casa.

Las dos primeras sesiones tuve mucho escalofrío, el cuerpo cortado y un malestar terrible, pero no más de todo lo que ya tenía. A partir de ese momento, regresé cada martes y jueves sin falta por las tardes para hacerme el mismo procedimiento.

En algún punto se me pusieron los implantes de células madre, estos me ayudaron a contrarrestar los efectos de la enfermedad. Creo firmemente en que someterme a este tratamiento, ha sido una de las mejores decisiones que he tomado en los últimos meses, pese a que nunca había escuchado sobre el tema, pienso que la ozonoterapia ha sido uno de los procedimientos que más me ha ayudado a lo largo de mi proceso; comencé a respirar mejor y un buen día logré hablar sin sentir que me asfixiaba; otro día, ya podía caminar y subir escaleras; poco a poco, en conjunto con la nutrióloga, fui recuperando mi peso, en verdad nunca me dio tanto gusto subir unos kilos de más.

Con el tiempo fui agarrándole mucho cariño a las visitas a la clínica, el miedo empezó a dispersarse. Paulatinamente, entablé un pequeño vínculo con las enfermeras y con los doctores, aunque difícilmente soy una persona

que lo hace. Al inicio, como todo, no tenía ganas de hablar con nadie, era demasiado abrumador pensar en la enfermedad y en todo lo que estaba pasando, no voy a negar que por un momento comencé a aislarme de todo, incluida la gente. A veces, a lo largo de mis trayectos, iba leyendo con los audífonos puestos o haciendo cualquier otra cosa que me mantuviera cuerda.

Después me di cuenta de que no solo había doctores y enfermeras, sino hermanos, hijos, hijas, padres, amigos, estudiantes, personas con ganas de salir adelante. Cada uno con su historia, cada uno con sus problemas, con sus grandezas y fortalezas, con sus sueños y metas. Encontré personas increíbles con las que tuve la confianza de platicar, de expresar mi sentir, de saberme genuina; algo me hizo estar segura en ese lugar y es por eso que me dejo fluir en sus manos.

De cierta manera pienso que una de las mayores motivaciones que he tenido hasta el momento, es ver mejorar con mis propios ojos a otros pacientes y, aunque no hablo con ellos, los observo detenidamente. También escuchar las experiencias de los propios doctores; por ejemplo, el doctor Jonathan fundó la clínica varios años atrás debido a que su suegro fue diagnosticado con un tumor en la cabeza y, al encontrarse muy mal y en la desesperación, él y su esposa comienzan la búsqueda de un tratamiento alternativo que pudiera ayudarlo a mejorar. Así es como dan con otro doctor que se dedicaba a trabajar con el tratamiento. Claro que hace catorce años este tipo de terapias eran poco conocidas y el procedimiento se realizaba de manera distinta.

Viendo la gran mejoría del suegro y siendo estudiante de medicina, el doctor Jonathan comienza a interesarse por el tema, a estudiarlo de manera más profunda. Inclusive, le pide al propio doctor de aquella clínica donde llevaron a su suegro, que le enseñe todo lo que sabe y, aunque en un inicio este se niega, posteriormente accede y lo llama para comenzar a instruirlo todo sobre el procedimiento.

Pasados los años y adquiriendo gran experiencia, el doctor mejora el procedimiento, estudia más detenidamente a los pacientes y decide trabajar con los implantes de células madres. Es evidente que cada paciente recibe un tratamiento personalizado y acorde a su enfermedad.

Si bien, la ozonoterapia es una gran alternativa para pacientes como nosotros, creo que, sin duda, lo que la hace más efectiva es la sinergia del lugar. El

sitio es acogedor y aun siendo completamente desconocidos, todos son amables y cordiales. No niego que mi estancia en el hospital fue buena, inclusive cuando se me trasladó a un segundo hospital, por ejemplo, una de las enfermeras logró contactarme a través de un amigo enfermero, pero, sinceramente, nada se compara con la conexión genuina que existe aquí.

Yes es un ejemplo de ello. Es una simpática enfermera, que casi siempre me atiende; es uno o dos años menor que yo. Es una bella y hermosa mujer, amena, tierna, compasiva, de linda sonrisa y cabello rizado; se le notan los sueños y las ilusiones en el brillo de los ojos. Tiene gustos musicales muy parecidos a los míos y siempre me recibe de buenas; durante varios instantes hemos tenido la oportunidad de charlar, de reír, de coincidir, de ser. A veces, cuando así lo necesito, nunca falta su abrazo cálido y una palabra de aliento para continuar; creo que en muchos sentidos me recuerda a Lili. Ella estudio enfermería en la Universidad Autónoma del Estado de México, y es curioso como llegó a trabajar aquí, pues un día mientras acompañaba a otra persona a la terapia, coincidió con el fundador de la clínica, quien al saber que era enfermera, la invitó a trabajar y ella, sin más, aceptó. Al otro día, ya era parte del equipo.

A veces me platica un poco sobre sus proyectos y yo escucho con atención mientras el suero pasa; ella está muy interesada en hacer una especialidad, desea trabajar con pacientes oncológicos terminales. A veces se nos llenan los ojos de agua porque el vínculo que tenemos es genuino, pero el futuro, como es de esperarse, es impredecible. En algunas ocasiones intento ocultar alguna de mis dolencias, pero ella sabe cuándo miento, siempre se cerciora de que el doctor me revise y se mantiene al tanto de mi estado de salud. Creo que le he tomado un cariño especial y pienso que es una mujer inteligente, poderosa y admirable, de esas pocas que uno se encuentra en la vida.

Ahora es turno de Paulette, o como a ella le gusta que le digan: Pol. En realidad, no se mucho sobre su vida profesional, pero puedo decir que es una de las jóvenes más divertidas, alegres e intrépidas que haya conocido. Es increíble lo mucho que podemos reír y todas las cosas en las que coincidimos. Le encanta pintar, bailar, salir de viaje, entre muchas otras cosas. Su corazón es tan noble, que no cabría en todas las páginas de este libro. Es bella y gentil, y en su dedicación se puede ver lo mucho que ama su trabajo.

Después está Jorge, el doctor que me recibió y que hasta hace unos días no sabía ni siquiera su nombre. Es gracioso, pero, a pesar de que no sé mucho de

este doctor, tengo tanto que decir sobre él. La razón principal es que me recuerda mucho a mi “yo” de hace algunos años; uno puede verlo caminar y notar su capacidad de liderazgo, su gran inteligencia y su amabilidad. Es bastante genuino, con mucha personalidad, un poco extraño, pero también interesante. Tiene una forma muy cordial al hablar con los pacientes, no de manera compasiva, pero sí un tanto frágil. Pero lo que realmente llama mi atención, no es nada de lo que acabo de mencionar, sino su gran curiosidad.

Y en este punto es donde yo comienzo a cuestionarme tantas cosas y, para ser honesta, no entiendo en qué momento de la vida perdí la curiosidad. La curiosidad por las cosas, por el mundo, por las personas, por la vida misma. Le veo la sonrisa y ese brillo tierno en los ojos, y me pregunto en qué momento me apagué tanto. ¿Habrán sido las desilusiones amorosas, la carga de proyectos, la presión por cumplir expectativas ajenas? No lo sé, pero lo cierto es que hace mucho no observaba a alguien maravillarse por algo tan sencillo, sorprenderse por pequeñas cosas, saborear detenidamente un helado, la pasión por enseñar, por aprender, por lograr alguna nueva meta, ni mucho menos ser cálido con unas manos ajenas.

Se aprecia el egocentrismo de Jorge –ese con el que yo cargaba hace varios años–, la jovialidad y el carácter noble. ¿Y entonces por qué veía yo mi nobleza como una debilidad? ¿Por qué una de las cosas en las que más me había costado trabajar, era mi ego y, sobre todo, la soberbia? Ese ego que se alimenta de la percepción de la culpa y de la culpa misma, pero también de la necesidad de ser especial, de pertenecer, de esa sed de “éxito”.

¿En dónde había tirado mi alegría, mi vivacidad, mi energía, las ganas de descubrir cosas nuevas, de explorar, de conversar sobre cosas interesantes, de sonreír, de disfrutar?

Me di cuenta, de que llegué a sentirme vulnerable, culpable por intentar regalarme un poco de tiempo a solas, por descansar cuando todo estaba hecho un caos, cuando no podía más con el agotamiento, por retomar mis estudios y sentir que le había quitado un tiempo a mi familia.

Siempre me mantuve cerca del estudio y del conocimiento, siempre rodeada de libros, preparándome para cualquier cosa que me causaba curiosidad. Me encantaba viajar, salir a conciertos, visitar museos y descubrir lugares nuevos para comer. Siempre me gustó enseñar cosas a mis compañeros, ya

sea sobre restauración, preservación o clasificación de libros; logré muchas cosas, pero nunca sentí que eso fuera suficiente. Yo me sentía insuficiente.

Muchas personas me buscaban porque querían aprender matemáticas o prepararse para su examen de la preparatoria o la universidad; otros venían para que les recomendara lecturas, para hablar sobre temas político-sindicales o simplemente para que los guiara con todo lo referente a la redacción de sus textos.

Vi a muchos de ellos publicar sus líneas en diferentes lugares, hablando y haciendo cosas grandiosas, y eso me provocaba una satisfacción increíble. Durante los periodos vacacionales, disfrutaba trabajar con niños en la biblioteca, juntos hacíamos comics, origami, fanzines, jugábamos ajedrez, les mostraba un poco sobre Lengua de Señas Mexicana, hablábamos sobre animes, entre muchas otras cosas.

Ahí estaba yo, siempre corriendo, siempre con algo pendiente, con mis tres, cuatro o cinco horas de sueño; creando, escribiendo, haciendo. En algún punto creo que, hasta la comida llegó a pasar a segundo término porque estaba tan entretenida, que ni siquiera sentía hambre, me llenaba de otras cosas.

Reunión aquí, reunión allá, citas, proyectos, tareas, los hijos, las campañas, los problemas, el vacío, la soledad; me hice amiga de la sobre exigencia y hasta cierto punto, de la meritocracia, porque, al final, la gente siempre esperó de mí cosas extraordinarias.

Dentro de esas personas, también había alguna que otra –unas demasiado cercanas– a las que les causaba molestia todo lo que yo hacía. Comenzaron a tratar de arrojarme al vacío existencial en el que ellos se encontraban atrapados; entonces creo que, al ser personas tan cercanas a mí círculo, y por no conflictuarme con ellas, comencé a dejar de hacer una, dos, tal vez tres o cuatro actividades solo para complacerlos.

De pronto ya no hacía nada de lo que me llenaba y de a poco me fui apagando; quizá eso me hizo sentir un tanto molesta conmigo misma y continuamente me preguntaba si valía la pena haber renunciado a tanto, sí estaba en el sitio correcto. Consecutivamente tenía esta sensación de que algo me llamaba, algo me invitaba a moverme hacia a otro lugar, a otras fronteras. Desafortunadamente no pude acudir a ese llamado y mis pies echaron raíces en un sitio que no era el mejor para mí.

Llegó la incomodidad por no sentirme en completa libertad de ser yo, de saberme un ser individual que también tenía necesidades de crecer y florecer. De no sentirme acompañada, de no trabajar los sueños en equipo, en conjunto con los míos; mis sueños pesaban y pesaban mucho, sobre todo para aquellos que los veían como un obstáculo, porque veían en mí aquello que nunca llegaré a ser.

Retomando un poco a Jorge, sé, por palabras propias, que es originario de Sinaloa; ahí cursó seis meses la carrera de medicina en la Universidad Autónoma de Sinaloa, pero, por alguna extraña razón, una de sus tías le propuso venir a la ciudad y estudiar acá la carrera; así es como llegó aquí a los diecinueve, con su alter ego de ser médico, por el prestigio y la vanidad. Por aquellos años debió ser tan diferente a lo que es ahora, así como yo.

Como resultado del esfuerzo y para su gran fortuna, aplicó y ganó un lugar en la Universidad Autónoma Metropolitana; posteriormente y durante la pandemia, un amigo de la universidad lo invitó a trabajar en la clínica. Así es como él llegó a este lugar.

De vez en cuando platicamos sobre libros, arte, sobre la transmutación de energías, hipnoterapia, inclusive a veces debatimos y alardeamos sobre las vidas pasadas, algo en lo que, según él y yo, no estamos seguros de creer. A veces Yes, Jorge y yo nos reímos sobre chistes y aventuras de nuestro día a día, y eso me hace verdaderamente feliz porque dentro de todo lo inestable que puedo llegar a ser, con todo y el miedo que guardo, ellos hacen que los momentos duros, sean más llevaderos.

Con todo lo anterior, pienso profundamente, en aquellas palabras que Ricardo Raphael de la Madrid nos dijo durante una charla hace algunos años, de que nosotros no elegimos los lugares, sino que ellos nos eligen a nosotros y hoy, después de todo lo que ha sucedido, así lo creo.

La vida nos arrastra por un sinfín de caminos misteriosos, a lugares ajenos, con personas inimaginables, todo se mueve a través de una causa y un efecto, a través de la probabilidad, de la causalidad y, ¿por qué no?, de la casualidad.

Eso me hizo pensar en esa teoría del caos, esa que se basa en la idea de que una serie de pequeños cambios en un sitio específico, pueden tener grandes consecuencias en otro; todo esto dentro de un sistema muy complejo. Y entonces, ¿cuál había sido el origen de mi caos y la desembocadura del mismo?

Imagino cual fue mi accionar, mis decisiones, ese pequeño aleteo que desencadenó en todo este caos. Todo lo que tuve que pasar para llegar hasta este sitio y encontrarme con personas que me hicieron cuestionar casi toda mi existencia, que me hicieron ver y entender lo que hoy estoy experimentando. Gracias a eso puedo ver la verdad de las cosas.

Es irónico, pero como diría José Saramago –unos de mis escritores favoritos– en su libro *El viaje del elefante* (2008): *Siempre acabamos llegando a donde nos esperan.*

Y creo que la vida ya me tenía preparadas muchas cosas, todas en pro de mi crecimiento personal, lamento que sea de esta manera, no lo niego. Pero pienso que quizás soy esa pieza clave por la que, posiblemente, las personas a mi alrededor también deben aprender o reflexionar; concientizarse de que esta enfermedad acecha constantemente, silenciosa, sigilosa.

Las enseñanzas de los últimos meses me dicen que no importa lo que pase, la vida siempre será digna de ser vivida y que, sin importar en donde nos ponga el cosmos, uno siempre debe florecer, a su manera y a su paso, pero siempre abriéndose camino ante la tempestad.

Para concluir, solo puedo decir que me siento muy agradecida por todo lo que ha ocurrido, por los lugares, por las acciones tan bonitas que ha tenido la gente, por todo el apoyo, por las lecciones aprendidas, por las nuevas personas que he conocido, por las que me han sabido guiar a través de la sinergia y la interiorización, por los amigos que han estado a mi lado desde siempre, por los que ahora me acompañan desde el cielo; por toda la gente que me ha motivado con palabras de aliento, por las que me dedican sus oraciones aún sin saber cuál será el desenlace de mi historia.

En el interior, espero que los milagros sean, y me queda claro que si esto es lo último, quiero disfrutar cada instante a lado de los míos y de lo que más amo, ya saben, mis hijos, la familia, los libros, mi carrera, el amor, los amigos, las buenas charlas, los buenos momentos, la naturaleza, la música, la escritura, el arte en general y todo aquello que me ha forjado a través de los años, las memorias, las alegrías y el llanto, pero, sobre todo, la esperanza de saberme consiente de mí misma en fusión con el grandioso cosmos.

SUEÑO #6

“CATARSIS”

*Mi desierto infinito,
donde el sol precede a las estrellas.
Mis pies descalzos, rozan la arena,
a cada paso se abren grietas
y de ellas emana agua.*

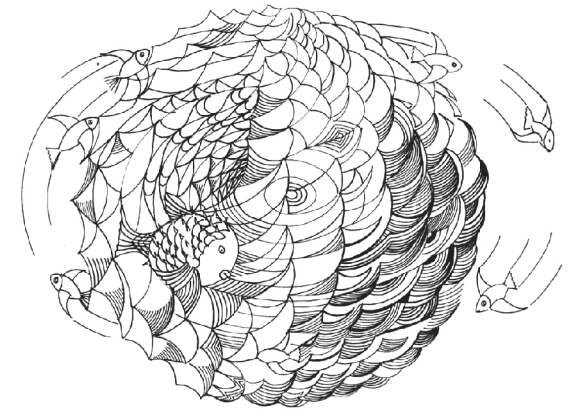
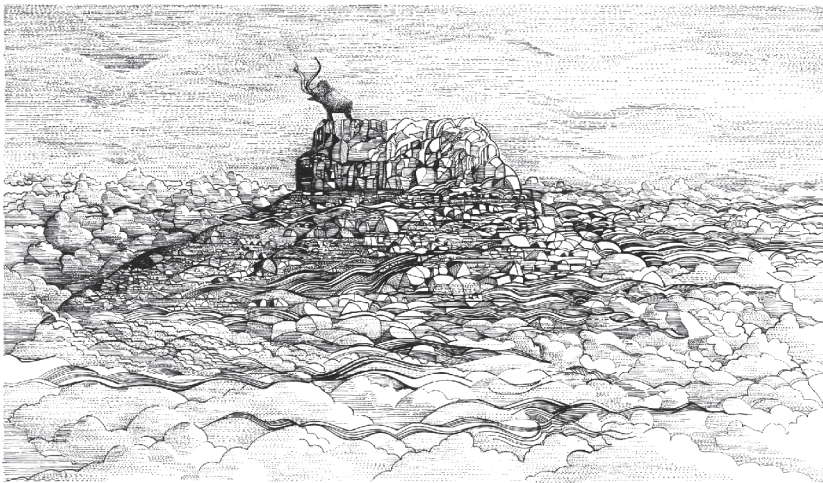
*El mar cristalino
refleja mi ego
y la hoguera encendida,
parece llamarme.*

*Dentro del fuego,
me quedo atrapada.
Grito desgarrador
que quiebra mi alma.*

*Cada segundo me consume
los trozos de piel.
Arde. Quema. Duele.
Pero fría, llega la lluvia,
inesperada.
Purifica. Limpia. Apaga.*

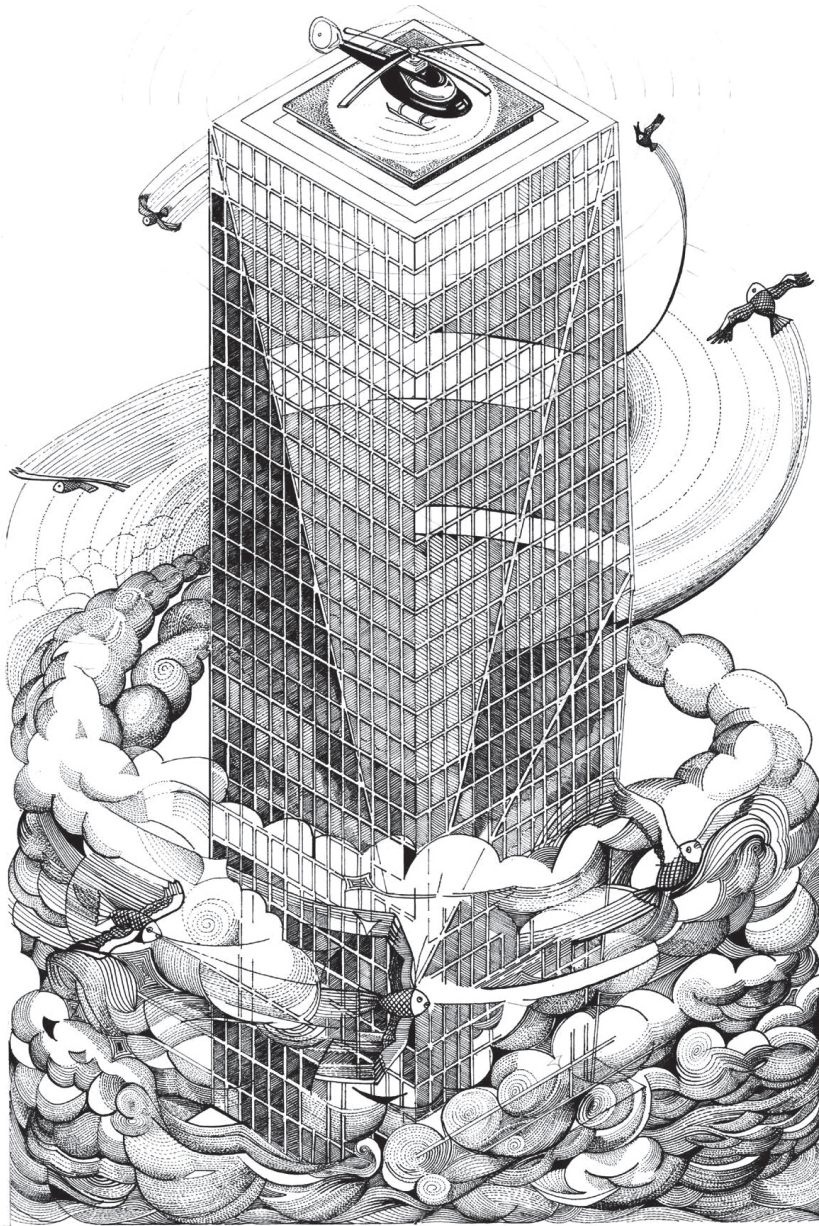
*Renazco entre sollozos,
de mis ojos brotan flores,
de mi cuerpo nacen lunas,
de mis pies salen mariposas.*

*Me abraza la calma,
me acompaña el deseo,
mis manos se aquietan,
mi corazón desfallece.
Al fin, todo termina.*



CAPÍTULO VII

VIVIR SIN TI



En este viaje, uno no va solo. Siempre hay alguien de tras de ti, los hijos, los amigos, los papás, los vecinos, los compañeros de trabajo...

Continuamente, veo a los míos llorar, sufrir, sentirse impotentes. Casi siempre es muy común que uno como paciente viva un duelo, ya que ver el deterioro de nuestra salud también es una pérdida.

Es común que uno exprese continuamente lo que es padecer cáncer, lo doloroso y abrumador que es vivírsela en consultas médicas, en estudios, piquete aquí, piquete acá. Claro que sufrimos, claro que es difícil y retador, pero aquellos que nos acompañan también viven y resienten la enfermedad.

Ser cuidador principal es algo muy desgastante, lidiar con esa sensación de no poder ayudar a aliviar el malestar del enfermo, realmente te consume.

Todos ellos, los que nos rodean son golpeados por la brutalidad de la realidad; el amor se vuelve su principal debilidad y continuamente muchos se sienten culpables por “no haber podido hacer algo más”. Pero, toda esta historia, este pequeño testimonio, se ha centrado únicamente en mí, pero aquellos que me acompañan también tienen muchas cosas que decir.

Para concluir este capítulo, me gustaría que, a partir de este momento, mis amigos y familiares se vuelvan protagonistas, que se apropien de este pequeño espacio y puedan contar, a su manera, como es que están viviendo todo este proceso, como se sienten al respecto y como esto está impactando sus vidas, porque al final cada uno lo sobrelleva como mejor puede.

Yael Jasif Parra Sánchez (hijo)

Al principio es bastante difícil aceptar que en serio está pasando esta situación. Es algo complicado adaptarse a tu nueva normalidad, ya que hay momentos demasiado crudos en los que te replanteas tu

vida por completo, hay momentos en los que quieres evadir la realidad, pero, al final, ella misma te supera.

Todas las cosas que pasan a partir de eso, simplemente te consumen, porque notas la seriedad de ciertos acontecimientos (visitas al doctor, información acerca de lo que pasa con la enfermedad, de ver cómo esa persona cambia por completo y pasa por un proceso que nunca pensaste que le verías pasar).

Son complejas todas las emociones que sientes al vivir con alguien en estas circunstancias, ya que estás en un constante cambio de humor y sentimientos. En los primeros días que me enteré de esto, simplemente intentaba adaptarme a que eso era mi realidad, pero muchas veces acabé por derrumbarme completamente; sin embargo, conforme pasó el tiempo, no sé si mi cabeza solo lo evadió o si ya lo acepté por completo, pero aprendí a convivir de manera más sana con todas las cosas que pasaban alrededor de “esa situación”. Aunque sigue siendo algo que me afecta demasiado, no todo es malo, porque he aprendido a ver el mundo de otra forma, todos tenemos muchas ideas y visiones del mundo, pero hay cosas que no entendemos por completo hasta que te sucede algo de tal impacto.

He aprendido muchas cosas a partir de esto; por ejemplo, he aprendido a valorar muchas cosas que antes no apreciaba, que el tiempo no se detiene y que por ello debo estar contento de estar en el presente, porque tengo la oportunidad de vivirlo, que no se necesita tenerlo todo para ser feliz, porque entiendes que cada mínima cosa, tuvo un proceso para poder llegar a ti y tienes la suerte de tenerlo en tu vida, y en la búsqueda de liberarme del pensamiento de que algún día ESO pasará, aprendí que no puedo hacerlo, porque el duelo es clara prueba de que se amó y se sigue amando plenamente y, aunque es complicado, me siento tranquilo por tener la dicha de amar a alguien.

Alberto Ulises Jiménez Romero (hermano)

Esta vivencia es una de las más impactantes que he tenido en la vida. El estar en esta posición y situación es algo que no se le desea a nadie, el tener a un ser amado con una enfermedad así. En este caso creo que Dios lo quiso así.

Desde el día uno –que fue el día en que recibí la noticia– me cambió el mundo, entré en un estado de shock o inconciencia donde todo es difícil de asumir o asimilar; a partir de aquí, esto se vuelve en lo único que piensas y la vida cam-

bia. Cuando escuchas una noticia del familiar de algún conocido o una persona, intentas comprender o ser empático, pero nada se compara a esto.

Al principio se sentía un vacío y en mi cabeza comenzaron a resonar ideas de que todo eran mentiras; me empezó a rodear un miedo que nunca había experimentado, la ansiedad de saber más y más, de saber que va a pasar, de ponerte al corriente de todo lo que pasa con un ser que amas. Cuando eres chico y a lo largo de tu vida no te enseñan a enfrentarte a estas cosas o noticias, entonces debo decir que fue algo inimaginable.

Después de procesar un poco lo que sucedía, lo único que deseaba era correr a ver a mi hermana, lo cual no pude lograr por los protocolos del hospital en donde se encontraba. Cuando por fin pude ingresar a verla, desde todo el trayecto estuve pensando y preparándome mentalmente para cualquier cosa, solo tenía una prioridad, que era no flaquear para no transmitirle a mi hermana ese miedo y dolor que yo sentía, me puse a orar y a platicar con Dios todo el camino, pidiéndole que me diera fuerzas y me diera las palabras correctas para hablar con ella, porque, como lo mencioné, mis pensamientos estaban en tinieblas. Me prepare para todo antes de cruzar por los pasillos de aquel hospital, caminando hacia la batalla contra mis pensamientos y emociones, yo solo deseaba que ella me viera bien.

Al fin llego el momento, solo quería estar junto a ella, abrazarla y no decir nada por un buen rato, pero tenía el tiempo contado por el horario del hospital. Yo sabía que debía entregarle un mensaje importante que Dios había puesto en mi corazón, decirle que no estaba sola y que Dios ha estado, estaba y estará siempre con ella.

Platicamos de las cosas que nos habíamos perdido mucho tiempo; al principio me fue muy difícil verla en ese estado de salud, pero al mirarla a la cara y ver la tranquilidad y esperanza que ella transmitía, me quedé tranquilo y ahí comprendí que debía entregarle todo a Dios, la vida y salud de mi hermana.

La palabra de Dios dice que pongamos nuestras peticiones delante de Él y nos dará una paz que sobrepasa todo entendimiento humano, y guardará nuestros corazones y pensamientos... y así lo hice, y estoy tranquilo porque sé que, en este valle, en este desierto, en esta prueba, Dios está con nosotros a cada paso. Comencé a ver la vida de una forma distinta y aprendí a agradecer cada día y segundo de la vida de mi hermana, muchas veces rogamos y pedimos a Dios un milagro, y no nos damos cuenta de que el milagro ocurre todos los días.

Yo sé y estoy confiado de que esto es un proceso y Dios no nos ha dejado en ningún paso que hemos dado. Es muy difícil resumir todo lo que he vivido con esto, todo lo que pienso y siento.

Inclusive antes de entregarle toda esta prueba a Dios, era como un desgarrón en el corazón, como si se alejara de mi ser el ánimo, el querer seguir, de perderlo todo, pero yo sé en quien he confiado y que él estará con mi hermana, con mi familia y conmigo hasta el fin de los tiempos.

Norma Isabel Romero Casas (mamá)

Antes de comenzar, me gustaría agradecer a todas las personas que han apoyado a mi hija, familiares, amigos, compañeros de trabajo, personal médico, vecinos y las personas que han levantado una oración por su salud, infinitas gracias.

Como madre, al saber del diagnóstico que le dieron a Taly, fue muy doloroso, en nuestra familia nunca nos habíamos enfrentado a una situación como esta, me costó mucho trabajo procesar lo que estaba pasando. Fueron momentos de muchísima angustia, llanto, tristeza y desesperación, mucha zozobra.

También fue mucha impotencia, pues no puedes hacer mucho respecto a su salud, le cuestionaba a Dios por qué permitía que mi hija pasara éste doloroso proceso. Lloré mucho, clamé muchas veces por misericordia para ella, me levantaba a orar en las madrugadas a falta de sueño pidiendo un milagro para mi pequeña ¿qué madre está preparada para perder a uno de sus hijos? Creo que nadie lo está.

Me ha costado procesar el dolor y la incertidumbre, me he aferrado aún más a mi fe y toda mi esperanza está puesta en Dios, siempre en mi pensamiento está pedirle que obre un milagro en la salud de mi hija. Sólo me queda esperar y mantener la paz. Le ruego, Señor, toma mi vida por la de ella. Dale otra oportunidad para que pueda ver crecer a sus hijos, pero que sea tu voluntad y no la mía, eso es lo que he aprendido.

Los familiares y conocidos me han llenado con consejos abrumadores, recetas de todo tipo, pociones “mágicas”, “plantas milagrosas”; esperan mi reacción de llanto, de angustia, como si mi hija ya se hubiera ido, entonces es cuando siento un poco de enojo, pues sé que ella es una guerrera y Dios está de su lado; mi mente solo atina a pensar si Dios lo permite, Taly sanará. Eso es en lo que yo creo.

¡El alma me duele en silencio y cada día que Taly responde a mis mensajes o llamadas, sé que abrió sus ojos y amaneció!... un día más de vida. Entonces comprendo, es la respuesta que Dios ha mandado, veo realizado el milagro de vida por 24 horas más. ¡Gracias Señor!

La enseñanza que esta enfermedad me ha dejado es valorar cada día, cambió completamente mi visión acerca de ésta; he aprendido a ser más paciente, a poner la vida de mi hija y sus hermanos en las manos del Todopoderoso, a saber, que un día todos nos iremos, y no temo a la muerte, confío en que donde Dios disponga que estemos, veré a mi hija libre de toda enfermedad y sufrimiento, siempre con su gran sonrisa y entusiasmo, inquieta como es ella y feliz.

Con todo mi amor, para mi hermosa Taly.

María Magdalena Ramírez Presa (amiga desde hace 10 años)

El cáncer es una enfermedad que llama a la puerta sin avisar. El propio nombre nos da miedo y aún más si se afirma el diagnóstico, sientes que la vida se va de las manos. Muchos pacientes de cáncer afirman que lo que más les cuesta no es perder el pelo, si no los amigos e incluso la misma familia.

Y todos coinciden en que los que desaparecen no es por falta de amor hacia ellos, sino por falta de palabras que puedan reconfortar. He de confesarte que el día que te vi después de que me contaras que tenías cáncer, sentí un nudo en la garganta. Por mi cabeza pasaron muchas cosas, sobre todo que existía la posibilidad de ser el último día que te vería. Quise pensar y ponerme en tu lugar, pero nadie puede sentir lo que en carne propia estas pasando.

Las conversaciones siguientes pueden tornarse difíciles porque no se sabe si es incómodo hablar sobre el tema, si tu amiga quiere seguir contando cómo se siente o preferiría hacer como que no pasa nada. Como amiga, es difícil saber qué hacer. Y, mucho más, qué decir. Queremos dar ánimos, pero no encontramos las palabras adecuadas, pues ante una mala noticia, nunca sabemos cómo reaccionar y te preguntas, ¿por qué?

Sé que estos últimos meses no han sido los mejores, te ha tocado enfrentar muchos problemas, muchas situaciones angustiantes y difíciles. Pero quiero que sepas que, a pesar de eso, estoy muy orgullosa de ti porque has demostra-

do que eres valiente, perseverante, paciente y, especialmente, que tienes un corazón inmenso que lucha día a día en contra de la muerte. “Si antes te admiraba, ahora te admiro más”.

Le agradezco a la vida sin duda alguna, tú has sido un valioso obsequio que cuido y atesoro con todo mi ser, porque el amor y la amistad que me has brindado te hacen digna de merecer mi aprecio y mi respeto, puedo asegurarte que pase lo que pase siempre ocuparás un lugar especial en mi corazón.

Jorge Eduardo Nava Pérez (doctor de ozonoterapia)

Recuerdo claramente a una paciente que llegó a mi consulta, sumida en una profunda tristeza debido a su diagnóstico de rabdomiosarcoma. Su semblante reflejaba el peso de la enfermedad y la incertidumbre que esta conlleva. Sin embargo, a medida que avanzaban las consultas, presencié una transformación sorprendente en ella.

Lo que al principio era una mirada seria y resignada, poco a poco se convirtió en una sonrisa radiante y un brillo de esperanza en sus ojos. Su progreso no solo se reflejaba en su actitud, sino también en sus acciones. Desde añadirme a Facebook, hasta pedir ayuda con sus tareas, pude notar cómo estaba retomando el control de su vida. Incluso comenzó a entablar conversaciones personales con el personal de enfermería, demostrando una apertura y confianza que antes parecían inalcanzables.

Lo más inspirador de todo fue ver su deseo ferviente de seguir viviendo y de disfrutar cada uno de esos momentos. Observar cómo se sumergía en nuevas experiencias, y cómo su mente se abría a creencias y perspectivas que antes descartaba, fue verdaderamente conmovedor.

Esta paciente no solo está luchando contra su enfermedad, sino que está redescubriendo el significado de la vida y encontrando la fuerza para enfrentar cualquier desafío que se presente en su camino.

Jesús Juárez Maqueda (compañero y amigo desde hace 14 años).

Para empezar, creo que son temas muy fuertes, pero de manera particular, tan siquiera mencionar la palabra cáncer es relacionarlo inmediatamente con la muerte. Pienso que en realidad esta enfermedad ha

sido muy satanizada, pero la verdad es que es la realidad, el día a día de mucha gente. Uno a veces se siente eterno y nos confiamos, pero debemos hacer consciencia propia y tener mucha fuerza de voluntad.

La gente ha perdido la calidad humana, estamos robotizados. Pero mi experiencia de cerca en el caso específico con Lili, con mi mamá, con Lalo y contigo, me ha dejado enormes aprendizajes. Me han formado más como ser humano.

Claro que es frustrante no poder hacer más, aunque tengamos la intención. Pero la ayuda basada en el amor, es realmente una intención plena, sincera para el mejoramiento. La fe se vuelve una de las herramientas espirituales más poderosas a lo largo de estos procesos.

Es desgarrador ver como una persona se va apagando, ver que, a pesar de todos los esfuerzos, estos no son suficientes y, en algunos casos, ni siquiera sabes que hacer. Entrás en shock porque no sabes si resignarte y pasar esos últimos momentos con la persona, o si seguir buscando alternativas, porque, lo repito, uno se siente impotente al no poder hacer más.

Uno nunca se imagina que una persona no lo va a lograr, uno trata de mantenerse positivo, deseando lo mejor, inclusive hay días muy buenos y a final del día perder a alguien es muy duro.

Estos episodios me cuesta descifrarlos porque todo pasa tan rápido, todo se da en circunstancias tan extrañas, que uno de verdad no lo cree. Pienso que también influye mucho el estado anímico de una persona, el estrés, los nervios, el enojo, la tristeza, el ambiente donde te desenvuelves, las personas con las que uno se rodea.

Estas enfermedades son tan engañosas, porque generalmente son silenciosas, no se presentan muchos síntomas y en muchos lugares los servicios son pésimos, con doctores poco humanos que te dicen las cosas de manera grotesca, y eso da coraje y mucha frustración. Es importante no quedarse con un solo diagnóstico, sino buscar opciones y, en algunos casos, también es necesario exigir un trato justo y humanitario, aunque eso implique pasar a otras instancias.

Este tipo de eventos nos agarran desprevenidos porque uno evita el tema o, más bien, porque no se habla lo suficiente sobre este tipo de enfermedades,

uno es inexperto en este mundo, no sabemos ver las señales a tiempo, no sabemos buscar porque hay tanta información, que a veces optamos por dejar las cosas en paz.

Me he reconciliado con Dios, porque es el misterio de la vida, me dio la oportunidad de estar con Lili y mi mamá hasta el final, porque he podido acompañarte a ti y a Lalo. Es una experiencia horrible ver como personas tan alegres, luchonas y únicas se van, y uno está ahí parado sin poder hacer nada. Uno se bloquea completamente y no niego que el cansancio es mucho, pero también uno debe tener los pies bien firmes y tener preparado todo para que el golpe no sea tan duro.

A veces las cosas no salen como uno quisiera y al final la voluntad de Dios siempre se cumple. Así que debemos aprender a decir las cosas, un te quiero, un te aprecio, un te amo. Saber dar las gracias, saber reconocer la enseñanza, la admiración, apoyar más, abrazar, aprovechar el tiempo.

Nosotros, los cuidadores principales contenemos al enfermo, pero también es importante que nosotros también trabajemos en nosotros a nivel psicológico, porque realmente pocas veces alguien nos contiene a nosotros.

Esto me enseñó a valorar más la vida, a no anclarme con emociones que me hacen daño, a decir lo que siento, a no guardarme las cosas con la gente que quiero, a trabajar la mente, a disfrutar a las personas y, sobre todo, que estas experiencias, uno debe aprender a transmitir las a otras personas que están pasando por lo mismo para poder ayudar; con que uno pueda ayudar a una sola persona a sobrellevar estas enfermedades tan traicioneras, ya es ganancia.

**Sebastián Sánchez (“Peri”, compañero y amigo desde hace 14 años)
09 de mayo 2024
PARA TALI (PARA TI)**

Iniciar este texto me costó mucho trabajo, probablemente porque, como puso Tali en una publicación, tengo apego evitativo. En mi caso, me suelo alejar de las personas en sus momentos más difíciles y creo que tiene que ver con mi egoísmo, mi egoísmo de dolor, y que siempre pienso que es mejor mandar mensajes cada cierto “largo” tiempo, que cada día; eso, porque cuando yo me siento mal o la estoy pasando mal, me siento abrumado con tanto mensaje de cariño, que no sé cómo corresponderles a todos, y más, que me cuesta trabajo

solo agradecer. Quisiera tener tantas palabras para dar las gracias y que sientan el cariño de regreso; me abrumo y entonces tardo en contestar, a veces hasta días.

No sabía cómo comenzar, pensé que, al final, este libro es para que lo lean, para que usted, querido lector, lo disfrute con todas las emociones que contiene. Sin embargo, esto no me lo pidieron para usted, si no que Tali me lo pidió para ella.

Me lo pediste para ti, Tali. Nos conocimos en el Centro Cultural Universitario Tlatelolco, o como solemos decir en Tlate; lo primero que me dejaba observándote era tu pasión para las cosas, tu intensidad con la que hablabas y se pasaba a cada momento. Esa intensidad que me sorprendía cuando de repente te molestabas o te encendías con alguna frase, o algo que no te parecía y hasta mentadas de madre en los peores momentos había.

Para 2017, decidimos salir juntos en campaña electoral y finalmente lo logramos, yo tenía 33 años y he de decir que, verdaderamente, de esa edad en adelante he disfrutado mi vida de una manera distinta.

Recuerdo un día, después de meses en la delegación sindical, llegar cansado a casa y platicar con mi pareja en ese entonces, y decirle que al día siguiente me esperaría un día largo, tendríamos asamblea y discutiríamos quiénes y cómo debía de otorgarse el tiempo extra; tú y Liliana Tola, quién compartían la delegación sindical con nosotros en ese momento, tenían una postura distinta a la mía.

Unos meses antes de esa asamblea, a finales de junio, tuve una reunión con la jefa de la Unidad Administrativa de ese entonces, la Lic. Ana María Rodríguez Simental. En un inicio, la relación laborar había sido difícil entre Ana María y yo, con muchas confrontaciones; he de decir que fue ella quien me ayudó mucho para ir aprendiendo a negociar, era muy dura y de posturas muy firmes. Era difícil hacerla cambiar de opinión. Llegue a Tlate como a las 10:00 a.m., no tenía planeado reunirme con Ana María, pero ese día surgió algo... me urgía subir a su oficina a verla.

Era de mañana y cuando subes al piso seis de la Torre, donde se encuentra la oficina de la Administración en Tlate, tienes la oportunidad de ver la ciudad y los cielos en pocas ventanas; la distribución en su oficina hacia que la ventana quedara detrás de su escritorio cuando ella se sentaba, así que estratégicamente –creo–, te distraía la vista hacia el norte de la ciudad. Ana María, una persona delgadita, menudita, pelo corto pegadito, sonrisa grande (cuando estaba conten-

ta) y discreta en otros momentos donde intentaba disfrazar su disgusto, entonces no le quedaba más que sonreír cuando se necesitaba, ya sabes, para no verse mal.

Para ese entonces Ana María y yo ya teníamos una mejor relación, había cierta complicidad, pero no pienses en esa complicidad política o corrupta, sino una complicidad de amistad, de cariño y respeto mutuo; la reconocía como la administradora y que era dura, pero noble, y ella siempre respetaba mi postura; y, he de decir que agradezco siempre su respeto y admiración hacia mi forma de hacer las cosas, sindicalmente hablando.

Regresando a ese día con Ana María, sentado en la silla, con la distracción de la vista detrás de ella, empezamos como siempre hablando de nuestras familias, los niños, lo cansado de la noche anterior y después, un poco de Tlate, de las personas y de la campaña. De repente me soltó:

–¿Y qué tal?, ¿cómo va la campaña? –me dijo.

–Bien, ya sabes, de repente que no me quieren y dicen de más, pero ahí vamos –le dije sonriendo y contento por la campaña.

–Y ¿difícil?, lo digo porque ahora estas con muchas mujeres –dijo Ana María con una sonrisa.

–No creo, la verdad son personas, no veo la diferencia –le dije con un ceño de extrañeza por la pregunta.

Reímos un poco y puso una sonrisa pícaro en su cara de sorpresa, esa donde levantaba un poco las cejas. Sonreía más, soltaba una risita y te hacia la pregunta con jiribilla, y no dejaba de verte con los ojos un poco abiertos para ver tu reacción.

–Ahora si Sebastián ¡vas a ver lo bueno! Te va a tocar con puras mujeres y no va ser tan fácil –sonrió.

–¡Naaaaa!, normal. Vas a ver que no.

Ahora que recuerdo ese día acostado en mi cama, platicando con la mamá de mis hijos de la asamblea del siguiente día, después de meses de la reunión con la Administradora –podría ser octubre o noviembre del 2017–, me reí y recordé ese día, le dije riendo a la mamá de mis hijos:

–¿Sabes qué?, mañana va a ser un día muy difícil, la asamblea va a estar cabrona –le dije suspirando y viendo hacia el techo.

–¿Por qué? –me preguntó mientras se cambiaba. La pregunta un poco en tono rutinario, pero en ese momento no me di cuenta.

–Porque esas cabronas (Liliana Tola y tú) –le conteste riendo –seguramente me van a poner una chinga. Son dos, son mujeres y no están dispuestas a ceder; pero, ¿sabes qué?, lo estoy disfrutando mucho, como nunca antes porque estoy aprendiendo.

Como de costumbre, ella no hizo ninguna reacción por mi comentario y seguimos platicando sobre lo que se trataría esa asamblea.

No recuerdo si me ganaron o gané la discusión, porque muchas veces ganar no es lo más importante, pero si recuerdo que ese tema duró meses en discusión dentro de las asambleas. Finalmente se abrió para todos los que se anotaran, priorizando siempre a la categoría del tiempo extra que se solicitaba.

La convivencia diaria de la delegación sindical nos llevó a tener una relación más cercana. Recuerdo las veces que estuvimos en el sindicato o en Comisiones Mixtas viendo algún asunto, y tú estabas angustiada porque Yayo salía de la escuela, hablándole a medio mundo para saber quién podía echarle la mano para ir por él. En aquel entonces, Yayo estudiaba en una primaria cerca de Tlate, afortunadamente, como en todas las luchas, trabajos y cotidianidades, hay gente bien solidaria y siempre encontrabas quién te ayudara.

Recuerdo los regresos en mi carro. Un par de veces fuimos a desayunar birra por mi casa y de regreso a Tlate, yo estaba jodiendo con los niños, que no los dejaran solos, que no les gritaran y que les dieran de comer; solo reíamos y me mandaban al diablo, pero siempre las vi pendientes, desde dónde podían partirse en mil (como todas las mujeres que tienen que criar niños solas); con su red de apoyo, pero sin una pareja. Y a veces sin eso. Siempre me hicieron caso o me hicieron creer que me hacían caso.

En abril del siguiente año, me fui comisionado al Colegio Electoral Central para las elecciones de Comité Ejecutivo, casi no iba a Tlate, pero recuerdo una llamada de Gloria, la asistente, para pasarme al nuevo director del CCUT, Ricardo Raphael de la Madrid, quien inmediatamente se presentó. Me dijo que

sería el nuevo director del Centro Cultural y me invito a tener una reunión al siguiente día a las 12:30 horas en su oficina de Tlate. Recuerdo que llegué a la cita un poco más temprano, las busqué y les pregunté si las había citado a ustedes también y me dijeron que sí, pero que a la 1:00 p.m. Así que, sin pensarlo decidimos subir a la misma hora para que no nos quisiera agarrar divididos.

Subimos. Cuando llegamos nos tocó esperar unos minutos, se abrió la puerta de la dirección y salieron Jorge Eduardo Jiménez Rentería –el director saliente– y Ricardo, el entrante. Jorge salió con una sonrisa, también un poco triste, y nos dio las gracias y un abrazo muy cálido. Con él también la relación sindical-patronal fue muy complicada, porque cerró todas las puertas desde el inicio y fue hasta ese momento donde realmente me pareció otra persona. Lo despedimos con cariño y entramos con Ricardo a la oficina, a él siempre le llamamos por su nombre, como iguales.

Ese día duramos tal vez una hora, u hora y media, pero fue una plática donde nos encontramos con una visión parecida a lo que queríamos hacer y, en ese momento, vimos una enorme habilidad en Ricardo –que, como siempre, considero–, es un encantador de serpientes (en el buen sentido), solo que no teníamos la visión ni la experiencia en ese entonces, de ver cómo nos envolvió.

A esa reunión, le siguieron muchas más, una muy linda donde Ricardo nos pidió una cita en su oficina en la calle de Puebla, en la Ciudad de México. Esa vez fuimos de nuevo los tres; Tola se sentó en el sillón de su sala de espera y nosotros dos empezamos a recorrer y tocar todo como dos niños pequeños; emocionados y con café en mano, nos pusimos a jugar un juego de mesa. No recuerdo si gato con canicas, ajedrez o algo similar y reíamos. Tola debe tener alguna foto de ambos jugando; fue un bonito día con ustedes dos y ahora que lo menciono, la mayoría de las veces que estábamos los tres, siempre nos encontrábamos riendo y compartiendo. Peleando, pero siempre entre risas y gritos.

Dos momentos que estos días he recordado con mucho orgullo y felicidad, fue la decisión de apoyar la apertura de dos espacios, en especial tu querida Biblioteca Alaíde Foppa.

Estaba en el local, llegaste de traer a Yayo con mil cosas, como siempre, la mochila, la bolsa, un libro y una caja de libros. Ya habías estado trayendo varios, recuerdo muy bien que ese día me dijiste:

–Peri, wey, tengo un chingo de libros en mi casa y ya no caben. ¿Y si los traigo para acá? Podemos hacer una pequeña biblioteca para los trabajadores nada más, algo pequeño. Mira, podemos pedir donaciones de libros a otros compañeros y completamos. Ponemos repisas aquí en la delegación sindical y la armamos –me lo dijiste con tus gestos y sonrisita.

–Mmmmm...; ¿sabes qué, Tali?, yo creo que Tlate tiene aún un chingo de espacios, ¿por qué no intentamos hablar con Ricardo y le pedimos que nos dé un espacio? Pedir no empobrece –te dije pensando en mil lugares e ideas en Tlate.

No sé bien si fue ese día o unos después, ambos entramos a la dirección con Ricardo y le dijimos tu idea, él salió y pido que le hablaran a la querida Sandra Lorenzana –que por aquellos años era la subdirectora de Vinculación y Comunidades de Tlate–. Cuando Sandra llegó, nos saludó con su calidez de siempre, su pelo largo negro, sus manos que abrazan como cobijando, su olor característico como a incienso, que me gusta, y su lindísimo gran abrigo verde, que siempre quise robarle.

Ricardo le platicó la idea y Sandra nos contó una historia; ella tiene esa cualidad de relatar cosas para llegar a un punto; como escritora, siempre salía su lado literario y poético, y así era como ella resolvía, con cultura y amor.

Nos contó que estando en Colombia en los lugares rurales, había un programa de bibliotecas comunitarias, las mismas personas de la comunidad la alimentaban, administraban y hacían crecer. En ellas, se hacían también eventos culturales y estas bibliotecas ayudaron a generar un cambio entre los jóvenes y la comunidad, que, en lugar de salir a drogarse, tomar o llevar a cabo un crimen, se metían a leer, a cantar, a hacer música, a enseñar, a vivir y hacer comunidad.

A partir de ahí empezaste a trabajar muy de cerca con ella en el maravilloso proyecto de la Alaíde Foppa, como se le puso al final a la biblioteca comunitaria, única en su tipo dentro de la UNAM. Su sitio fue la famosa “UVA” (Unidad de Vinculación Artística) y cuando vimos ese espacio inaugurado, fue increíble. Ha sido una de las cosas más lindas que he visto.

Contigo y nuestro equipo de compañeros –que a veces a gritos y sobre-razos– logramos crear más espacios, de los que siempre estaré agradecido de ser partícipe.

La biblioteca es un legado que has dejado en Tlatelolco, del que te doy las gracias por tu persistencia, cariño y entrega. Y que muy pocos realmente saben y se imaginan de todo lo que eres capaz de hacer.

Espero estas líneas ayuden a dar un poco de reconocimiento a ti y a todo eso que hemos logrado, no solo con Alaíde, sino con la librería del Fondo de Cultura Económica, y todos esos proyectos que realizamos con tanta paciencia y entrega, como el taller para los hijos de madres solteras, los últimos viernes de fin de mes; el primer aniversario del Centro Cultural que logramos realizar fuera, en C.U.; el inicio de la reestructura de plazas que causó tanta controversia, etcétera. Todo eso, es un legado tangible que hemos dejado, y que realmente nunca quisimos cantar para pavonearnos, sino todo lo contrario. Todo esto fue heredado para que los trabajadores pudieran participar y apropiarse de esos espacios, pero ya con otra visión y madurez, con más amor hacia Tlatelolco.

Tengo tantos recuerdos, algunos picaros y penosos, como con el jefe de personal. No me corresponde contarlos, pero algunos otros son de alguna borrachera leve, pega de carteles, cierre de la dependencia defendiendo los derechos de los trabajadores, fiestas de fin de año y muchas cosas más. Por supuesto que también tengo recuerdos amargos y de peleas, pero de esos no tengo ni rencor ni odio, solo me quedo con todos los buenos y con tu sonrisa de siempre.

Por último, solo me queda hablar de un momento doloroso y un mal recuerdo, que no he querido borrar de mi memoria por el mimo dolor, pero que se convierte en alegría porque tengo la oportunidad de escribirte estas líneas en vida, en la vida de los dos.

No quiero recordar fechas ni horas, pero el día que por mensaje me dijiste que tenías cáncer, que estabas muy cansada y tenías mucho dolor, fueron como recuerdos borrosos, como si estuviera en el sopor de un sueño. Tú lo entiendes mejor que muchos, pero fueron semanas de mensajes donde me contaste que te sentías rara.

Sé que todo esto empezó antes con ese coagulo en la sangre, que no dejaba fluir la vida. Entre mensajes y dosis de dolor, que probablemente dosifiqué para no pensar y seguir en el sopor, me contaste del cáncer, de la biopsia y no volví a verte. Y como ya lo dije, mi apego evitativo me hizo no ser esa persona que probablemente necesitabas. Fue difícil, porque ya se había ido Neto, ya se había ido Lalo y pasó lo de Lili Aquino, “La Morena”, y de verdad yo no quería

saber que te podías ir. No quiero ahondar en las líneas, por mi miedo, egoísmo y porque es mejor que tú lo escribas. Pero fue realmente difícil.

Cuando volví a verte, viniste a cobrar y fue mi confirmación del dolor que he escondido. Te recuerdo muy delgada, demacrada, sonriente, porque hasta en tus peores momentos tienes esa sonrisa grande y animosa, una sonrisa intensa, como solo tú eres y como solo tú la sabes dar. Platicamos de como estabas y de verdad que yo quería sonreír para corresponderte. Por unos segundos nos dimos la mano, tú en el asiento de atrás en tú carro y yo en el asiento del piloto, para no estar tan cerca y evitar pasarte algún bicho. En ese momento, mi gesto no pudo más, solo aguante el aire y nos vimos a los ojos de nuevo, como siempre en muchos años. Salieron un par de lágrimas y me contuve porque no podía ser que tú estabas ahí sonriente y yo solo pensaba en lo que me duele, en todo lo que estabas pasando.

Al paso de los meses de ese día a hoy, sé que estás viva. No solo de respirar y de estarte recuperando, sino viva más que en otros momentos; aunque hay algo en ti, eso que sabes –que no estás en ese cuerpo–.

Yo veo que has trascendido, has trascendido en una forma de conciencia, en algo muy espiritual, eso que espero yo tener algún día... el valor de hacerlo cuando me toque. No hay miedo a nada, porque ya no hay nada más que perder.

Estoy muy agradecido con Dios y contigo por poder conocerte, agradecido por poder estar viviendo una vida juntos. Gracias por construir a mi lado y al lado de muchos una herencia para los nuestros, para los demás y para todos.

Tali, te quiero con todo mi corazón y no puedo describir muchas cosas que siento, pero recuerda que nos falta construir más camino y dejar muchos otros cimientos, muchas otras semillas.

Gracias por siempre estar, abrazo fuerte.

SUEÑO #7

“EPIFANÍA”

Esta es una antihistoria, una donde los días no existieron, donde el aire nunca arrastró hacia el piso, las hojas secas de los árboles. La realidad nunca fue concebida por mi mente; el tiempo no transcurrió y la sensación de lo que podría haber sido, era lo único que estaba presente.

Dejé caer mi cuerpo sobre el tapete, mientras la gente pasaba junto a mí, aunque nunca lograban mirarme. Entre todos ellos le vi el rostro a un hombre, uno que tal vez conocía. Su voz me era familiar; dulce, pero lejana.

Nada era tangible, ni siquiera puedo decir si era parte de mi cuerpo, de mis pensamientos o algo parecido. Sólo podía captar una cosa: mi respiración. Leve, profunda, fría y cálida. El pecho se inflaba y desinflaba.

Calma.

Entre los leves rayos de luz que entraban por el ventanal, parecía que todo se encontraba suspendido.

Silencio absoluto.

Permítete sentir. Afuera, adentro. Afuera, adentro. Sin juzgar, sin analizar.

Mi cuerpo rígido comenzó a relajarse, las tensiones de los años se fueron disolviendo. Y comienza la lucha, recuerdos, pensamientos, emociones, sentimientos. Algo brinca por aquí, algo suena por allá.

De pronto, quietud.

No hay pasado, no hay futuro, solo tú, aquí—nuevamente su voz—. Era yo contra mí misma, contra el tiempo y su dominio sobre mí.

Lo etéreo, lo subjetivo, la claridad.

Epifanía.

El sufrimiento no era más que mi resistencia, al ahora. Era el tierno reflejo del deseo, ese trago infinito de lo que no fue, de lo no vivido.

Una pared desplomándose en mi cabeza, el dolor físico apareció, las ansias de controlarlo todo, las expectativas, el sudor, el calor, el agotamiento. Todo fusionándose simultáneamente en el flujo del coexistir, sin distorsiones.

Nuevamente el presente, anclado a mi respiración: “pensando, pensando, pensando”; “sintiendo, sintiendo, sintiendo”.

Libertad.

Una realidad palpable, aguardando por mí al abrir los ojos. El hombre desapareció, nada había debajo de mi cuerpo, nuevamente era yo contra mí misma y aquellos espectros desvaneciéndose entre la nada.

Ríndete, fueron sus últimas palabras.

Entonces, me rendí.



CAPÍTULO VIII

EL DILEMA DE LA MUERTE



Frecuentemente me cuestiono por qué razón en México no existe el derecho a tener una muerte digna. Con esto es evidente que me refiero a la eutanasia. Y sí, ya sé que es un tema controversial, incómodo, pero al final lo que nos incomoda también debe ser debatido, debe ser llevado a la mesa para el análisis, alguien debe poner los puntos sobre las íes. Nosotros, los pacientes oncológicos también nos preocupamos por tener una calidad de vida, pues somos nosotros quienes nos enfrentamos a los tratamientos, a procedimientos tediosos, dolorosos y desgastantes; somos nosotros quienes aguantamos los malestares físicos y emocionales.

Considero que es importante que México comience, por lo menos, a llevar un control estadístico sobre esta situación, porque actualmente ni siquiera hay estadísticas claras sobre el porcentaje de suicidios en pacientes oncológicos por año.

Por ejemplo, en un fascículo de la *Gaceta UNAM* de junio de 2022, se menciona que “El 50 % de la población con intentos de suicidio, se presentan causas como trastornos psicóticos, ataques de pánico, ruptura de pareja, muerte de un familiar, una enfermedad crónica terminal—como cáncer o insuficiencia renal—. Lo anterior asociado a la depresión, ansiedad y el riesgo suicida.

Por su parte, el INEGI menciona en su comunicado de prensa número 77 del 2 de febrero de 2023, que hubo cerca de 90,123 defunciones en 2021 a causa de tumores malignos, de los cuales 46,182 fueron mujeres mayores de 12 años; como muerte principal está el cáncer de mamá y le sigue el cáncer cervicouterino. Cabe señalar que 57,106 decesos se registraron en casa.

En la página oficial del gobierno, hay un apartado sobre los intentos de suicidio de alta letalidad o con comorbilidades médicas, pero en ninguno de los casos se especifican cifras reales de los suicidios en pacientes oncológicos.

Pero aceptémoslo, esto es una realidad que se vive en el día a día, porque los pacientes atraviesan muchísimas complicaciones a lo largo del padecimiento.

Algunos factores como la angustia emocional –que se vive desde que se recibe el diagnóstico y el tratamiento–, pueden desarrollar grandes estragos. Los pacientes pueden experimentar ansiedad, depresión y sentimientos de desesperanza, lo que aumenta el riesgo de pensamientos y comportamientos suicidas.

Otro de los casos que afectan al paciente, es el aislamiento social. Ciertamente nos enfrentamos al aislamiento, ya que la enfermedad y el tratamiento pueden llevar a la pérdida de la capacidad para trabajar, participar en actividades sociales y mantener relaciones significativas. Y si quiero hacer énfasis en este punto, porque evidentemente como sociedad tampoco estamos preparados para arropar a los pacientes oncológicos.

Desafortunadamente la discriminación en nuestro país es real para personas con estas enfermedades, inclusive en cosas tan sencillas como lo es el lugar de residencia. La ubicación geográfica define muchas cosas, por ejemplo, aquellas personas que viven en los suburbios tendrán mayor acceso a mejores hospitales, tratamientos y cosas básicas para vivir el proceso, pero aquel paciente que reside en una zona rural, alejado de todas las cosas primordiales para la detección temprana de la enfermedad y su tratamiento, tendrán mayor índice de mortalidad.

A menudo, la discriminación laboral, económica y de acceso a servicios de salud, son las más comunes en nuestro país; en el primer caso, el paciente o cuidador principal se enfrenta a la dificultad de poder conservar un empleo, porque estos deben ausentarse constantemente, situación que ocasiona, en la mayoría de los casos, de manera arbitraria y discriminatoria, despedidos injustificados o un trato injusto debido a su enfermedad y condición física. Y qué decir en casos de contratación, las empresas dudan en aceptar a las personas debido a que no podrán desempeñarse adecuadamente. Todo esto es un acto cruel y discriminatorio, porque entiéndase que nadie decide enfermarse por mero gusto o tener un familiar en tales condiciones.

En el segundo caso, la económica y de acceso a servicios de salud, los costos del tratamiento son altísimos, por lo que aquellos pacientes que no cuentan con servicios de seguridad social o aquellos que sus seguros no tienen tal cobertura, simplemente no pueden acceder a un diagnóstico o tratamiento oportuno; inclusive algunos otros que comienzan el tratamiento, terminan abandonándolo debido a que, a largo plazo, el coste del mismo es estratosférico. Caso contrario, los que sí cuentan con un servicio de seguridad social, son

atendidos, pero no en las condiciones más óptimas debido a la sobresaturación en los servicios, así como el desabasto de materiales básicos y medicamentos. Esto también incluye los cuidados paliativos, en los que una cita puede darse hasta cada tres meses.

Por último, pero no menos importante, los pacientes siguen siendo muy estigmatizados, pues en pleno 2024 todavía existen personas que, desde la ignorancia, señalan que el mismo paciente se hizo acreedor a tal enfermedad por “haber hecho algo mal”, por “no haberse cuidado” o por “tener hábitos inadecuados”.

Si bien es cierto que factores y hábitos como no llevar una dieta balanceada, ser sedentarios, fumar, tomar, influyen en el desarrollo de la enfermedad, consideremos que también hay muchísimos casos en los que el paciente tiene antecedentes hereditarios, algunos otros ni siquiera tienen antecedentes de riesgo, no fuman, no toman, hacen ejercicio y, en general, llevan una vida saludable.

Por todo esto, es imprescindible que no generalicemos y que no se hagan señalamientos arbitrarios, porque, aceptémoslo, es como si dijéramos “el pobre es pobre porque quiere”.

Y lo mismo aplica para aquellos pacientes que son menores de edad. Tener un hijo con esta enfermedad requiere tiempo para su cuidado, dinero para la manutención, compra de medicamentos –que en muchos casos no se tienen dentro de los hospitales de seguridad social–, entre otros gastos como pasajes, material para curaciones, algún artículo especial, entre otros. En el mejor de los casos, los cuidadores tienen oportunidad de licencias por lapsos determinados de tiempo, pero en esta enfermedad nunca se sabe, el paciente requiere bastante tiempo para ser cuidado, salir de la enfermedad y mantenerla controlada o, en el peor de los casos, es incierto cuándo un paciente perecerá. A muchos padres o cuidadores primarios se les reduce el salario, quitándoles –en la mayoría de los casos– el único ingreso para solventar sus hogares.

Retomando uno de los puntos descritos al inicio de este capítulo, el cáncer conlleva la posibilidad de la muerte, esto no solo genera miedo y ansiedad, sino desesperanza; este miedo a menudo se intensifica si el paciente enfrenta un pronóstico sombrío o si el tratamiento no tiene éxito.

Aunado a lo anterior, y como ya lo mencioné, el dolor y otros síntomas físicos asociados pueden ser debilitantes y, aunque los cuidados paliativos

también han mejorado a lo largo de los años, es bien sabido que en muchos casos los medicamentos más fuertes que existen, ya no ayudan al paciente a aliviar su dolor. Estos “placebos” que las personas reciben, en última instancia, no sirven de nada y únicamente prolongan el sufrimiento del paciente, incluyendo a sus familiares.

Y claro que lo menciono porque como todo paciente oncológico, es inevitable pensar en cómo terminará para mí todo este proceso; se siente impotencia por no poder hacer que los demás comprendan lo que atravesamos; y no, no es que uno sea cobarde, simple y sencillamente también tenemos el derecho a decidir sobre cómo queremos que sea nuestro final.

Ante esto, en nuestro país existe la Ley de Voluntad Anticipada, que se entiende como “la decisión que toma una persona de ser sometida o no a medios, tratamientos o procedimientos médicos que pretendan prolongar su vida cuando se encuentre en etapa terminal y, por razones médicas, sea imposible mantenerla de forma natural, protegiendo en todo momento la dignidad de la persona” (Art. 1 de la Ley de Voluntad Anticipada para el Distrito Federal [CDMX]).

También se nos explica en la página oficial del gobierno que “la voluntad anticipada no prolonga ni acorta la vida, respeta el momento natural de la muerte y favorece la atención y los cuidados paliativos al final de la vida, es decir, ofrecer acompañamiento al paciente sin intervención médica durante esta última etapa”.

Y resalto la parte de “respetar el momento natural de la muerte”, como si de una mala broma se tratara. Es decir, entiéndase que el ciclo natural de la vida todos lo conocemos, pero esta frase parece sacada de la época inquisidora, donde toda opinión contraria, era desacreditada y reprimida, y lo digo por varias razones:

1. La frase sugiere que el momento de la muerte está predestinado o determinado de alguna manera, lo cual puede ser percibido como una negación del derecho de los individuos a tener control sobre su propia muerte. Esto contradice la idea de autonomía y autodeterminación en la toma de decisiones sobre el final de la vida.

2. La voluntad anticipada puede ser insuficiente para abordar el sufrimiento insoportable y prolongado que algunos pacientes experimentan al final de sus vidas, incluso con cuidados paliativos. En estos casos, permitir a los indivi-

duos optar por la eutanasia o el suicidio asistido, podría ser visto como una opción más compasiva y respetuosa para poner fin a un gran sufrimiento. Y sí, sé que suena fuerte la palabra “suicidio asistido”, pero es más fuerte tener a un paciente sufriendo por días, semanas o hasta meses. Reitero, incluyendo a la familia, porque esto también es un evento traumático para ellos.

3. La eutanasia se basa en el principio de permitir que los individuos mueran con dignidad y el control sobre su propia muerte. La frase “respetar el momento natural de la muerte” podría ser interpretada como una negación de este principio, ya que implica aceptar un proceso de muerte que puede ser prolongado y doloroso, en lugar de permitir una muerte pacífica y digna cuando el paciente así lo desee.

4. En situaciones donde los cuidados paliativos no pueden aliviar suficientemente el sufrimiento del paciente, la eutanasia es una opción de lo más humanitaria para poner fin al sufrimiento de manera rápida y sin dolor. Negar esta opción a los individuos es una tremenda falta de empatía y comprensión hacia su sufrimiento.

Continuando y pese a que la Ciudad de México fue la primera entidad de la nación en aprobar la Ley de Voluntad Anticipada en enero de 2008, no se ha tenido ningún avance al respecto en dieciséis largos años, salvo en 2021 cuando el Tribunal Supremo de Justicia de la Nación emitió una resolución, que establece que las personas tienen el derecho a solicitar la interrupción del tratamiento médico que les mantiene con vida, en casos de enfermedad terminal o incurable. Esta decisión, claro, debe ser tomada por el paciente o su representante legal, no por el médico, pero, si lo analizamos detenidamente, realmente esta medida sigue siendo debatible en todos los puntos que mencioné en los párrafos anteriores.

Si bien hay muchas aristas que considerar del tema, no es posible que en otros países ya se esté trabajando al respecto. Por ejemplo, la Corte Constitucional de Colombia decidió emitir una sentencia en 1997, que despenalizó la eutanasia en ciertas circunstancias. La sentencia estableció que las personas tienen el derecho a solicitar la eutanasia, si están en una condición de sufrimiento físico o psicológico insoportable causado por una enfermedad terminal.

Recientemente, el siete de febrero de 2024, Ecuador aprobó la despenalización de la eutanasia, convirtiéndose en el segundo país de América Latina en atreverse a tomar acciones sobre este tema tan controversial. La reforma al

Artículo 144 de su Código Integral Penal, fue un suceso histórico, ya que este procedimiento se consideraba como homicidio.

En el contexto legal, la eutanasia activa, donde un médico administra deliberadamente una sustancia para poner fin a la vida de un paciente, generalmente se considera homicidio o asesinato según la ley mexicana. Sin embargo, la situación se complica debido a las decisiones judiciales y los debates en curso sobre el derecho a morir con dignidad y los cuidados paliativos en México.

La Ley de Voluntad Anticipada ha sido aprobada en 14 estados de la República, en los cuales, más de 10 mil personas han firmado el documento desde la fecha en que se estableció. Entre las entidades se encuentra Ciudad de México, Coahuila, Aguascalientes, San Luis Potosí, Michoacán, Hidalgo, Guanajuato, Guerrero, Nayarit, Estado de México, Colima, Oaxaca, Yucatán y Tlaxcala. En el resto del país no es legal.

La diferencia entre la voluntad anticipada y la eutanasia, es que la primera regula la ortotanasia, que es la actuación correcta ante la muerte por parte de quienes atienden al que sufre una enfermedad incurable o en fase terminal. La segunda, y según la Real Academia Española (RAE), la eutanasia se define como la “Acción u omisión que, para evitar sufrimientos a los enfermos incurables o terminales, acelera su muerte con su consentimiento o sin él”.

Y al final, aunque la medicina ha logrado tener avances significativos y aumentar la calidad de vida, la muerte digna debería ser un derecho, así como lo es la vida. Considero que se deben mediar estas situaciones, garantizar la calidad de vida del paciente, inclusive en aquellos casos en que estos ya no se encuentran con las capacidades para poder decidir sobre su propia vida; todo esto se puede hacer mediante la designación anticipada de un tutor o representante legal, o a través de un formato como se hace con la “Ley de Voluntad Anticipada”.

Entonces, en un mundo donde la medicina avanza y la calidad de vida se convierte en un valor fundamental, el debate sobre el derecho a una muerte digna cobra una relevancia cada vez mayor. México enfrenta el desafío de legislar sobre la eutanasia y el suicidio asistido, garantizando así el respeto a la autonomía y dignidad de los pacientes. Mientras tanto, la Ley de Voluntad Anticipada representa un primer paso hacia el reconocimiento de estos derechos, pero queda muy corto para todos nosotros los que nos enfrentamos al final de nuestras vidas y que deseamos hacerlo con dignidad y respeto.

SUEÑO #8

“LA NADA”

*Mi corazón ya no tiene latidos
y la respiración se disuelve;
la transformación es inevitable.
Mi cuerpo, antes tibio, ahora es frío.*

*El aire ya no se siente.
Me vuelvo ligera.
El aroma de las flores, cubre mi ser.
El polvo se abre paso entre los recuerdos.*

*Los sonidos se apagan.
El tiempo se diluye en la nada,
Mi esencia se apaga.*

Ahora soy libre.



CAPÍTULO IX

METANOIA



La metanoia significa “un cambio más allá de la mente”, es una palabra poderosa que surge de las raíces griegas que, dicho en palabras sencillas, es un concepto en la exploración de la transformación personal y la evolución espiritual.

La metanoia representa un cambio profundo en la mente y la percepción, es decir, ésta va más allá de una simple modificación superficial. Es un proceso complejo e interno, que busca redefinir –desde nuestra visión individual– una comprensión del mundo y de nosotros mismos.

Entonces, para lograr concebir la metanoia, es necesario desenvolvemos en una serie de experiencias, reflexiones y por supuesto, confrontaciones con nuestras propias limitaciones y paradigmas, ya que la metanoia es un ente subjetivo.

Podemos decir que el viaje comienza cuando, dentro de nosotros, empieza a surgir esa sensación de insatisfacción e inconformidad del lugar en el que nos encontramos. Esto nos lleva a un serio cuestionamiento sobre nuestras propias creencias y suposiciones.

La metanoia puede darse cuando tenemos una crisis personal muy fuerte, un suceso que nos sacude y nos obliga a transformarnos radicalmente, o simplemente cuando nos encontramos en una desconexión total entre nuestra realidad y el deseo interior.

Como en la meditación, llega un punto en el que nos encontramos con resistencia interna y estímulos externos, que nos impiden enfocarnos en lo que verdaderamente deseamos. Nuestras viejas identidades y patrones de pensamiento, luchan unas contra otras por mantenerse firmes, aferradas a esa familiaridad y quizá también a la mediocridad de lo conocido.

Y es precisamente este punto de tensión, de inflexibilidad, lo que nos permite realizar un cambio mucho más profundo, porque nos vemos obliga-

dos a desafiar nuestras creencias limitantes. Entonces nos abrimos a nuevas formas de ser y de relacionarnos con el mundo.

Sin duda, la metanoia es una oportunidad para descubrir y redescubrirse a uno mismo. Y, a medida que vamos superando el condicionamiento social, las expectativas ajenas y los miedos, podemos percibir con claridad nuestra esencia más auténtica, ese algo tan genuino que verdaderamente nos deja fluir. Claro que es un proceso de autoconocimiento, el cual también nos permite reconciliarnos con nuestra densa oscuridad; pero también, a través de ella logramos reconocer con mayor facilidad nuestras fortalezas.

La metanoia es un agente de cambio en la conciencia humana, nos obliga a mirar nuestro potencial, nuestra propia autenticidad, y es evidente que esto siempre va a repercutir en nuestro entorno. Nosotros mismos podemos inspirar a otros a ser mejores, aunque tengamos que abrazar la impermanencia. En ella podemos encontrar una vida más plena y auténtica, significativa. Podemos hallar la renovación, la realización de todo aquello que nos inspira y nos mueve, pero ya sin ambiciones, sin egocentrismos, sin soberbia, solo más humanos.

¿Y por qué razón traigo a relucir todo esto de la metanoia? Bueno, pues porque desde muy temprana edad, tenía la convicción firme de que quería morir joven. Claro que en ese entonces no tenía ni la más mínima idea de lo que decía. Siempre testaruda, enérgica y, como bien lo dijo mi madre, inquieta como sólo yo sé ser.

La vida me trajo hasta aquí por alguna razón, o más bien, yo llegué. Antes me preocupaba por prender solo el televisor y no perderme mis videos favoritos en el canal 28, así de rápido se fue el tiempo; ahora me preocupo por dejar un legado y por realizar todo aquello que me apasiona en esta última etapa de mi vida. Así de transformadora ha sido toda esta experiencia, mi encuentro con la metanoia.

No cabe duda que la conciencia es el puente entre lo que era y lo que soy ahora. Y es que soy todas esas lecciones ocultas, la interconexión con todo lo que en este mundo me rodea. Soy la vida, pero también la muerte, y claro que me aterra la idea de la muerte, de dejar atrás a todas esas personas con las que he construido un vínculo. Pero me aterra más aún, partir de este estado de conciencia, sin haber terminado todo eso que algún día soñé.

No quiero irme sin publicar este pequeño libro, sin caminar bajo la lluvia, sin haber visto un atardecer a la orilla del mar mientras las olas tocan ligeramente mis pies; no quiero irme sin terminar mi carrera, sin crear ese laboratorio soñado de conservación, preservación y restauración en el CCUT; sin conocer Irlanda al lado de mi hijo Yael y de mi pequeña Kenya; sin haber visto y abrazado a la gente que más aprecio.

De verdad me siento muy agradecida, pero también un tanto rota, porque sé que todos a mi alrededor también la pasan mal. En realidad, nunca fue mi intención ponerlos en estas circunstancias, pero trato de hacer lo mejor que puedo.

Es difícil decirlo, pero deseo terminar mi vida en casa, rodeada del amor de mi familia, con el silencio del atardecer, con la luz tenue del ocaso, o con el hermoso ruido de la lluvia escuchando la música de Gustavo Cerati, o la hermosa voz de mi adorado Santi Balmes, quiero que su voz resuene hasta el fondo de mi habitación, como lo hicieron cada mañana. Quiero estar rodeada del aroma de los girasoles y las peonias, envuelta en los colores vívidos de las flores, así colorida como siempre fui.

Y es que, ¿a quién demonios le gustaría morir en un hospital, frío y gris, lleno de ruido, sintiéndose olvidado y solitario entre tanta gente desconocida?

Claro que soy, hoy más que nunca, consciente de la fragilidad de la vida, de lo efímera que es y de su incontrolable vaivén. Sin embargo, en medio de toda esta dualidad, me encuentro en un constante estado de ambivalencia.

Por un lado, añoro vivir cada momento con intensidad, aprovechar al máximo cada instante junto a los míos, especialmente a lado de mis hijos. Deseo disfrutar su risa al caer la noche, mientras tomamos leche con chocolate; deseo presenciar su inocencia, sentir su amor incondicional, sus suaves besos en mis mejillas, sus tiernos abrazos a la salida de la escuela. Ellos son el motor que impulsa mi deseo de aferrarme a la vida con todas mis fuerzas. Quiero ser testigo de su crecimiento, de sus logros, de sus sueños cumplidos. Quiero ser su guía, su apoyo, su refugio en tiempos de adversidad. Quiero dejarles un legado de amor y sabiduría que trascienda el tiempo y el espacio.

Pero al mismo tiempo, la incertidumbre viene a acompañarme todos los días al anochecer, se recuesta en mi almohada y ahí se queda indefinidamente. Ahí está la muerte, inerte, aguardando por mí. Y entonces, pienso en que

no deseo prolongar mi vida a costa de un dolor insoportable, ni tampoco quiero que mis hijos ni nadie de mi familia presencien mi lucha final contra una enfermedad despiadada. No deseo que me miren consumirme entre las sábanas, a la orilla de la cama, mientras lentamente pierdo el aliento.

Así que, me encuentro balanceándome constantemente, y, en medio de todo esto, encuentro consuelo en el amor que me une a los míos, en los lazos que nos sostienen, incluso en los momentos más oscuros. En las pequeñas e inocentes miradas, encuentro la fuerza para aceptar con serenidad el curso natural de la vida.

Desearía poder evitar las lágrimas cuando me despidan, que todos los míos lleguen vestidos de blanco o de colores vívidos, y no de negro como siempre se acostumbra. Me encantaría que, en lugar de café y pan, se reúnan para llevar esa comida a la casa hogar que está a unos pasos de mi casa, o simplemente llevarlo a las afueras de cualquier hospital –como solíamos hacerlo en los viejos tiempos–, donde tristemente muchos aguardan abrazados por el dolor y la angustia sin importar el calor, el frío o la lluvia.

Y es que, realmente, siempre me consideré una mujer sindicalista que gozó de trabajar con comunidades; de pensamiento social, que trató de luchar por el bien común lo más que se pudo y que buscó visibilizar todas aquellas injusticias a las que nos enfrentamos en el día a día.

Me encantaría que me pusieran ese vestido amarillo que tanto me gusta; que me pongan una corona de flores en la cabeza, que me cuelguen mis collares de cuarzos y mis anillos de toda la vida.

Siempre he estado en contra de la sepultura, porque detesto estar encerrada. He sido una mujer libre en toda la extensión de la palabra y simplemente no puedo evitar que me den miedo los lugares oscuros.

Pese a que esto es algo muy íntimo y duro a la vez, lo escribo porque últimamente he tratado de hacer memorias con los más allegados, tratando desesperadamente de detener el mayor impacto posible –a nivel psicológico– en todos los míos, porque sé que hablar de estos temas les cuesta mucho. Pero sepan que la normalización, la reducción de estereotipos y tabúes entorno a esto, también ayuda a que ambas partes asimilemos procesos tan difíciles como lo es la muerte.

Aún no logro comprender muchas cosas, pero me siento profundamente agradecida por haber conocido el amor en todas sus formas, a través de tantas muestras de cariño y solidaridad. Y no puedo sentirme más bendecida por todo esto que tengo ahora, por poder despertar un nuevo día, sintiéndome “menos peor”; irónicamente, es de lo más maravilloso. Conectar con los amigos, fusionarnos en esos largos abrazos, en esas inmensas e interminables charlas, cobijados por las risas, pero también por el llanto.

Pretendo que estas pocas palabras sirvan como una especie de testamento, como un reflejo de mi deseo ferviente de vivir y morir con gracia, pero también con dignidad. Asimismo, espero que esto sea un consuelo para todos los míos y todos aquellos que me están leyendo y que se encuentran atravesando por una situación similar, en donde prevalezca el conocimiento pleno de que, pase lo que pase, el amor es y siempre será nuestra guía, nuestra mayor fortaleza, pero también nuestro mayor refugio.

Debo aceptar que me siento muy orgullosa de lo que soy y de todos los que me rodean. Y para ser honesta, creo que nunca nada me costó tanto como pelear por la vida misma. Pero sepan que, a partir de hoy, ya no importa lo que pase, porque gracias a todos ustedes ya he llegado muy lejos.

SUEÑO #9

“ONIRIA”

Viajé entre las carreteras y las montañas, entre el frío y el calor; fui una con los cielos azules, pero también con los turbios océanos.

Viajé huyendo de algo que me seguía, de todo aquello que no amaba. Atravesé campos, ríos, playas y montañas para seguir huyendo.

Viajé en camión rodeada de gente, entre maletas y sueños. Me escondí entre la niebla, entre tormentas y arbustos.

Caminé por largas calles, crucé puentes empedrados, subí colinas, pude tocar el cielo. Después de tanto caminar pude reposar en grandes rocas.

Desperté con el cantar de las aves, esas que pocas veces se escuchan en la ciudad.

Pero, un día decidí regresar.

Me adentré en el camino nocturno, recordando tiempos inmemorables, de esos que se quedan grabados en las entrañas. Me fusioné con los enormes árboles y bebí agua de la más pura y cristalina.

¡Llegué, por fin llegué!

Recorrí pasillos, atravesé el patio que dividía el jardín y la casa. Me detuve a disfrutar del aroma fresco de las flores y continué caminando.

Entré.

Caminé por largos pasillos, entré en cada una de las habitaciones.

A lo lejos te vi. Te acercaste con una enorme sonrisa.



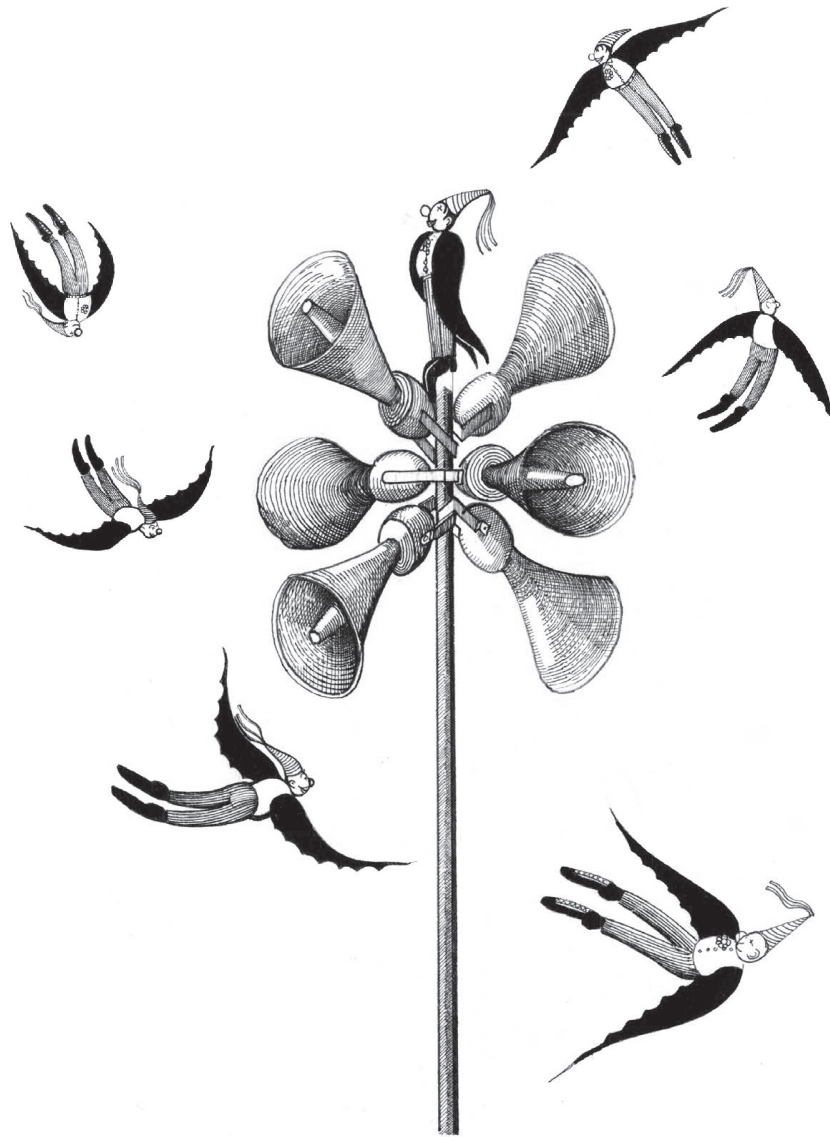
Tratabas de decirme algo, pero nunca pude entenderte.

Sólo puedo decirte que nos amamos mucho, pero desafortunadamente éramos demasiado jóvenes.

Así fue como te perdí.

CAPÍTULO X

CARTAS A MIS HIJOS



Espero que al recibir esta carta se encuentren bien y llenos de alegría. Quiero que sepan lo orgullosa que estoy de ustedes, de los maravillosos seres humanos en que se están convirtiendo. Es cierto que, aunque la vida pueda llevarnos por diferentes caminos y a lugares lejanos, quiero recordarles que siempre estaré con ustedes, no importa a donde vayan ni con quién estén. Simplemente, mi amor por ustedes es y será incondicional, eterno. Nunca olviden que me podrán encontrar en sus corazones, los guiaré y protegeré, amándolos desde lo más profundo de mi ser.

Confío en que se convertirán en personas increíbles, llenas de bondad, compasión y determinación para alcanzar sus sueños; nunca dejen de ser fieles a ustedes mismos, a sus principios y creencias, no dejen de perseguir lo que les apasiona, pero siempre con la plena consciencia de que lo que realmente importa en la vida es el amor, la familia y la felicidad.

A medida que crezcan y enfrenten sus desafíos, conocerán y experimentarán nuevas cosas, encontrarán personas buenas y malas, pero no deben sentirse mal por ello, ya que todo eso les ayudará a forjar su camino y su carácter. Recuerden que siempre estaré para apoyarlos, animarlos y celebrar sus éxitos, pero también estaré para acompañarlos en sus derrotas. Los amo más de lo que las palabras puedan expresar y siempre seré su madre, su mayor admiradora y su amiga más fiel.

Por último, quiero decirles que “en un emotivo episodio de la serie animada ‘Rugrats’ transmitida en 1997, uno de los personajes recita un conmovedor poema para su hijo, Carlitos. En el poema, la madre expresa su deseo de estar presente en la vida de su hijo, incluso después de su partida, prometiendo estar allí en los suaves soplos del viento, la sombra de los árboles y la caída de la lluvia. Es una reflexión conmovedora sobre el amor y la conexión eterna entre la madre y su hijo.” Y así como ella, estaré yo presente a cualquier lugar a donde vayan.

Los amo más allá de la barrera del tiempo y el espacio, más allá de todo lo tangible y de todo lo que no se puede percibir; los amo desde el origen, desde la calma y el ferviente deseo de volver a encontrarlos, de volver a nacer. Mamá.

Para mi querido Yayito:

Nuestro camino ha sido complicado, hijo, pero lleno de aventuras. Pienso mucho en ti y en todo lo que hemos platicado, me hubiera gustado poder hacer este proceso menos complicado y menos doloroso para ti.

Me aterra pensar en el hecho de que no estaré para ti en tiempos difíciles, para darte un consejo o simplemente para abrazarte; sé lo frágil que eres y no me gustaría que te sientas mal por mucho tiempo.

Quisiera que siguieras adelante, que termines tus estudios y seas un hombre de bien; que sonrías ante la vida, y seas fuerte y resiliente en momentos difíciles. Nunca olvides que yo estaré contigo en cualquier lugar a donde vayas, porque nunca te dejaré. Y si en algún momento sientes que no puedes más, solo háblame que yo estaré acompañándote.

Me hubiese gustado poder darte más tiempo, comodidades, atenciones o simplemente mejores días, pero te amo y te amaré hasta que el universo desaparezca; espero que recuerdes los días en que caminábamos bajo la lluvia hasta llegar a la casa, los días en que íbamos por churros calientes a la avenida en aquel bazar, los tamales nocturnos de Tlatelolco que tanto nos gustaban y aquellos días en que comíamos tacos de chuleta en la esquina de la bodega, en Tecámac.

No pierdas nunca contacto con tu hermanita porque ella te ama muchísimo y sé que tú también lo haces; sé que ella podrá encontrar en ti un confidente, un amigo, un compañero y un gran apoyo.

Nunca creí que tendríamos que atravesar por una cosa así, pero sé que Dios es sabio y el universo nunca se equivoca; sé que por algo están pasando todas estas cosas y por algo nos encontramos aquí. Lo único que sí puedo asegurarte, es que has hecho de mi viaje un camino maravilloso e increíble, lleno de risas y aprendizajes, de tristezas, de fortalezas e inspiraciones, y por ello me encuentro sumamente agradecida y en deuda contigo. Te ama, mamá.

CDMX, a 24 de agosto de 2023.

Para mi pequeña Dana:

Hoy fue un día bastante difícil, pero no pude dejar de pensar en ti, en lo pequeña y en lo impetuosa que eres; pienso mucho en todo lo que no podré acompañarte y en lo mucho que me gustaría estar ahí para ti. Sé que el camino es difícil en algunos momentos de la vida, pero nunca dejes de soñar, de amar profundamente y sobre todo de sonreír.

Cuando supe que llegarías a este mundo y te vi ahí en mi barriga siendo apenas un huevito, mi corazón latió muy fuerte y sentí una felicidad que me inundó el alma; te esperé con tantas ansias y había días en que no me dejabas dormir, porque me pateabas con tal fuerza, que parecía te saldrías de mí pancita.

Seguí cada uno de los momentos que te marcaron, cuando comenzaste a sentarte solita, cuando comenzaste a comer, tus primeros pasos y la primera vez que fuiste a la escuela; siempre me llenaste de alegrías con tus ocurrencias. Amaba abrazarte al llegar del trabajo, hacer dibujos con gises y acuarelas, así como llenarte de besos. Cuando hacíamos tarea llorabas porque no querías hacer los trabajos, pero cuando te veía bailar en los festivales, me daba cuenta de lo especial que eras.

Te amo hija, siempre estaré contigo en cualquier lugar a donde vayas, recuerda que siempre estaremos unidas por el corazón y cuando no puedas verme y me extrañes, recuerda escuchar con atención tu corazón porque ahí, en cada latido, estaré yo acompañándote; sé muy bien que papá hará un gran trabajo –él te cuidará por ambos–, como hasta ahora lo ha hecho, al igual que tu abuelita, tus padrinos, Brendita, Marco, tu tía Reina, tus primos y tus hermanitos Yael, Karlita y Diego.

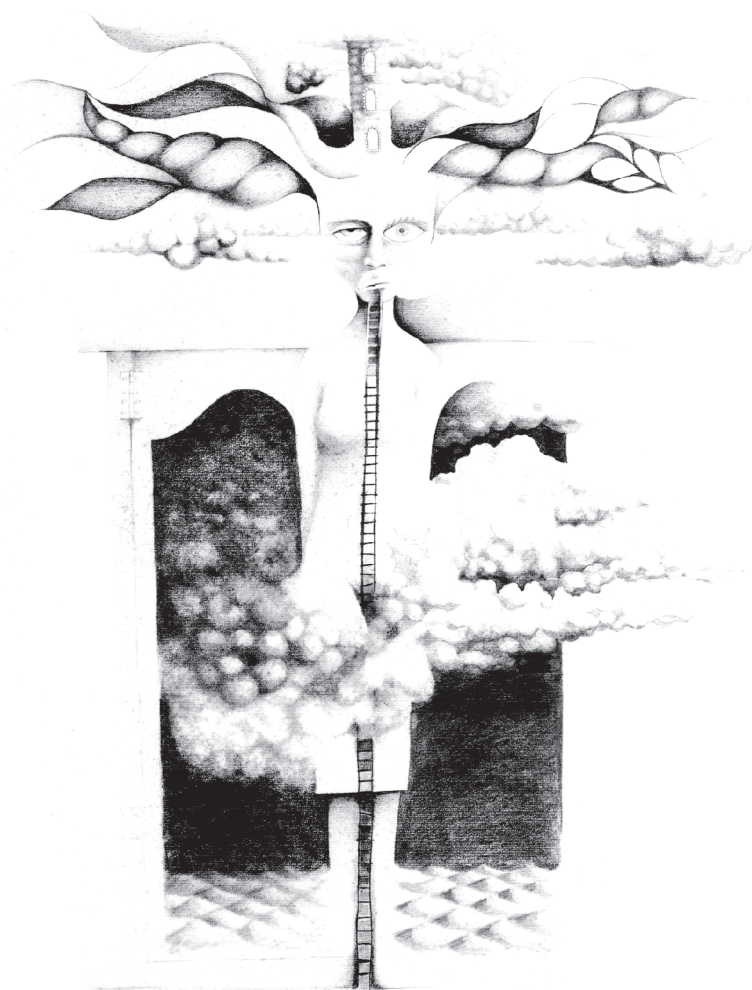
Estoy muy segura de que serás una grandiosa mujer llena de virtudes, que irá por el mundo recorriendo los caminos misteriosos que la vida nos guarda. Sé que harás todo aquello que amas y que te haga feliz; siempre estarás llena de amor y de alegría; definitivamente harás grandes cosas a lo largo de tu vida y sé que cuidarás de papá en tiempos difíciles.

Quisiera escribirte muchas más cosas, pero, ahora mi cuerpo se encuentra luchando contra una enfermedad que no puedo controlar, y a pesar de todos los esfuerzos médicos y mi deseo de quedarme contigo por siempre, simple-

mente no se puede. Creo que hay momentos en la vida en los que no podemos cambiar lo que sucede y el cuerpo está realmente muy cansado. Te amo con cada molécula de mi ser y siempre estaré contigo a cada paso que des, porque mi amor es y será siempre infinito.

Siempre seré tu mamá Talía. Te amo.

CDMX, a 24 de agosto de 2023.



SUEÑO #10

“INSOMNIA”

Parada en medio de la nada, las imágenes comenzaron a pasar frente a mis ojos una tras otra. En la primera imagen me vi saliendo de un pasillo oscuro hacia una oficina. Tomé varias cosas y caminé hacia la salida; al girar entre la gente ahí estaba él, con una chamarra color miel y unos jeans azules, sentado frente al escritorio. A su costado derecho, se encontraba un pequeño de cabello rizado, escribiendo sobre su cuaderno.

Enseguida el hombre se paró y con una enorme sonrisa, me saludó como si lo conociera de años. En un inicio no lo reconocí, hasta que se levantó y vino hacia mí. Le vi la cara, ya lo había visto en otros sueños, en otros lugares, en otra época, en aquel estadio, en aquel desierto, en aquel río mientras cruzaba el bosque. Déjà vu.

Después vino otra imagen. Estaba parada en medio de un camino terroso; de un lado, un jardín lleno de flores, con pastos verdes y cielo azul; del otro lado, un campo de trigo, con sus colores tenues que oscilaban con el viento; el cielo gris contrastaba con la tranquilidad de esos campos dorados. En medio se erguía una luz violeta y entonces aquellas siluetas caminaron hacia mí.

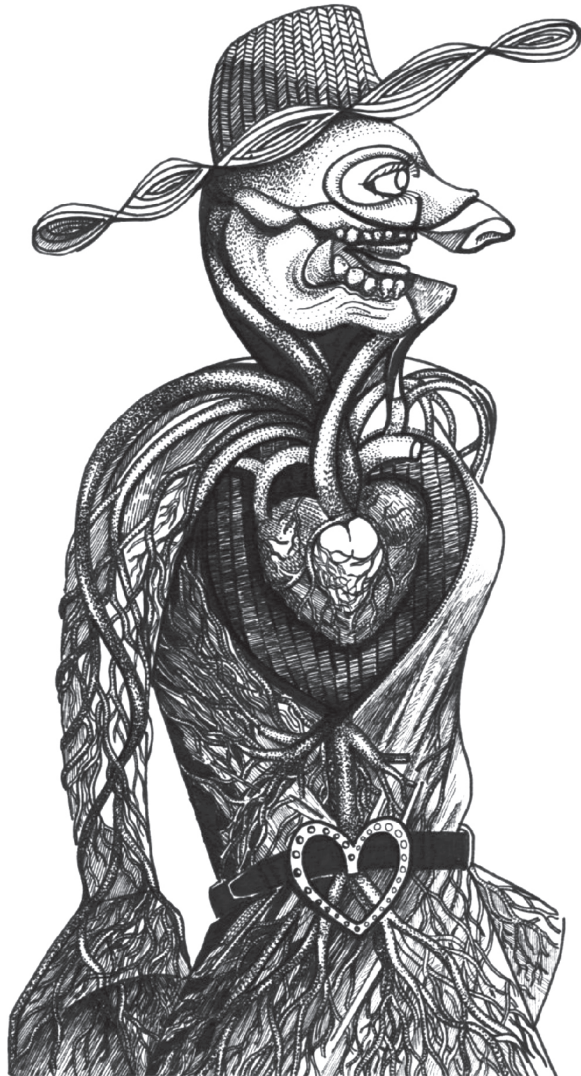
La última fue una especie de huida en medio de un barco, que nos llevaba sin rumbo a un camino inexistente; el gran salón era fascinante, lleno de reliquias y unas escaleras gigantes que daban al vestíbulo principal, ahí me di cuenta que nada de ello era real y comencé a esconderme de toda la gente.

Comenzaron a perseguirme porque yo ya sabía la verdad. Encontré un rostro conocido y tras cruzar en una carrera de vida o muerte, un interminable pasillo, entramos a una pequeña cabina, con una salida sobre el techo. Desesperados comenzamos a escalar los muebles y la estantería, hasta que por fin pudimos abrir esa especie de escotilla. Logré salir, pero mi acompañante no.

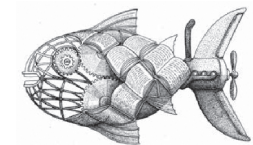
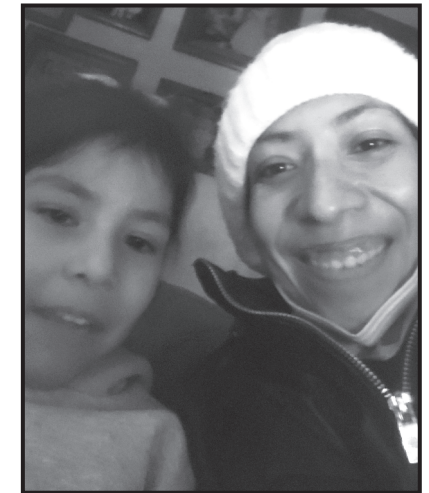
Desperté bruscamente. Me levanté de la cama y caminé descalza por mi habitación hasta llegar al escritorio, tomé uno de los lienzos que estaban sin terminar y observé que el bosque era el mismo que el de mis sueños.

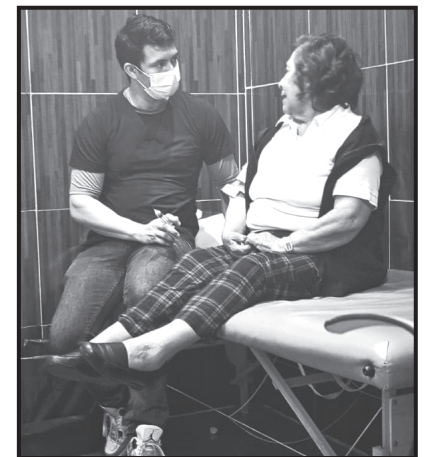
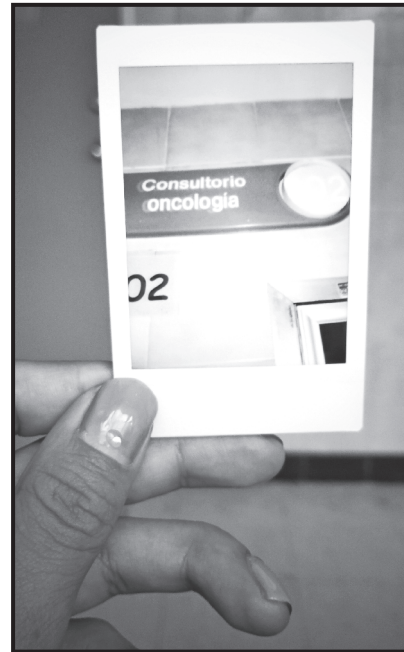
Ahí llegaron todos los recuerdos... quién fui, los lugares donde había vivido, las personas con las que había estado, las personas de las que me enamoré, todos los lugares que recorrí con mis pies, todas esas cosas que no toleraba, mi origen y mi incertidumbre.

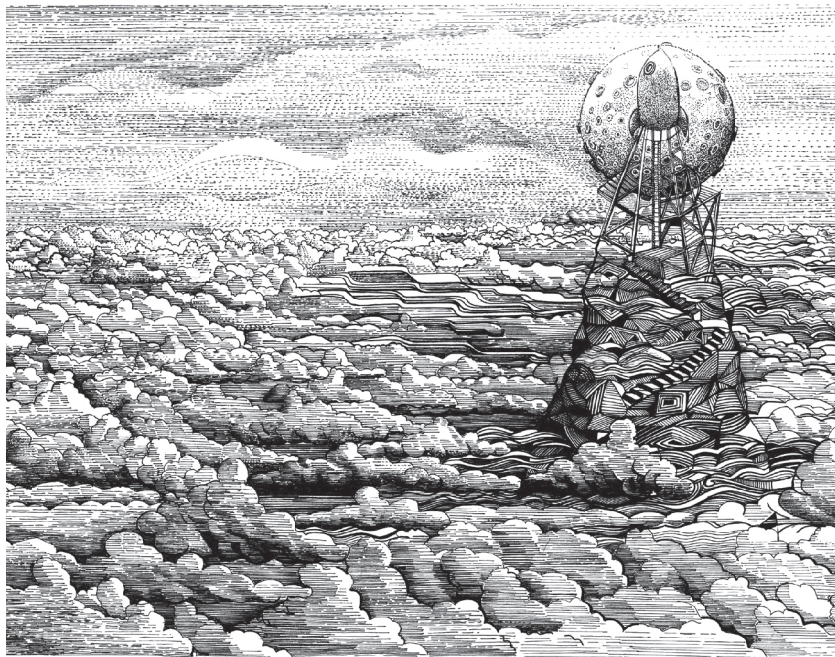
Le vi los ojos a aquel hombre y supe de inmediato que todo había terminado; encontré lo que buscaba, cumplí con lo que debía, hice todo lo que necesitaba, era el final.



INSTANTES INFINITOS







ETOPEYA DE LAS CICATRICES

LEER ENTRE LÁGRIMAS

Detrás de las lágrimas que se derraman después de leer este libro, queda en la mente una luz llena de incertidumbre. Luz porque hay respeto hacia la vida de Betza, la guerrera de Tlatelolco; incertidumbre por el miedo que provoca la muerte descrita en estas páginas y que deja un fuerte sabor a angustia entre los familiares, amigos, compañeros de trabajo y lectores de este libro. Será de sabios quien logre afrontar y aprovechar esta lectura.

Así como el homónimo de la tapa, leerse uno mismo entre estas líneas deja cicatrices, se va rasgando lentamente la piel con cada capítulo, se sienten las agujas y los mareos en cada palabra, se siente el cansancio y el dolor que dibujan las letras, se observan las miradas de aquellas personas que protagonizan esta bella pero afligida enseñanza de vida... o de muerte.

No hay mañana sin mirar un presente que nunca se detiene, el enemigo eres tú cuando te ahogas en el “qué dirán”, en los estúpidos estereotipos sociales o en los “estándares” de belleza. Allá afuera, en la eternidad del espacio y el tiempo, además del universo infinito que tenemos dentro, hay más belleza que valorar y revalorar constantemente: eres vida, eres este instante de materia que puede reír, llorar o deprimirse si es necesario, eres única, único, este es tu momento y nadie puede quitártelo, mucho menos merecen decirte lo que tienes que hacer. Para eso te tienes a ti.

Leer *Cicatrices* entre lágrimas deja muchas dudas, pero también bastantes certezas. Hay que reconocer que existe otro mundo posible habitado por personas que ayudan a sus semejantes a sobrellevar enfermedades y padecimientos, físicos y/o psicológicos, entre enfermeras, enfermeros, doctoras, doctores y especialistas de distintas áreas de la salud. También, valorar el acérrimo tierno cariño de los familiares y los cuidadores principales de un paciente crónico. Para todas esas impresionantes personas que luchan por hacer digna la vida y la muerte, nuestro más humilde cariño y eterno agradecimiento, de ellos y ellas será la tan merecida trascendencia en el Nirvana.

Las dudas ante la muerte se transforman en rabia porque no se habla abiertamente del suicidio asistido: la eutanasia. Podría parecer que se demeritan los sentimientos de un suicida deprimido por una enfermedad terminal, pero es todo lo contrario; *Cicatrices* abre una puerta para aquellas personas que necesitan un refugio en las palabras, una reflexión que no había llegado porque, créanlo o no, solo nos preocupa la muerte cuando alguien cercano se va a morir.

No se puede negar, por más que lo intenten, que el tema de la eutanasia no se toca porque esconde mucha mierda de los monopolios de la salud, la alimentación y los gobiernos. La corrupción no tiene límites en un sistema que oferta muerte todos los días. Cosméticos, alimentos transgénicos, pesticidas cancerígenos en los sembradíos, semillas mutantes, radiaciones por los teléfonos celulares, entre mucha basura más. Además, es terrible ver que nos quieren hacer cómplices de sus putrefactas mentes maquiavélicas: “tú lo consumes, ahora te chingas”, “tú lo compraste, es tu problema”, “tú te autodestruiste por voluntad propia, a mí no me mires”. Lo que no aceptan –o eso quieren parecer, tiernas criaturas que no rompen ni un plato– es que a diario nos arrebatan la soberanía alimentaria y nos empujan al vacío de una deprimente sociedad empobrecida. Les ponen precio a nuestras cabezas, somos centavos en la bolsa de valores, somos una cama sin ocupar en el hospital, un cartón tirado en la banqueta mientras el transeúnte sube una historia del indigente que duerme en la calle, “en tierra de *selfies*, *Instagram* es el rey”, la política se transformó en un puñado de pseudo dirigentes que no tienen idea de lo que dicen frente al quórum, sino que aparentan conocer amplios temas con videos chafas desde el *Facebook*.

Pensar que *Cicatrices* te puede llevar a una reflexión sociopolítica y filosófica es muy reconfortante, aunque esos sentimientos y pensamientos nazcan a partir de la muerte. Una herida es aprendizaje, tanto como caer es levantarse. Así se logra entender la frase bíblica que dice que “para vivir hay que morir”, pero no como lo tratan de romantizar los fariseos dueños del dinero, sino como una rebelión que debe despertar obligadamente entre nosotros, día con día. No voy a morir sin darlo todo por un mundo mejor, por un lugar donde los míos y mis semejantes amantes de la revolución puedan tener lo justo y sin tanto dolor. Hacer todo honradamente y por amor. Hay tiempo para cambiar las anotaciones en la libreta de la vida. Entonces hay que hacerlo, cruzar la puerta que Betza nos abre con su libro.

Aún quedan piezas por bailar con aquellos zapatos rojos que siempre has querido, muchos viajes para crear recuerdos con los seres amados. Hay

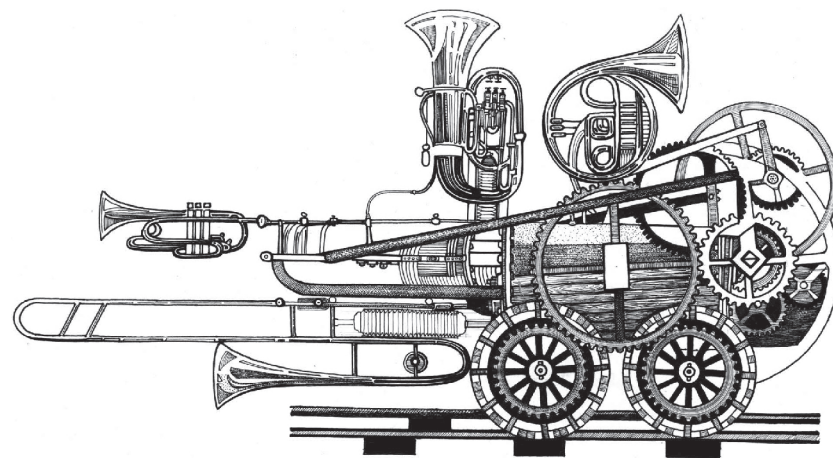
tantos libros aún por leer, películas para mirar y discos que volver a escuchar. Quedan sueños por cumplir, canciones que escribir, pinturas que terminar, besos que saborear, abrazos que calentar, miradas que derribar desde la honestidad del corazón; tenemos que seguir haciendo el amor tantas veces como sea posible y con una pasión infinita, tal como la primera vez.

La familia seguirá esperando una llamada para saber cómo estás, para entender por qué vas por ahí buscando un rincón dónde esconderte del resto del mundo; pero ellos, los que te aman, se darán cuenta que andar dando brincos desquiciados por aquí y por allá es por una sencilla razón. Deambulas para examinar el dolor que te deja ser un humano vulnerable. La vida parece tan grande e inexplicable, que no cabe dentro del cuerpo todo el amor que se llega a sentir; y, a la vez es tan corta, que no alcanza el tiempo para que sanen las heridas provocadas por el desprecio y la traición.

Así, sin más engaños sobre la muerte, sin importar lo que se quede pendiente, nos perderemos en la eternidad del desierto y con la asfixiante espera de dejar con nuestra ausencia hermosas *Cicatrices*.

*Siempre habrá un mundo donde estés tú, Betza.
Gracias por escribir este libro, lo necesitábamos.*

–Raymundo Orta
(diciembre de 2024)



BIBLIOGRAFÍA

Alberto Ulises Jiménez Romero (30 de abril de 2024): Jiménez Romero, A. U. (2024, 30 de abril). Testimonio escrito [Documento Word].

BBC News Mundo. (7 de febrero de 2024). "Ecuador despenaliza la eutanasia con una histórica sentencia sobre el caso de Paola Roldán". Recuperado de <https://www.bbc.com/mundo/articulos/ce5k6gne4780>

Congreso de la Ciudad de México. (2008, enero 7). Ley de voluntad anticipada. Gaceta Oficial del Distrito Federal. Recuperado de <https://www.congresocdmx.gob.mx/media/documentos/f388d1eecb7022661docca9cdfd617f517981641.pdf>.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2023, febrero 2). Comunicado de prensa Núm. 77/23. Recuperado de https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2023/EA_P_Cancer.pdf (INEGI).

Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores (INAPAM). (2019, diciembre 5). Ley de voluntad anticipada: El derecho a una muerte digna. Recuperado de <https://www.gob.mx/inapam/articulos/ley-de-voluntad-anticipada-el-derecho-a-una-muerte-digna>.

Jesús Juárez Maqueda (3 de mayo de 2024): Juárez Maqueda, J. (2024, 3 de mayo). [Grabación de audio].

Jorge Eduardo Nava Pérez (4 de mayo de 2024): Nava Pérez, J. E. (2024, 4 de mayo). Testimonio escrito [Mensaje de texto].

María Magdalena Ramírez Presa (29 de abril de 2024): Ramírez Presa, M. M. (2024, 29 de abril). Testimonio escrito [Documento Word].

Ministerio de Justicia y del Derecho de Colombia. (11 de febrero de 2022). Muerte Asistida (Eutanasia). Recuperado de [https://www.minjusticia.gov.co/programas-co/LegalApp/Paginas/Muerte-Asistida-\(Eutanasia\).aspx](https://www.minjusticia.gov.co/programas-co/LegalApp/Paginas/Muerte-Asistida-(Eutanasia).aspx)

Ministerio de Gobierno de Ecuador. (2021). Código Orgánico Integral Penal (COIP) [PDF]. Recuperado de https://www.defensa.gob.ec/wp-content/uploads/downloads/2021/03/COIP_act_feb-2021.pdf

Norma Isabel Romero Casas (30 de abril de 2024): Romero Casas, N. I. (2024, 30 de abril). Testimonio escrito [Documento Word].

Santana Ramón, J. (2017-2018). El concepto de metanoia. Una perspectiva especulativa. *Anuari de la Societat Catalana de Filosofia*, 28-29, 117-129. <https://doi.org/10.2436/20.3001.01.72>

Sebastián Sánchez Esquivel (9 de mayo de 2024): Sánchez Esquivel, S. (2024, 9 de mayo). Testimonio escrito [Documento de Word].

Secretaría de Salud. (2022, septiembre 1). Intentos de suicidio de alta letalidad o con comorbilidades médicas o psiquiátricas. Recuperado de <https://www.gob.mx/salud/documentos/intentos-de-suicidio-de-alta-letalidad-o-con-comorbilidades-medicas-o-psiQuiatricas>.

Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). (2024, junio 23). Gaceta UNAM. Recuperado de <https://www.gaceta.unam.mx> (Gaceta UNAM).

Yael Jasif Parra Sánchez (1 de mayo de 2024): Parra Sánchez, Y. J. (2024, 1 de mayo). Testimonio escrito [Documento digital].



ÍNDICE

Dedicatorias	6
Prólogo	8
CAPÍTULO I	
En busca de respuestas	11
SUEÑO #1	
“Mi otra vida”	18
CAPÍTULO II	
Una larga estadía	21
SUEÑO #2	
“Raíces”	25
CAPÍTULO III	
La verdad de las cosas	27
SUEÑO #3	
“Lo efímero”	37
CAPÍTULO IV	
Mi muerte	39
SUEÑO #4	
“Ecos del alma”	48
CAPÍTULO V	
La despedida	51
SUEÑO #5	
“Lili”	65

CAPÍTULO VI

El tiempo presente	67
--------------------	----

SUEÑO #6

“Catarsis”	79
------------	----

CAPÍTULO VII

Vivir sin ti	81
--------------	----

SUEÑO #7

“Epifanía”	96
------------	----

CAPÍTULO VIII

El dilema de la muerte	99
------------------------	----

SUEÑO #8

“La nada”	105
-----------	-----

CAPÍTULO IX

Metanoia	107
----------	-----

SUEÑO #9

“Oniria”	112
----------	-----

CAPÍTULO X

Cartas a mis hijos	115
--------------------	-----

SUEÑO #10

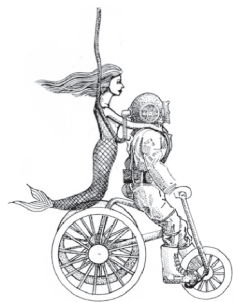
“Insomnias”	119
-------------	-----

Instantes infinitos	121
---------------------	-----

ETOPEYA DE LAS CICATRICES

Leer entre lágrimas	125
---------------------	-----

Bibliografía	128
--------------	-----



Cicatrices

se compuso con las familias tipográficas Athelas y Helvetica Neue
y se terminó de imprimir en junio de 2026, en el taller gráfico del STUNAM,

ubicado en la calle Centeno 145, colonia Granjas Esmeralda,
de la alcaldía Iztapalapa, C.P.: 09810, Ciudad de México;
dirección de la imprenta: Yenni Alejandra Cureño García

El tiraje consta de 1,000 ejemplares.

Betza Romero



Nací en la Ciudad de México el 23 de mayo de 1990; crecí en una familia católica tradicionalista, de clase media baja (como la mayoría de nosotros). Soy estudiante en la licenciatura de Bibliotecología y Estudios de la Información en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ingresé a laborar en la misma institución el 12 de abril de 2010 en el Centro Cultural Universitario Tlatelolco (CCUT), funjo como bibliotecaria en la Biblioteca Alaíde Foppa. En mi dependencia, fui subcomisionada de actas y acuerdos del 2014

al 2016, y delegada sindical del 2016 al 2018. Soy fundadora de una pequeña empresa llamada “Tierra Serena”, donde elaboramos productos de cosmética natural. Soy cofundadora e integrante de la editorial del periódico *El Delfinario*, que es el primer periódico de trabajadores del CCUT.

Cicatrices

Hay que dejar huella en este mundo, y ayudar con palabras a otras personas que sufren la cruel antesala de la muerte, es una forma de alcanzar noblemente esa trascendencia hacia el Nirvana. Nuestras vivencias son una vía rumbo a la inmortalidad. La sabiduría que adquirimos en este camino al que llamamos vida, solo se ve reflejada cuando buscamos entender la finalidad de nuestra existencia con la incertidumbre de la muerte. *Cicatrices* es un puente entre la vida y la muerte, es una carta de amor de más de cien páginas para los seres amados de la autora, pero también es consuelo y esperanza para aquellas personas que padecen enfermedades terminales. Este libro repleto de recuerdos y sueños es, sin miedo a equivocarnos, una luz para los que se quedan y una guía para quienes están por transmutar su cuerpo y alma en la eternidad.

ISBN: 978-607-98817-1-9



9 786079 881719



STUNAM
Sindicato de Institución